

168 EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 julio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 34

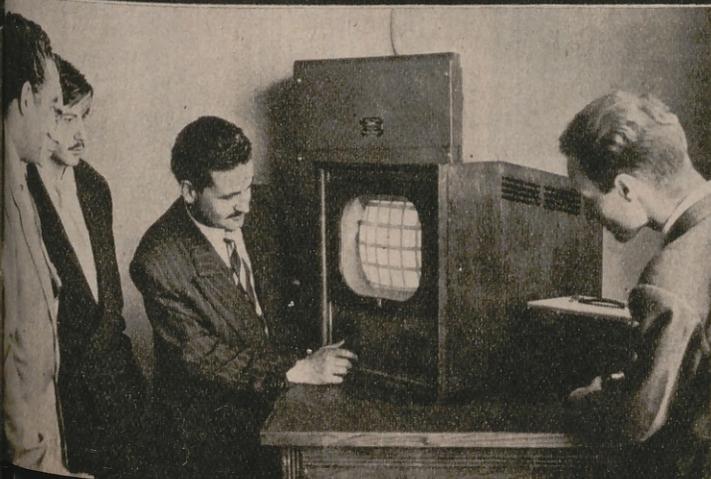
**HAY SITIO
PARA TODOS**

**Más salidas
para las
carreras
técnicas y
universitarias**

Hay existen mejores y más salidas para las carreras técnicas y universitarias que hace años. El licenciado puede encontrar con holgura lugar de trabajo al terminar su carrera. Lea esta interesante información en la página 3. (Foto grafías de Basabe)



LAZAS LIBRES EN LA INDUSTRIA Y EN EL CAMPO



CESAR GIRON, TORERO DE POSTIUM

Biografía del matador de toros venezolano, por José María Deleyto (pág. 27)

Carta del Director a don Antonio Muñoz (página 7) ● Los festivales internacionales de Granada, por María Jesús Echevarría, enviado especial (pág. 8) ● Entrevista con Comín Colomer por Jiménez Sutil (pág. 13) ● Costumbres populares en las fiestas mayores catalanas, por Jaime Pol Girbal (pág. 17) ● Sagunto, ciudad de historia y anécdota, por F. Costa Torró, enviado especial (pág. 32) ● La Enosis comienza a cargarse de dinamita, por M. Blanco Tobío (página 46) ● Las perspectivas de la China comunista, resumen del libro de W. W. Rostow (página 49) ● María del Rosario Vázquez Remer ingresa en la aristocracia del trabajo (pág. 53)

LA PORTERIA

Novela por Jorge C. Tralock (pág. 38)

*No
deje*

QUE SU BOCA
ENVEJEZCA...



Con **ANTIENZIMICO
ACTIFOAM**, el nuevo
ingrediente espumoso
que limpia los dientes
y combate las bacterias.



Sólo una dentadura sana, limpia y de natural blancura conserva la juventud de la boca.

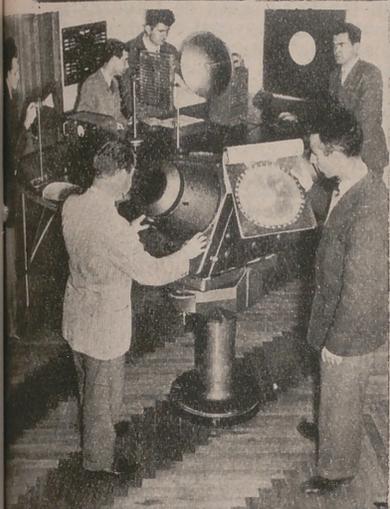
Y sólo una limpieza profunda, antiséptica, y al mismo tiempo suave, mantiene su dentadura blanca y pulida, sus encías sanas, su aliento fragante.

Complemente la higiene buco-faríngea con el famoso antiséptico LISTERINE. Reduce la propensión a los catarros y combate anginas y resfriados.



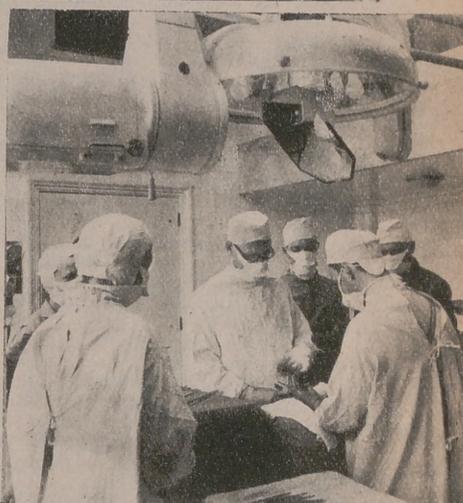
Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

HAY SITIO PARA TODOS



MÁS SALIDAS
PARA CARRERAS
TECNICAS Y
UNIVERSITARIAS

PLAZAS LIBRES
EN LA INDUSTRIA
Y EN EL CAMPO



Cuando el estudiante de tipo universitario acaba la carrera, empieza entonces la etapa más difícil para el individuo recién licenciado: la etapa en la cual ha de desarrollar profesionalmente aquellos conocimientos técnicos que ha adquirido y que, en definitiva, le servirán para vivir, es decir, comienza la búsqueda de la colocación.

¿Cuál es en España el panorama de oportunidades de colocación para el graduado? ¿Cuáles son las carreras universitarias o técnicas que presentan un mejor porvenir económico para el estudiante? ¿Hay ahora mayores o menores posibilidades de colocación que antes? ¿El aumento de estudiantes influye en el sentido de que se produzca un mayor número de «parados» en las ramas especiales que cada estudiante ha elegido?

He aquí una serie de preguntas que todas tienen su respuesta.

Como signo verdaderamente positivo, favorable y optimista se presenta ante nosotros el aumento de estudiantes en estos diez años últimos.

En este sentido, la enseñanza del bachillerato ha influido beneficiosamente.

En menos de diez años casi ha aumentado en cien mil alumnos el censo de estudiantes de bachillerato. En 1935 el número de alumnos de Segunda Enseñanza era de 124.755. Diez años más tarde —1945— esta cifra se había transformado en 185.644, y seis años después —1952—, el total de alumnos en España de Segunda Enseñanza llegaba a 234.627.

Las simples cifras elaboran el comentario. El bachillerato es la base de todo estudio un poco especializado que, con cierto rigor científico, quiera hacerse luego. Y no solamente en las capitales, sino en pueblos importantes e incluso en pueblos pequeños la Segunda Enseñanza se ha introducido tanto en las familias tradicionalmente ricas como en las familias modestas y labradoras. De esta manera —dejando aparte la benéfica influencia que se siente y se dejará sentir en el futu-



ro por la acción de los Institutos Laborales— el hijo que sustituya al padre en la dirección de las tierras y en el ejercicio de la agricultura, tendrá un basamento científico que le permitirá poner en práctica nuevos métodos mecánicos de cultivo, con la seguridad de un rendimiento superior.

Sin embargo, las enseñanzas mercantiles son las que han obtenido el mayor índice relativo de aumento. Tomando como base el año 1925=100, el índice de los estudios comerciales ha sido de 537, mientras que el de la Segunda Enseñanza es 340. En efecto, en 1935 el número de alumnos de Escuelas de Comercio es de 13.267; en 1945, de 53.214, y en 1952, de 51.181.

Con la comparación de estas cifras queda definida la trayectoria de los estudios medios en España. El creciente progreso industrial de España abre mayores campos de acción para los estudiantes de carreras técnicas de tipo medio que permiten, en muchas ocasiones, obtener un beneficio económico superior al que pueda procurarse un abogado o un profesor de lenguas clásicas.



Arriba, izquierda: Alumnos de la Escuela de Telecomunicación en la sala de radar y microondas.—Arriba derecha: Los médicos tienen sitio en muchas provincias españolas. Vista de una operación de apéndice.—Centro: La mujer se ha incorporado a la ciencia. Una futura química hace prácticas en el laboratorio.—Abajo: Los veterinarios pueden encontrar un magnífico campo en la selección de razas. La fotografía muestra el momento de vacunar a un perro en la Facultad de Veterinaria de Madrid.

LA BUENA ACCION DEL BACHILLERATO

Este gran aumento de alumnado bachiller ha de proyectarse —pensando en lógica— en un gran aumento directamente proporcional de los alumnos que han de estudiar carreras universitarias o carreras técnicas especiales. Sin embargo, no se ha conservado, en la matrícula de estas últimas, la misma proporción. En la enseñanza universitaria, con relación al año que hemos tomado como base, el alumnado se multiplicó por 1,8, mientras que en la Enseñanza técnica superior apenas varió.

Los motivos principales de este fenómeno pueden ser: respecto a los estudios de ingeniería, ha influido la situación estacionaria industrial de España, poco progresiva por las circunstancias que todos conocemos, hasta hace cosa de cuatro o cinco años, en los que, a partir de ellos, se observa ya un creciente impulso industrial. Esto determina la constante de estudiantes técnicos superiores.

En el campo universitario, la no existencia de paralelismo en el aumento se explica también porque muchos estudiantes tienen suficiente con las enseñanzas del bachillerato para dedicarse a sus trabajos. Igualmente influye en el número total de alumnos de Enseñanza Media, la gran aportación femenina al bachillerato. Aquí puede observarse también un buen cambio y una mejora en el índice cultural femenino. La conversación de una mujer joven de hoy, afortunadamente, ha rebasado el tradicional y antiguo campo de las modas y de las pinturas, de los perfumes y de los cosméticos.

En resumen, hoy tenemos más bachilleres que nunca. Esto, lejos de ser una preocupación, constituye un orgullo. Y el bueno, el verdadero orgullo es que todos, en el futuro, lo sean. Bachilleres universitarios o bachilleres laborales.

Es lo mismo; el número, mayor cada vez, traerá, también, mayor calidad cada vez.

No obstante, de esta cantidad de alumnado podía presentarse la dificultad de una incorporación masiva y no bien orientada a las Facultades. Por ello, se implantó en 1952-53 un curso de carácter selectivo y previo a los estudios de Ciencias Químicas, Físicas y Matemáticas, Medicina, Derecho, Farmacia y Veterinaria, sin cuya aprobación total se impide el paso al segundo curso.

Esta medida cumple la finalidad de evitar la elección equivocada de carrera, puesto que los reprobados durante dos cursos, esto es, cuatro convocatorias de examen, no pueden continuar en la misma Facultad.

El panorama, pues, en cuanto al alumnado universitario, es satisfactorio. Hay buena materia prima. Hay la razonable cantidad de alumnos como para que la calidad de los que salgan sea elevada.

Posibilidades de colocación, en todas las carreras, las hay para todos. Para todo aquel que haya estudiado, que sepa, que valga y que cumpla.

NO HAY SATURACION DE MEDICOS

Las nuevas promociones de licenciados que terminan sus carreras en las Facultades universitarias, salen a veces con el temor de una saturación total de profesionales en aquello que en el lenguaje estudiantil se llama «salida».

No debe haber tal temor. Bien es cierto que unas carreras universitarias disponen de mejores «oposiciones» que otras, pero en ninguna se da, hoy por hoy, el caso de una ni siquiera relativa ocupación completa, sin resquicio que dejar al recién llegado.

No obstante, cada carrera presenta peculiaridades propias. Examinémoslas todas, una por una.

En Medicina se aprecia un fenómeno de estabilidad. Existen hoy menos médicos en España que hace veintitrés años. Aunque parezca mentira. Mientras en el número de alumnos las cifras son sensiblemente iguales, mientras en las Facultades de Medicina se matricula hoy casi el mismo número de estudiantes que hace treinta años, en las cifras de los que ya terminaron sus estudios se muestra un retroceso con relación a los años 32 y 33. La Medicina es una carrera larga, difícil, que pide y exige una vocación decidida y firme. Una vocación de sacrificio.

Para apreciar si es o no excesivo el número de médicos existentes en España en la actualidad, hemos de recurrir a comparaciones internacionales. Ellas nos demostrarán con cifras elocuentes que no hay saturación de médicos en España, que para el facultativo que acaba de estrenar su flamante título universitario no hay dificultades para su colocación, para situarse dignamente en la vida. Según datos oficiales, había en España en 1951 27.957 médicos colegiados. Si comparamos esta cifra con la población total de España, viene a salir una media aproximada de unos 1.300 habitantes por cada médico. Según el «Anuario de las Naciones Unidas», en todos los países europeos el porcentaje queda por bajo del nuestro. El promedio de Estados Unidos arroja 750 habitantes para cada discípulo de Galeno.

Si se tiene en cuenta la extensión y configuración de la geografía española, no puede afirmarse la existencia de demasiados médicos en nuestro país. Otra cosa sería hablar de la distribución de facultativos. Quizá sobren médicos en Madrid, en Barcelona, en Valladolid; pero los que aquí sobran faltan en el resto de las provincias: en Murcia, en Lugo, en Córdoba, en Santa Cruz de Tenerife, donde en esta última localidad cada médico, en proporción exacta, puede escoger su clientela entre 1.713 habitantes.

No hace mucho el decano de la Facultad de Medicina de Madrid decía, refiriéndose a la pretendida plétora profesional:

«Se reduciría aún más en cuanto se exija un mayor aumento en el nivel medio de preparación, que no supondría, precisamente, la ruina de los menos preparados, sino el que cada uno encontrara su sitio.»

Las diez provincias españolas más necesitadas de médicos son: Málaga, que sólo dispone de un médico por cada 1.856 habitantes; Santa Cruz de Tenerife, ya nombrada; Murcia y Lugo, con un solo médico cada uno por cada 1.696 habitantes; Córdoba, con un médico por cada 1.688 habitantes; Orense, con un médico por cada 1.683; Jaén, con uno por 1.601; Ciudad Real, con uno por 1.570; Badajoz, con uno por 1.536, y Almería, con uno por cada 1.495.

En cambio, las diez provincias españolas en las que pueden sobrar médicos, ya que en ellas es donde más existen, en número relativo se entiende, son: Madrid, con un médico por cada 529 habitantes; Barcelona, con uno por cada 672; Salamanca, con uno por cada 749; Zaragoza, con uno



Para la mujer hay, igualmente, un buen número de posibilidades de colocación. He aquí dos aspectos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid: un aula y el ventanal del bar

por 752; Vizcaya, con uno por 759; Valencia, con uno por 810; Palencia, con uno por 815; Guipúzcoa, con uno por 829; Logroño, con uno por 854, y Baleares, con uno por cada 875.

Como se ve, hay diferencias; diferencias que no se deben, ni mucho menos, al número de alumnos, sino a que cada titulado prefiere quedarse en Madrid o Barcelona, ganando poco, antes que irse a una provincia con infinitas mejores posibilidades. Y a esto no puede entonces llamarse saturación.

**LOS FARMACEUTICOS,
SIN PROBLEMA, Y LOS
VETERINARIOS, CON
NUEVAS PERSPECTIVAS**

El licenciado en Farmacia no tiene problema. Hoy menos que nunca. El farmacéutico encuentra en la actualidad un campo extenso y fértil para su trabajo, para su profesión. Un campo no explotado de colocación en Empresas privadas—laboratorios y la industria químicofarmacéutica—, que hoy en España alcanza límites insospechados.

El Consejo General de Colegios Oficiales de Farmacéuticos agrupa actualmente a unos 8500 profesionales. No es extraño afirmar que de las aulas de las Facultades salen hoy menos graduados farmacéuticos que hace una veintena de años. Un ejemplo: En el curso académico 1931-32, de las cuatro Facultades españolas donde se estudia esta disciplina salieron con su carrera terminada 316 licenciados. En 1952 obtenían su título 15 alumnos menos. La diferencia habría que apreciarla por los años.

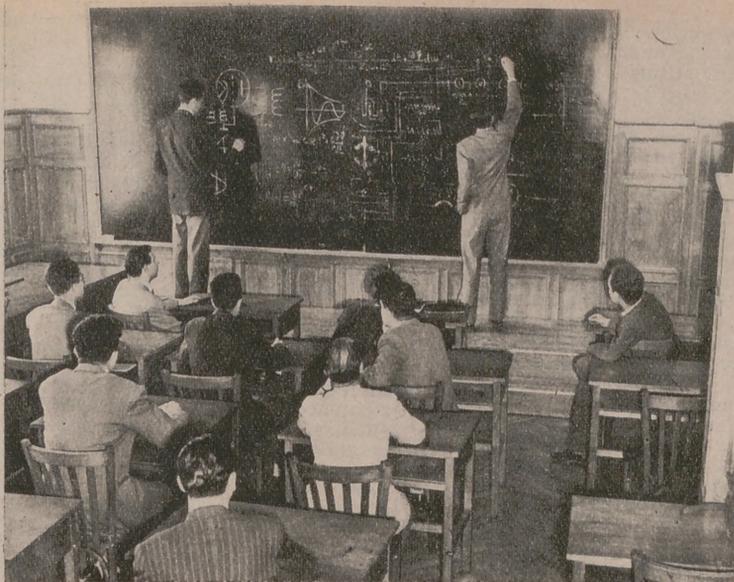
En Farmacia, como en Medicina, como en Veterinaria, como en Derecho como en todas las carreras universitarias y especiales, la dificultad no está en colocarse, en situarse, sino en la elección de lugar. España no es sólo Madrid y Barcelona, aunque, naturalmente, sean las dos capitales más codiciadas por los recién graduados.

La dificultad que el farmacéutico pueda encontrar para comenzar el ejercicio de su carrera nada tiene que ver con el título, ni mucho menos con una «inflación» de titulados. El montaje de un laboratorio, el utillaje, el traspaso de una farmacia en la esquina de una calle céntrica, vale su dinero.

La moderna y abundante existencia de maquinaria agrícola en nuestros campos, ha venido a reemplazar en gran parte el trabajo animal. Por otra parte, existe una baja en el número de cabezas de ganado. Estas serían las dos dificultades para la carrera del nuevo veterinario. Sin embargo, ahí están también, claras y llenas de optimismo, las palabras recientes del decano de la Facultad de Veterinaria de Madrid:

—La Veterinaria prospera rápidamente, amplía su campo. Será la encargada, con otros facultativos y especialistas, de renovar y actualizar la cabaña española.

En grado incipiente se encuentran otras especialidades, otros



Cada día es mayor la solicitud de libros técnicos en las bibliotecas públicas. Esta es la biblioteca de una Escuela Especial madrileña

campos que caen justamente dentro de la órbita del veterinario. La avicultura es un ejemplo.

**FILOSOFOS, ABOGADOS,
CIENTIFICOS Y
ECONOMISTAS**

En la rama de Ciencias, más que a paro profesional, habría que referirse a empleo no adecuado. Con excepción del grupo formado por los licenciados en Ciencias Químicas, los restantes—Físicas, Naturales y Matemáticas—tienen su salida profesional preferentemente en la enseñanza. Y también aquí cabe la realidad de que la saturación no se da en todas las provincias. La realidad ha quedado demostrada con el reciente establecimiento de los nuevos Centros de Enseñanza Laboral, Institutos de En-

señanza Media y Profesional, donde, para cubrir las plazas de profesores, se ha repetido el caso de presentarse tan sólo dos aspirantes en algunas provincias.

En el primer cuatrienio de su funcionamiento, estos Institutos habían dado colocación a unos 200 licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias. En un solo curso se han creado en España 28 Institutos Laborales. Las posibilidades de un mayor empleo para esta clase de titulados puede estimarse, con toda certeza, a través del incremento notable de este moderno tipo de enseñanza, hoy extendido a lo largo de toda la geografía española.

Tres mil seiscientos graduados en Ciencias Químicas hay actualmente en España. Además del campo de la Enseñanza y de la



Arriba: Una sesión del Congreso de estudiantes celebrada en Madrid.—Abajo: Los alumnos de la Escuela de Montes hacen prácticas forestales. (Fotografía: de Basaño)

investigación—al que se dedican, aproximadamente, el 40 por 100 de los titulados—, el químico cuenta con la industria químico-farmacéutica, hoy en un decidido período de expansión. Otro 45 por 100 queda absorbido por las Empresas privadas. Las nuevas técnicas industriales abren para el químico una perspectiva y un horizonte ilimitados.

Sigue siendo la de Derecho la carrera universitaria que más estudiantes atrae. Lógicamente, sería la que más desempleo profesional debiera producir; sin embargo, la creación de nuevos empleos, como asesores jurídicos de Sindicato, secretarios de Administración Local, secretarios judiciales, ha contribuido a que los abogados de las últimas hornadas no encuentren tan difícil su camino. Por otra parte, y aunque desde hace seis años existen licenciados en Ciencias Económicas, sigue siendo una salida tradicional para los licenciados en Derecho ocupar puestos de asesoramiento económico, además de jurídico, en las Empresas financieras e industriales.

Los juristas siempre tienen salida. Además, como el refrán dice: «Un buen abogado solo se defiende.»

El 70 por 100 de los alumnos que cursan estudios en las Facultades de Filosofía y Letras son mujeres. Si alguien quisiere comprobar el dato estadístico, que se dé un paseo por la Ciudad Universitaria de Madrid o por cualquiera de las doce Universidades españolas.

En su gran mayoría, los que terminaron su licenciatura en esta especialidad siguen el camino de la Enseñanza, oficial o privada. La Enseñanza es, ante todo, problema de vocación. Pero una vocación que va teniendo su retribución merecida.

Finalmente haremos algunas consideraciones sobre una profesión nueva, cuya existencia data de poco más de un quinquenio: la de economista. El número de titulados en la rama de Económicas, de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas—hoy Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales—, era en 1954 de unos 800. Lógicamente, estos graduados tropezaron con algunas dificultades para encontrar empleo que correspondiera a su campo específico profesional, por lo que fué la Administración pública quien absorbió el mayor porcentaje—un 35 por 100—; también las empresas privadas y empresas estatales o paraestatales han dado ocupación a un buen número de economistas—el 25 y el 20 por 100, respectivamente—. No cabe duda que se ofrecen hoy amplias perspectivas para estos nuevos profesionales. Se estiman en unas 3.000 plazas las necesidades nacionales de especialistas en economía.

LAS CARRERAS ESPECIALES TIENEN UN GRAN FUTURO EN LAS EMPRESAS PRIVADAS

He aquí una cuestión debatida: las Escuelas Especiales de Ingenieros.

Se ha hablado mucho en contra de ellas, en lo que respecta a la no ampliación durante años

del número de ingresados. Pues bien, esta cuestión ha sido ya salvada al ser fijado por el Gobierno en 1953 el número mínimo de alumnos a ingresar en cada año.

Por lo que respecta al futuro, el horizonte para los venideros técnicos superiores no puede ser más esperanzador. Aquí sí que no cabe en absoluto hablar de saturación profesional ni de negativas posibilidades de trabajo. La industria española está totalmente en auge. Nuevas y cada vez más poderosas instalaciones industriales inauguran—casi podríamos decir que todos los días—sus naves. Hoy es una fábrica de amoníaco; mañana, una de automóviles; pasado, una nueva planta siderúrgica; al otro, una fábrica de tractores que lanza sus productos. Por lo mismo, el campo se mecaniza. Maquinaria agrícola productiviza las cosechas. Y el campo y la industria exigen y necesitan cada vez más técnicos.

El número de técnicos superiores en 1936 era de 5.289. En 1951, este número aumentó a 7.092. Para dentro de tres años, es decir, para 1958, de acuerdo con las nuevas normas establecidas por el Gobierno, se estima que el número de ingenieros en España llegará a los 8.400, lo que representa esta última cifra sobre la primera fecha un aumento del 58 por 100. Sin embargo, en el período que va desde 1935 hasta 1953, el aumento en la producción industrial ha sido de un 84 por 100.

No es en este caso tampoco necesario el comentario. Toda la esperanza material de una nación reside en la industrialización de su país y en aplicar a ella las modernísimas técnicas de productividad que permitan obtener un rendimiento de cien con un esfuerzo de diez, mientras que antes para obtener el rendimiento de cien hacía falta también un esfuerzo de cien. El titulado en una Escuela Especial es el hombre encargado de realizar, en ciertos aspectos, parte de esta misión. En España puede decirse que ahora ha sido cuando los empresarios han empezado a poner en práctica tales teorías. No basta la iniciativa oficial. Ha de ser la iniciativa privada la que empuje y conduzca también por el buen camino de la industrialización. Y las empresas privadas necesitan y emplean técnicos modernos que les resuelvan la cuestión. Un gran campo, un magnífico campo está abierto.

LA COYUNTURA MAGNIFICA DE LAS TECNICAS INTERMEDIAS

Al lado de las carreras técnicas superiores está, floreciente como ninguna otra, la posibilidad magnífica de las carreras técnicas intermedias.

Todo el anterior proceso favorable que preferentemente hemos comentado se presenta todavía más amplio en este terreno de los técnicos intermedios. Ser técnico intermedio es ser más que ser obrero especializado; es ser una especie de ingeniero menor que ha estudiado Electricidad, Física, Química, Metalurgia, etc., y que se encuentra en condiciones de echar adelante hasta un taller, si fuera necesario.

Actualmente, aneja a la refor-

ma de los planes de estudios de las enseñanzas técnicas tradicionales en las Escuelas Especiales de Ingenieros, se están estudiando nuevas orientaciones pedagógicas que faciliten la formación de peritos industriales, ayudantes de ingenieros, etc., pero con una orientación técnica muy especializada. De esta manera la inmediata colocación del individuo que ha terminado una carrera de este tipo es un hecho. Las Empresas españolas, precisamente, de lo que están más necesitadas es del técnico intermedio, de este hombre de realización inmediata, de acto material cercano.

Ya viene, sin embargo, notándose la tendencia en las cifras de alumnos de estas Escuelas. Por ejemplo, en las Escuelas de Peritos Industriales, los alumnos matriculados en el curso 1942-1943 fueron 5.368; diez años más tarde, en el curso 1950-51, esta cifra era de 8.035. En la Escuela de Peritos Agrícolas, con no ser tan enorme el aumento, también se observa una progresión creciente de alumnos. En los mismos cursos anteriores, las cifras han sido, respectivamente, de 294 y de 580.

Y algo semejante ocurre con las demás entidades de enseñanza análogas.

Es ésta una cuestión que debe ser meditada por aquellas personas que han de tomar sobre sí muchas veces, la decisión de elegir carrera a los futuros estudiantes. No se ha de pensar siempre—salvo en casos de una decidida vocación y reconocidas aptitudes—en carreras tradicionales. El campo del estudio técnico, y más aun del estudio técnico notablemente especializado, es el más vivo, el más dinámico, el que mejor porvenir ofrece para un hombre trabajador, estudioso y dotado de normal inteligencia. Esta es la realidad.

De toda esta exposición y comentario de cifras auténticas, de cifras que pueden ser contrastadas por cualquiera, se deducen varias conclusiones.

No hay en ninguna rama profesional paro forzoso ni saturación de hombres que acabaron sus estudios. Hay, eso sí, en algunos casos, una imperfecta distribución del trabajo, pues mientras algunas provincias presentan mayor número de profesionales, otras, por el contrario, necesitan verdaderamente de ellos.

Existen carreras—como las técnicas intermedias—que ofrecen un presente y un futuro óptimo.

La industrialización de España—en sus campos y en sus tierras—lleva anejas unas mayores necesidades, no sólo en las ramas técnicas superiores, sino también en las clásicas de abogados, médicos, farmacéuticos, economistas, etcétera.

El licenciado tiene, pues, sitio donde colocarse. Todo es cuestión de buscarlo. Y de no preferir quedarse en la gran ciudad esperando unos derechos que nadie le ha dado, mientras puede trabajar en cualquier rincón de España, tan bueno como la primera capital. La colocación existe; no hay más que buscarla. Y luego, eso sí, trabajar y cumplir.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ANTONIO MUÑOZ

AUNQUE el español sea un ente solitario, porque no escribe cartas, ni las contesta; porque es refractario a la redacción de Memorias, donde podría entregar su intimidad a los demás; porque sedimentado por una orografía abrupta, apenas ha salido de su tertulia de bar, de su mostrador de la cafetería, de su «peña» de café, que es otro accidente aislante y montañoso del terreno sentimental; sin embargo, cuando he leído en su misiva, señor cura del pueblecito abulense de Gilbuena, «nos encontramos demasiado solos», me ha parecido oír un trémolo demasiado patético. ¿Quiénes son ustedes, los que se estreman como en el versículo de la Biblia que se compadecía y se encrespaba conminándoles: «¡Ay de los solos!», mucho más espantosa exclamación que aquella de Breno esgrimiendo ante Roma el «Vae victis!», el «¡Ay de los vencidos!»? Usted me ha revelado, don Antonio Muñoz, que son los párrocos rurales, los que con una nomenclatura progresista podrían denominarse los comandos de Dios en medio de las aldeas y de los villorrios de España. Usted se queja de la ausencia de colaboración oficial para una más enérgica intervención en la vida de su contorno, para subir el nivel de su ambiente, para transformar a sus feligreses cristianos en hombres modernos. Sus lamentaciones se concentran en que deseó establecer una pequeña Biblioteca pública y no le remitieron libros, en que planeó un campo de deportes y sólo se irguieron los palos de la portería en su imaginación de clérigo de misa y olla, en que quiso mandar algún muchacho del lugar a unos cursillos de capacitación y todas las plazas estaban dadas...

Después de estas tres fracturas del ideal, usted se dirige al director de EL ESPAÑOL para que le sirva de vehículo entre los españoles; ya que usted continúa utilizando la plegaria como medio de comunicación con la Omnipotencia divina y como único reactivo para fortalecer la esperanza. Yo sostengo, empero, que ustedes no están solos, y que cada vez se sentirán, dentro de la comunidad nacional, más acompañados, con más gente solidaria y unánime a su lado. Entre el intelectual y el sacerdote, el primero, si no se corrige y se reforma, tiene numerosísimas probabilidades de perder la partida; mientras que el segundo volverá a ser el alma de la Iglesia y el gozne de la parroquia, el que educado intelectualmente por una sabiduría perenne, no tiene por qué esperar en una bancarota de la ciencia, a lo siglo XIX, para sostener su fe y su credo, sino que, impregnado por una civilización tecnológica, no se extraviará dentro de sus «robots», de sus máquinas, de sus aparatos, porque su espíritu ha vivido en contacto con Cristo y es indeleble la impronta del Evangelio. Los que nos atrevemos a reunir la Religión con la Revolución del 18 de Julio, transmutada en Cruzada, nos hemos puesto a la búsqueda de sus frutos, porque por sus frutos los conoceréis. No hay un crecimiento del país más enorme que en el área de lo eclesiástico, y debe quedar constancia de que me refiero menos a las cosas y más a las personas. Cualquier estamento de los españoles ha prosperado como cualquiera advierte; pero ni en las Academias, ni en las Universidades, se mejoró tanto cual en los Seminarios. Compartiendo el mismo Orden sacerdotal, y salvo las excepciones que los honran, existe una patente diferencia entre los curas anteriores y posteriores al 18 de

Julio. Claro está que esta fecha fué para centenarios la fecha del martirio, y este testimonio cruento produce sus consecuencias. La sementera más feraz de España se ha recogido en cada Seminario, que es como decir semillero, donde las vocaciones, y hasta las vocaciones tardías, han puesto tenso el ánimo de la nación. Con las lenguas muertas y vivas en el Pentecostés de su palabra, con la Teología metida en la cabeza y en la mochila, con las técnicas actuales en la punta de los dedos, con la Moral en cada célula, en cada átomo de su cuerpo, se han lanzado a la catequesis estos jóvenes sacerdotes que montan bicicletas, motos y «scooters»; que ocupan las cátedras y las revistas de las Ordenes monásticas con más rigor y más doctrina que los laicos. «Estría» es un cuaderno de poesías escritas por seminaristas españoles en Roma, como en cada otra revista de poesía española no falta la composición de un cura, de un fraile, tanto o más inspirados que los poetas civiles, quienes no saben si elegir para su musa al mundo, al demonio o a la carne, y mueren de inanición como el burro burrisimo de Buridán. Cuando pretendo enterarme de cuanto acontece contemporáneamente en la Filosofía, si no estoy dispuesto a que me engañen o que me deslumbren, no tengo otro remedio que conocer lo que relatan los jesuitas y los dominicos, los franciscanos, los agustinos, los carmelitas, etc., etc., en sus publicaciones, puesto que estos padres hablan y traducen todos los idiomas y no existe secreto ni señuelo para su relato imparcial. Me acusarán de que abuso de un extremado clericalismo, si añado también que la llamada ciencia nueva, la del orbe de los fenómenos naturales y de sus conexiones sobrenaturales, me entra más fácilmente por el conducto eclesiástico, ya que en esta esfera no sorprende, sino que se venera el milagro.

Señor cura de Gilbuena: Este es el estado de la cuestión, y así son ustedes, aunque en bastantes ocasiones se desesperen, porque el ámbito es estrecho, pero el campo de la Naturaleza es grande, las montañas son altas y el cielo es más inmenso. La España pueblerina se está motorizando gracias a sus sacerdotes, que son los que mantienen el cuajo del 18 de Julio y el ejemplo permanente de Jesús. Ustedes han continuado en vanguardia, aunque parezca que vegetan en una retaguardia, en la trastera nacional. Ustedes son todavía capellanes de las fuerzas de choque y han de bendecir las obras de creación de riqueza que se inauguran en su vecindad y hasta ser los animadores y proyectistas de las mismas. Ustedes han de poner diques al campesino y satisfacciones materiales, para que no emigre demasiado. La existencia rural es una existencia litúrgica, en la que cada día halla algo para su asombro. La iglesia extiende sus campanas y sus romerías, sus Rosarios de la Aurora y el sacramento de la extremaunción para los moribundos. Ahora se ha publicado un libro de don Marino Gómez Santos, en el que nos reseña la crónica del café Gijón de Madrid, con un prólogo de don César González-Ruano. Autor y prologuista son capaces de cambiar, con la propaganda tan sutil de su estilo, lo blanco en negro, y viceversa; pero, a pesar de tan sabrosa mixtificación, señor Antonio Muñoz, no trueque nunca, ni siquiera en la fantasía, su soledad en el pueblecito de la provincia de Avila por el ruidoso y hueco acompañamiento del café literario en el paseo de Recoletos. (Otro nombre, señor don Antonio Muñoz, de un antiguo convento.)

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

FESTIVAL INTERNACIONAL DE GRANADA

MUSICA Y DANZA EN LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

GRANADA está en pie de guerra. Guerra de luces y de cohetes, de músicas y danzas y verbenas. Una guerra dulce si ustedes quieren, pero guerra al fin y al cabo, con todo su golpe de carreras y apresuramientos, de barullo en las calles, de humo en las plazas, aunque sea de churros; con el incendio en luces de colores de la Colina Roja la placeta de San Nicolás, allá en lo alto del Albaicín, convertida en torre vigía de todo el que llega a la ciudad.

Porque Granada tiene en el IV Festival Internacional de Música y Danza el pretexto más bello posible para exhibir su belleza. Ella, con sus ríos que cantan y su Sacromonte que llora, ella que se contempla a sí misma desde sus colinas árabes y gitanas, es ahora un puro grito de luz en las noches de concierto, cuando las elegantes arrastran las colas de sus vestidos por la arena de los paseos de la Alhambra, un prodigio de serenidad en los atardeceres de sus patios árabes, mientras solistas de fama internacional asombran al público y las golondrinas—magníficas en su papel—, no dejan de trazar sus círculos misteriosos como viejos actores imprescindibles que supieran bien cómo fascinar a las gentes.

ANTES DE ALZARSE EL TELÓN

Todo comenzó el día 20 del pasado mes. Llegan los bailarines de Rosario, llega la Orquesta Nacional, con sus titulares al frente, y Granada queda invadida. En los hoteles no cabe un alfiler, a él van a parar Andrés Segovia, Schuricht, el gran director; Francescatti, Casadesus. El autocar de las Juventudes Musicales trae también una buena carga de asistentes y a medida que pasan los

días el problema del alojamiento empeora de manera visible. En Granada permanece todo este tiempo un buen número de personalidades extranjeras y españolas. Casi todas se concentran en la Alhambra.

Mientras tanto, en el trasiego de Puerta Real, abajo en Granada, la Oficina del Festival, última detalles, da órdenes, soluciona problemas. Los grandes carteles multicolores aparecen en las fachadas del Centro Artístico, encima del popular café Granada, como una increíble baraja de sorpresas: ballet de Ivette Chauviré, Agrupación Nacional de Música de Cámara, Orquesta Scarlatti, Cuarteto Italiano, Orfeón Donostiarra, y más y más...

La ciudad entera está a la expectativa. Los escaparates están llenos de alusiones al Festival. Calle de los Reyes arriba es fácil ver a algunos de los profesores de la Orquesta repartidos por aceras

ARTISTAS
DE TODO EL MUNDO
SE HAN DADO CITA
EN UN ESCENARIO
IMPRESIONANTE

y bares. En la Gran Vía, en la terraza de «Capri», el pianista Gonzalo Soriano me hace una buena observación sobre Granada. —Granada está al bias. Aquí sí

La compañía de Rosario en el ballet «Sortilegio de luna»



preguntas por cualquier dirección nadie te señalará al frente o a un lado. Todos hacen así...

Y el que hace así, un gesto rarísimo y complicado con el brazo es él. El que se queda bebiendo tranquilamente su café, porque no actúa hasta el día siguiente. En cambio, arriba, en el Generalife, Rosario, en bata casera, lucha con los últimos detalles del estreno de un ballet «Sortilegio de la luna», de Matilde Salvador.

—Bueno, a ver: otra vez desde donde hace ta-tacatá-tá-tá.

El sol cae a plomo sobre los maticos. Los cipreses son cuchillos que cortan el calor.

—Tú, Roberto, hazte el muerto un poco.

A Roberto Iglesias, el primer bailarín, como a los demás, le corre el sudor sobre el maquillaje. El ensayo sigue lento, casi interminable. Rosario va y viene, habla con los tramoyistas, con los electricistas, con la costurera: un alfiler, una puntada... Porque esta noche ella será la que levante el telón del IV Festival Internacional de Música y Danza de Granada. Y está contenta, muy contenta. Ahora, todos los efectos escénicos, los mismos bailarines, no tienen lugar bajo la luz tan fuerte de la siesta granadina. Con sus esbeltas piernas de danzantes, son como largos muñecos de trapo tendidos en las escalerillas del teatro de El Generalife... Pero en la noche...

LA ALHAMBRA AL ROJO VIVO

Los granadinos se empeñaron en que la Alhambra había de aparecer como algo irreal, y lo consiguieron. Entre las luces indirectas de los jardines, los árboles tejen una maraña ideal de verdes. Las torres—esas torres de nombres encantados y fantásticos. Torre de la Cautiva, Torre del Cadi—parecen hechas de hierro al rojo vivo. Vista desde San Nicolás, la Alhambra es una corona más que dorada roja en lo alto de la colina. Así que la gente, el público llegado de fuera, entra casi de puntillas en el largo camino de cipreses que lleva al teatro al aire libre de El Generalife, o atraviesa quedadamente la plaza de los Aljibes, camino del palacio de Carlos V. Por la carretera Real el desfile de coches se hace interminable: taxis, turismos, coches de



El pianista Gulda, a la derecha, y el doctor Schmizcht



Vivó, Antón y Meroño, de la Agrupación Nacional de Música de Cámara

lujo, autocares. Y en los paseos toda clase de acentos, toda clase de gentes. Porque, y esto es importante, hay conciertos populares a veinte pesetas.

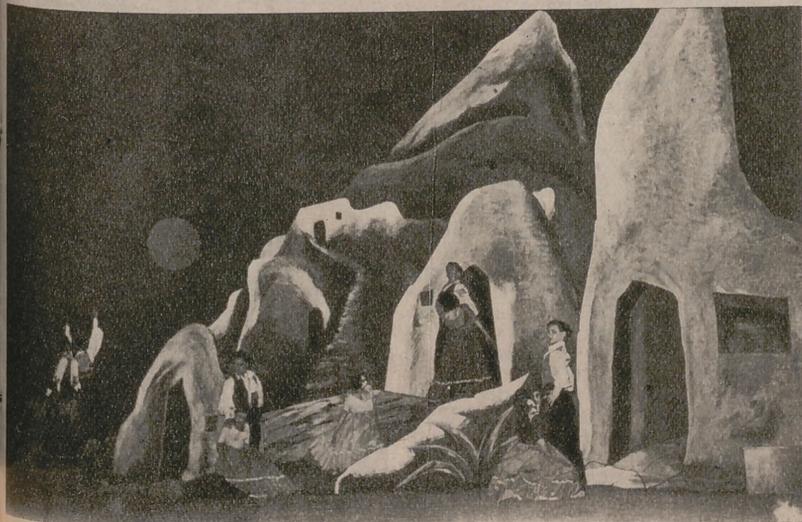
Porque el Festival tiene ya desde hace tiempo sus incondicionales, sus entusiastas. Está, por ejemplo, el marqués de Bolarque, que con don Javier Aznar y don Juan Aguirre forma un perfecto trío de melómanos. Y están esos muchachitos del Conservatorio del simpático grupo del concertis-

ta Esteban Sánchez, que cuenta hasta con una especie de Leslie Caron, morena y atractiva, muy jovencita, que no se pierden concierto. Algunos de ellos han venido con becas especiales para este Festival, que ha de contribuir en un buen grado a su formación musical. Yo los he visto escuchar a Friedrich Gulda, en el patio de los Arrayanes, sentados en grupo, llevando el compás con las manos, con las cabezas alzadas, sometidas al juego de luces de la tarde que caía, muy jóvenes, casi chiquillos. Y comentar luego, con pasión, la maravilla de la técnica del vienés. Y hay muchos, muchos más. Hay hasta un vendedor de gaseosas que cada tarde y cada noche se sienta en un rincón cualquiera a escuchar, aparte de la gente, fuera de la gente, con un aire de religioso recogimiento. A un lado el cubo de las gaseosas. Entre parte y parte vuelve a pregonar con voz fuerte la mercancía.

—¡Hay gaseosa, orange!... Que por cierto cuestan a cuatro pesetas.

EL PÚBLICO TAMBIÉN ENSAYA — LAS MANANAS EN EL CARLOS V: GUAYABERAS, MAMBOS Y «STACCATTOS»

El Festival no lo viven únicamente los intérpretes, los solistas,



los profesores. El Festival lo viene viviendo una gran parte del público, con los grupos más destacados de melómanos al frente. Cualquiera ajeno al desarrollo del Festival y aun los que siguen con interés su curso, podrían pensar que el público se contenta con asistir tranquilamente cada noche y cada tarde al concierto o al recital, muy vestido y colocado. No es así. El público también ensaya. Si la orquesta tiene ensayo a las diez de la mañana o a las cinco de la tarde, todo el mundo lo sabe y todo el mundo se considera en la obligación perentoria de asistir. Aunque vaya a escuchar el mismo programa por la noche.

A los ensayos en el palacio de Carlos V van don José Eugenio de Baviera, va el marqués de Bolarque y un gran grupo de amigos, van los críticos, van las familias de los profesores, va también todo el que tiene una excusa decente que dar al guarda de la puerta. Porque la cosa ha llegado a tanto que para poder ensayar con menos de algunos centenares de seguidores ha sido preciso poner a alguien en la puerta. Y eso que para subir a la Alhambra a las diez de la mañana hay que madrugar un poquito y que el calor que se pasa subiéndolo la cuesta de Gómezz a las cuatro y media de la tarde, es algo más que regular. Allí están todos los incondicionales. Los solistas, los directores, todo el que tiene una parte en el Festival van a oírse también los unos a los otros en los ensayos. La Orquesta Nacional se queda a oír a la Orquesta Scarlatti, después de ensayar ella. Schuricht asiste a los ensayos de Argentina. Argentina a los de Schuricht. La Schwarzkopf escucha a Andrés Segovia. Andrés Segovia no se pierde actuación... Así que sin contar los grupos de turistas que se despistan por allí de vez en cuando, en el patio circular del palacio de Carlos V, no cabe un alfiler.

Todos ensayan: si el director se impacienta por algún pasaje que no sale como quiere, los entusiastas sufren; si un «staccato» se atraganta, todos los mirones quisieran coger ellos los violines.

—No; así no. Así: lararira-rirariri...

Hasta que sale, y todos respiran. A pesar del calor. Que es fabuloso. Por esc los atuendos que se pueden admirar en los ensayos son dignos de consignarse: Luis Antón, el concertino de la orquesta y primer violín de la Agrupación Nacional Música de Cámara, luce una camisola clara nada seria; Romo, el primer fagot, se decidió por otra color verde, también poemática, y no digamos nada de la de López-Cid... Claro que hasta llegar a la especie de traje de taxista que exhibe el violinista Lauret aún hay distancia. Argentina se desenvuelve muy bien con su camisa y sus tirantes. Y entre público y ejecutantes el número de guayaberas es crecidísimo.

Pero éstos son los forros, las entretelas del Festival. Los ensayos son el plato fuerte del melómano. Hasta el punto que, según contaba el otro día el gerente del Alhambra Palace, don Marino Orlandi, alguien se hacía disculpar de un compromiso de una manera un tanto curiosa:

—El señor conde no podrá ir. Tiene ensayo esta tarde...

LA FIEBRE DEL FESTIVAL. — LA POPULARIDAD DE LOS CONCIERTOS. — TODO EL MUNDO A OÍR LA «NOVENA SINFONÍA»

El entusiasmo de Granada, de los granadinos, de las gentes que asisten, por el Festival es formidable. Es una fiebre que crece de año en año. Cada tarde y cada noche la Alhambra se llena de público. El programa del Festival está confeccionado de tal manera que uno siempre piensa que no hay más remedio que asistir. Unos días es por oír al pianista Casadesus o al violinista Francescatti, que la mayoría tan sólo conoce por discos. Otras, por oír a los españoles Soriano y Esteban Sánchez. Y en las noches, el prestigio de la Orquesta Nacional o la curiosidad de oír a Scarlatti arrastra a la gente.

Noche tras noche el palacio de Carlos V se ha estremecido de aplausos. Se estremeció cuando el anciano Schuricht, sobrio de gestos, magnífico de expresividad, dirigió unos «Maestros Cantores» incomparables. Se estremeció con la voz magnífica de Elizabeth Schawarkopf, con la pastosa y cálida de Teresa Berlanga. Y todas las noches también, la mezcla de «toilettes» es fabulosa: al lado de los largos trajes de noche el simple traje de calle, y entre el smoking y el traje de hombre veraniego, algún aparatoso traje de «cock-tail». Cada cual se viste como quiere, como también, a pesar de la matemática colocación de las sillas, cada cual termina sentándose donde le apetece, después de arrastrar su asiento hasta alguna columna que le parezca acogedora. Y cuando el concierto comienza y la orquesta toca en el estrado, cubierto de toldo rojo, la música se escapa por entre las columnas entorchadas de guirnalda, por entre las guirnaldas tendidas de columna a columna, hasta el cielo circular y plano desde aquí abajo.

Hay caras que se repiten tarde y noche. Don Antonio Gallego Burín, director general de Bellas Artes y casi «padre» del Festival, no falta jamás; don Manuel Sola, alcalde de Granada, ha sido ya retratado en todas las posturas posibles durante estos días. Asisten el padre Federico Sopena, director del Conservatorio de Madrid; Pedro Gandarias, Antonio Lés Heras. En la galería alta del palacio —entrada popular— se apiña también la gente.

Y, sin embargo, de todos los conciertos ofrecidos en el Festival hay uno, sobre todos los otros, que despierta el interés del público hasta grado sumo. Uno es el que el lleno en el palacio es enorme: la noche en la que la Orquesta Nacional y el Orfeón Donostiarra ejecutan la «Novena Sinfonía», de Beethoven. Esa noche el patio circular resulta pequeño, y abandonar una silla, muy peligroso. El público espera con verdadera ansia. Escucha con religiosa atención. Y cuando en el cuarto tiempo las voces de la Schawarkopf y la Wien, de Witte y de Sönnnerstedt, se alzan al fin, cuando las voces de los donos-

tierras llenan el espacio del grandioso tema, el público está tenso en las sillas; algunos inclinan la cabeza sobre el pecho; otros tienen la vista en el cielo; un sacerdote llora silenciosamente... La orquesta y las voces siguen el juego melódico y cada vez la emoción es más intensa, más íntima. Hasta que al fin, después de una cadencia hermosísima, estallan entusiásticos los aplausos. Y en este marco incomparable la «Novena» se consagra, una vez más, como acontecimiento mundial.

LA CIUDAD CALEIDOSCOPICA, ESCENARIO DEL FESTIVAL

Granada tiene un sitio para cada cosa. Tiene razón Andrés Segovia cuando dice que no hay otra ciudad en Europa como ella para celebrar un Festival de este tipo:

—Porque las otras ciudades son planas.

Granada, no; Granada es una ciudad que se contempla a sí misma desde sus colinas como una mujer hermosa. Granada es la ciudad caleidoscópica, multiplicada en sus rincones y en sus alturas.

Por eso es posible encontrar para cada parte del Festival un escenario distinto y adecuado. El patio de los Arrayanes o el de los Leones, propicios a la intimidad, para los recitales de piano y violín, porque las tardes se alargan y las golondrinas, familiarizadas con la decoración, van y vienen entre las filigranas árabes. El palacio de Carlos V, para las noches majestuosas de las grandes orquestas. La gracia de los jardines del Generalife, para las sesiones de «ballet». Allí los altísimos cipreses y el ruido de las fuentes subrayan la gracia de Rosario, en unas «Seguiriyas»; el baile viril de Roberto Iglesias, la esbelta dramática de Yvette Chauviré, junto a Jean Babilée.

Y aún queda la capilla real...



Andrés Segovia, en un concierto en el patio de los Leones

la catedral. Como marco incomparable para la misa de Schubert, para la profundidad de Bach en las manos del organista Amezá. Porque en el Festival no podía faltar un lugar para la música sacra. Y aquí han resonado los corales de Juan Sebastián Bach, siempre sobrecogedores: «Aquel que sólo deja reinar en su corazón al Señor...»

LAS CHALINAS DE ANDRÉS SEGOVIA. FRIEDRICH GULDA PARECE UN FARMACEUTICO. — TODOS QUIEREN VER GRANADA

A todo esto el movimiento de personajes durante estos días resulta fabuloso. En el Festival toman parte cerca de 300 personas. De ellas, diez solistas de fama internacional, cuatro directores, dos «ballets», dos orquestas, dos agrupaciones de Música de Cámara y nueve grupos de baile de Coros y Danzas de la Sección Femenina: de Baleares, Madrid, Zaragoza, Tenerife, Segovia, San Sebastián, Badajoz, Logroño y Granada.

Por Granada se ha paseado Andrés Segovia con su hija. Con sus camisas siempre originales y sus lacitos en el cuello. Aunque mejor que en las calles de Granada, Segovia era fácil de ver en el hotel, casi siempre en su cuarto, casi siempre estudiando. Cuando llegaron la Schwarkopf y la Lipatti se llenaron de cumplidos y sintieron muchísimo no poder asistir el uno al concierto del otro.

—¿Nos volveremos a ver? ¿Cuándo estará usted en Nueva York?

Pero aquí siempre resulta que las fechas nunca coinciden. Cuando unos llegan a Suiza, otros llevan tres días en Canadá. Se conocen unos a otros, se admiran. Luego se encuentran una vez y pasan años antes de que vuelvan a encontrarse.

La «parrilla» del Alhambra Palace ha sido en estos días el lugar ideal para encontrar a los grandes del Festival. Allí ha estado Friedrich Gulda, alto y ausente, en los ratos en los que no estaba tocando el piano. Después de asombrar a la gente en un concierto en el patio de los Arra-yanes, Gulda, con su aire de farmacéutico, volvía a su hotel y a su señorita con pantalones vaqueros, para poder pasear en cazadora con toda tranquilidad. Gulda parecía entonces un muchacho despreocupado y deportivo.

Un momento Francescatti, Casadesus, Segovia, Gulda y Schwarkopf se juntan en el hotel. Apenas si tienen tiempo para verse. Cuando llegan los italianos Gulda se marcha, y antes de que vuelva a tocar Andrés Segovia ya habrá tomado el avión la Schwarkopf. Cada cual con los ensayos no tiene demasiado tiempo. Francescatti, llano y simpático, se lleva bien con todo el mundo. Casadesus se deja ver poco. A ratos se asoman por el teatro árabe del hotel a curiosear en una zambra gitana. Pero las más de las veces su distracción es Granada misma. Salen temprano, de mañana, del hotel, porque la Alhambra les tiene maravillados. Luego, ya se sabe: estudio, ensayo, concierto...

LA CAMISA DE GONZALO SORIANO. — EL PRIMER BAILARIN DE ROSARIO NO BAILA «AGARRADO». FIESTAS Y EXCURSIONES

Para la plana mayor de españoles también Granada es el motivo principal de distracción. Gonzalo Soriano, por ejemplo, es un entusiasta del tejido típico granadino y de la cerámica que hacen por esta tierra. En cuanto tiene un rato libre, allá se va, carretera de Jerez adelante, a ver hacer platos. Su camisa—una camisa a rayas blancas, granates y rojas, algo indescriptible—pue-



La Orquesta Nacional en la capilla de los Reyes Católicos



Ensayos de la Nacional en el Palatio de Carlos V.—(Fotografías de Torres-Molina.)

de ser vista desde una gran distancia ondeando al viento. Estudia y descansa. Confiesa abiertamente que se está dando «la vida padre».

—De lo único que estoy descontento es de la poca variación de los filetes. No es lo malo que siempre sean filetes. Es que siempre tienen la misma forma, con un pico al lado izquierdo que parece el segundo peñón de la decoración del «ballet» de Rosario.

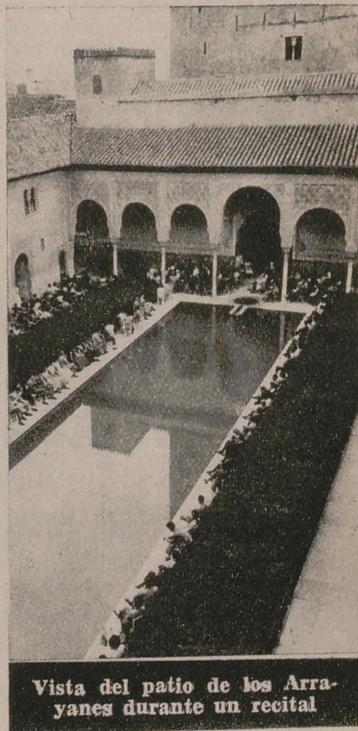
Tampoco los bailarines de una u otra filiación tienen ni siquiera ocasión de verse. Cuando Yvette Chauviré llega, hace días que el «ballet» de Rosario hizo las maletas. Unos y otros son muy distintos. Los franceses son algo como pequeños dioses, pálidos y largos. No se parecen a Rosario ni a Roberto Iglesias.



Caracciolo, director de la orquesta Scarlatti



Zino Francescatti, en un recital en el patio de los Arra-yanes



Vista del patio de los Arra-yanes durante un recital

Mientras está aquí, Roberto es el duende del Albaicín. Mientras todos andan enamorados de la Alhambra, Roberto es el único para hacer exploraciones arriesgadas hasta lo alto de San Nicolás para contemplar Granada. Una noche cuando llega a San Nicolás, después de la función, descubre que hay verbenas; verbenas especiales, con buñolada y toda la pesca. Y con baile. El gran bailarín mejicano lleva pareja y la pareja insiste en arrastrarle a la pista.

—¿Bailar...?

Iglesias duda. Al fin se decide a confesarlo: no sabe bailar «agarrado». Y se pasa la noche tirando al blanco.

Porque entre verbenas en San Nicolás, buñoladas en la Casa de los Tiros, zambras en El Corral del Carbón, danzas y conciertos, no hay tiempo que perder en el Festival. Siempre hay algo que hacer, algún acto al que asistir. Hasta ha habido un puñado de excursionistas que se lanzaron a Sierra Nevada. De los excursionistas formaba parte Esteban Sánchez, ya descansado de conciertos, después de una «tour-née» por Andalucía. Como tiene veintidós años y una fortaleza a prueba de caminatas, al día siguiente sólo se dormía a medias en el ensayo. Asegura que de ahora en adelante se dedicará tan sólo a hacer «vida granadina». Esteban llama hacer vida granadina a vivir tranquilamente. Y para él vivir tranquilamente consiste en injerir grandes cantidades de leche fría e ir al cine tantas veces como pueda... mientras el piano lo permita.

LA LUZ, LA MUSICA Y EL AGUA, PROTAGONISTAS.—CHOCOLATE EN LA PLAZA DE BIB-RAMBLA.—«¡NO MAS MUSICA!»

Granada, la ciudad de los anuncios luminosos, como ya lo hacía notar mi compañero Diego Jalón en sus reportajes sobre esta ciudad, ha encontrado un pretexto magnífico para terminar de vestirse de luces. La luz, el agua y la música son también protagonistas de la fiesta. No ha quedado fuente por iluminar, ni placeta que embellecer, ni escaparate por adornar. El fotógrafo Gyenes—fácil de ver en smoking comiendo bocadillos de queso—presenta una extraordinaria colección de fotografías del Festival. En los escaparates, las maravillas

de Carlos Saura, el joven fotógrafo, tan preocupado por los problemas sociales que por aquí ya hay quien le llama «fotógrafo social», retienen a los grupos de extranjeros con largos «¡Oh!» y «¡Ah!» No hay tienda de telas ni escaparate de papelería que no tenga su correspondiente alusión al Festival. La Sección Femenina, por ejemplo, ha preparado uno lleno de muñecas que anuncia la actuación de los Coros y Danzas. Porque, por primera vez, el Festival de Granada se ha hecho internacional y ha abierto sus puertas al mundo, y en este mensaje de cultura colaboran todos los granadinos con las Direcciones Generales de Bellas Artes, Relaciones Culturales y Enseñanza Universitaria. El Ayuntamiento de Granada se ha volcado y la Comisión no ha olvidado detalle. Próximo ya a terminar, el Festival deja a todos una maravillosa impresión de orden, organización y minuciosidad.

Y eso que a medida que han ido pasando los días la animación y la afluencia de público han sido mayores. En parte, porque, por falta de residencia, muchos han tenido que retrasar el viaje hasta lograr un claro. El caso es que desde el 24 para acá Granada está despierta día y noche. Por el día se ensaya; en la tarde y en la noche se toca o se danza. Y a las dos de la mañana, los días que el Ayuntamiento no organiza ninguna cosa más, es casi obligado terminar en la plaza de Bib-Rambla, frente a un gran tazón de chocolate y una enorme rueda de churros bien calientes. Bib-Rambla, la Alcaicería, el café Granada, todo se llena de fracs, de smokings y de trajes de noche. Los fracs son, como es natural, los de los profesores de la Orquesta Nacional, verdaderos héroes del Festival de Granada. Tan héroes, que si nadie se escandaliza yo diré aquí que ha habido días, después de dos ensayos y dos conciertos, que algún magnífico solista se ha negado a asistir a un recital.

—¿Música? ¡No me habléis de música! Yo me voy al cine o a oír a los chicos hacer ruido con una hojalata.

TRAS EL CAMPEONATO DE GANCHILLO.—EXPECTION ANTE LOS COROS Y DANZAS

El Festival toca a su fin. Casi todos han actuado ya. Incluida

la Agrupación Nacional de Música de Cámara, cuya intervención era esperada con impaciencia. Así que Meroño, Antón, Vivó y García ya han podido también descansar. Y ya se pueden dedicar con exclusividad al chocolate de Bib-Rambla y pasear a sus mujeres, que mañana tras mañana, tarde tras tarde, han asistido desde la sombra de una columna a los ensayos del Carlos V, creo que haciendo crochet, como la mayoría de las señoras de profesores de la Orquesta, que han tenido organizado un verdadero campeonato de ganchillo mientras en el aire se desgranaban melodías de Beethoven. Pero aún queda uno de los platos fuertes del Festival.

El señor Gamir, el catedrático de Historia de la Universidad de Granada, recibía hace pocos días una carta de un señor americano. En ella decía algo que se puede resumir así: «Un "ballet" lo puedo ver en muchos sitios; un buen concierto tampoco es difícil tener la ocasión de oír. En cambio, los Coros y Danzas de España, el folklore real y verdadero español sólo ahí es posible verlo». Viene exclusivamente para la actuación de los grupos de la Sección Femenina. Exactamente igual que pasa con un número crecidísimo de extranjeros, que han sido capaces de perder el «ballet» de Ivette Chaudré y que, sin embargo, «esperan ansiosos con las entradas en los bolsillos la actuación de estas muchachas. Las 53 participantes y los 31 muchachos han llegado hoy. Están en todas partes: en Puerta Real, en la Gran Vía, en la Alhambra ensayando, en el Albaicín haciendo turismo. La Sección Femenina también presta su colaboración a los Festivales granadinos. Y una colaboración absolutamente desinteresada. Mañana en el Generalife, el aire se llenará de la melancolía de una folía Canaria, o de la gracia de un bolero madrileño, para asombro de turistas y compatriotas. Y todo se deslizará fácilmente, amablemente. Quedan atrás los muchos meses de preparación, la labor de la instructora. Lo que está ya terminado parece siempre sencillo.

LUCES QUE SE APAGAN

Últimas noches de luz en la Alhambra. Dentro de nada—el próximo día 4—las luces rojas, las luces doradas, las verdes luces de la Alhambra, se habrán apagado. Surtidores y fuentes sonarán más quedo y todo, dentro de las murallas, sobre las torres, entre las complicadas geometrías de los arcos en los patios, dormirá cada noche su sueño de misterios. Abajo la ciudad y los anuncios de gas neón seguirán viviendo y brillando como siempre. Arriba, la Alhambra adormecida y aquietada, como el ojo de un pez muerto. Para despertarse cada mañana. Para resucitar cada año un 20 de junio, entre el lento juego de luces de la afiligranada telarafa de sus ruinas, escenario maravilloso de otros y otros Festivales Internacionales.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial.)

(Fotos de Sanz y Torres-Molina.)

Esta a la venta el número 41 de

"POESIA ESPAÑOLA"

en el que encontrará las firmas de Manuel Alcántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Bengoechea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José María Farias, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert, Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina, José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Ramos y Félix Ros

Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Pedidos a Pinar, 5, Madrid

LA POLITICA ENTRE BASTIDORES



COMIN COLOMER DESCUBRE LOS MANEJOS DE LA MASONERIA

CHARLA CON EL AUTOR DE "HISTORIA SECRETA DE LA SEGUNDA REPUBLICA"

Me pareció que estaba escondido entre libros. Los había en paredes—las cuatro paredes de su sala de trabajo—, sobre sillas, en el suelo y en la mesa de trabajo. Comín Colomer asomó la cabeza como si estuviese tras una barricada.

—Aquí estoy.

—Pero, ¿todos éstos son de temas subversivos y maniobras secretas?

Dió un rodeo regateando entre sillas y montones para llegar a mi lado. Entonces pudimos darnos la mano derecha. En su izquierda blandía un buen puro.

—De temas políticos—empezó a decir, levantando, bajando y girando sucesivamente la cabeza—, hay poco más de 8000 volúmenes.

—¿Y de nuestra guerra, concretamente?

—Alrededor de 1.200.

Con el dedo fué señalando las zonas de estantería habitadas por tema de libros. De nuestra guerra, de las Sociedades secretas, del socialismo, del comunismo, del anarquismo, de Rusia...

A poco de charlar con el señor Comín Colomer se llega, en contra de las apariencias, a la conclusión de que es un hombre muy ordenado, metódico y entregado por entero, sin reservas ni atenuaciones a sus propósitos.

Como excusa, dice:

—Aquéllos—y señalaba unos montoncitos dispuestos horizontalmente en un anaquel—no es-

tán ordenados. Tratan de nuestra guerra.

—Y ¿por qué?

Interesaba conocer el motivo o detalle de tal retraso. Así conocería también a Comín Colomer. Y Comín Colomer, después de acordarse del puro, deja salir la contestación con ese gesto que ni es risa, ni es exclamación, pero que se manifiesta con palabras entrecortadas y hombros encogidos.

—Pues porque no he tenido tiempo. Me faltan las comprobaciones.

—Selecciona, entonces.

—Tengo todo lo principal, tanto de fuera como del interior de España.

Hagamos una ampliación: no sólo libros, sino también revistas, boletines y otros documentos y cartas forman la fuente de información y orientación del autor de «Historia secreta de la segunda República».

EN LA PISTA DE PERSONAJES

Hasta cierto punto, tiene gracia. Comín Colomer, como un cerebro electrónico, sigue desde Madrid, o desde fuera, las actividades de los personajes y entidades que le interesan. Fulano está en París. Este otro acaba de llegar a Méjico. No hace mucho que anduvo por tal sitio Mengano. A todos sigue.

Me hizo sonreír cuando, en el curso de la conversación, me comunicó, en ese tono «de noticia» entre amigos relativa a otra persona con quien se tiene trato frecuente, lo siguiente:

—Por cierto, que Martínez Barrio está muy grave.

Y siguió hablando.

—Entonces, no hay periódico, revista boletín, que escape a su voracidad informativa.

—Me hago con todo lo que puedo.

Se levanta repentinamente del butacón—charlamos ya en un rincón—y se dirige sin titubeo a una silla donde, con agilidad de un recaudador de contribuciones, remueve papeles. De lejos me va diciendo, mientras busca:

—Aquí tengo fotocopias de las cartas de Largo Caballero a Saborit circuladas por Francia. Tratan de la posición del socialismo español ante la política internacional y el actual Régimen de nuestro país.

Se acerca con los documentos y mostrando cierta satisfacción por su tenencia.

—No pude hacerme con los originales.

—¿Su trabajo es puramente individual?

—Sí, sí.

—¿Cómo puede lograr tales informaciones y documentos?

—Tengo amigos o compañeros en todas partes. Hacemos intercambios. En Francia, por ejemplo, hay muchos dedicados a este tipo de trabajo.

—¿Y aquí, dentro de casa? ¿Trabaja solo, sin auxiliar alguno?



Comín Colomer en su despacho de trabajo

El gesto me revela que hay mucha tarea para un hombre solo, como hasta ahora ha venido sucediendo. Pero Comin Colomer es joven, fuerte. Sus cuarenta y cinco años le deparan mucha vitalidad, quizá administrada de un modo algo exhaustivo. Ocupa el día en sus tareas profesionales. La noche y la madrugada, desde las once hasta las tres o las cuatro, son las horas empleadas en el estudio, cotejo y redacción de datos y libros.

—¿Y no le ha seducido el ambiente teatral?

—Hace perder mucho tiempo.

Las paredes de la habitación, estriadas a fuerza de tanto como de libros, lo dicen todo.

FALTA UNA HISTORIA VERDADERAMENTE NACIONAL

En la portada, rojo y negra, del libro se lee: «Historia secreta de la segunda República». Hay una especie de subtítulo, que más bien hace de síntesis: «Conspiración: 1830-1931»; «Revolución: 1931-1936»; «Guerra: 1936-1939»; «Exilio: 1939-1955». Las cuatro fases de un proceso de desintegración.

—En España, este tipo de libro parece rebasado, debido, a mi juicio, a que tanto las causas inmediatas de cuanto aconteció en tiempo de la República y sus años predecesores, como lo que sucedió durante este período de trashumancia por países ajenos no tiene actualidad, no preocupa a los españoles. ¿Qué se ha propuesto con este libro?

Comin Colomer, después de unos movimientos en el butacón, se dirige rápido a un estante, situado a mi izquierda. Desde aparecen alineados buen número de libros encuadernados en el mismo color.

Desliza el dedo por la ondulada superficie de los libros puestos de canto, mientras habla:

—Esta es la «Historia de España» de Modesto Lafuente.

—Sí, señor.

—Liberal.

Le miro, esperando algo más. Y añade, contundente y un poco enérgico, en actitud completamente nueva:

—En España no hay una Historia verdaderamente nacional. Esta, y otras como ésta, responden a un criterio partidista, si no sectorio.

—¿Acaso pensó en hacer una «Historia de España»?

Consulta al humo del puro, que sube jugueteón ante su mirada risueña y con pretensiones de reserva, y, al cabo de unos segundos, responde ligero, como desvelando un secreto:

—Pues, sí.

—Ya.

—Pero es una empresa para la que no dispongo de tiempo.

—Entonces este libro, ¿qué significa?

—Pretendo que sea una síntesis de esa posible «Historia de España».

En realidad, los dos volúmenes, bastante extensos, de que consta la obra, están constituidos, fundamentalmente, por datos del período comprendido entre los años 1830 a 1955. Pero datos de acti-

vidades y entidades secretas, que son las que, desgraciadamente, movieron los hilos de este tiempo, y no al servicio de España.

MASONERIA: DISOLUCION

Las citas de circulares, boletines y actas de las logias masónicas y los pasajes de los discursos ponen en evidencia la conexión existente entre los acontecimientos políticos y las previas decisiones habidas en reuniones secretas. Un punto de partida: la masonería.

—¿Hay correlación entre el predominio masónico y los procesos de disolución y vicencias?

—En España, sí.

—¿En qué se basa para tal afirmación?

—En los hechos. En el orden de las ideas, la razón también es clara: la unidad católica ha sido el fundamento de nuestra fuerza y grandeza. Y precisamente la destrucción del catolicismo es el norte y guía de la masonería. Y hay razones políticas, de política internacional.

Hojea rápidamente el libro y, de pronto, me invita a leer un párrafo. Y leo un párrafo del número 1 de marzo de 1917 de la revista masónica «The Light», de Louisville, que dice: «Los que curiosos en los orígenes históricos de la masonería se aombrarán de las relaciones de Lutero y particularmente de que tuviera como principal colaborador a Melancton, miembro de la fraternidad masónica de Strasburgo.»

—Puede explicarnos esto muchas cosas. ¿Pero, verdaderamente, puede admitirse esto así?

—En elevados conventículos de la francmasonería fijan la primera «concentración» de sus «ejércitos» en 1525, año en que Lutero inició la Reforma. Y algo más: coincidió—y no por casualidad—con la revuelta anabaptista, primera insurrección armada de carácter comunista que acusa la Historia.

—Hablabas antes de razones políticas.

—Que la masonería española ha operado siempre al dictado de potencias extranjeras: Inglaterra y Francia. ¡Cuántas cosas misteriosas hay en nuestra Historia!

—¿Cuál de las dos ha influido más?



Una fotografía de Comin Colomer cuando apenas tenía seis años de edad

—Hasta el conde Aranda, la inglesa. Este vinculó la masonería española a la francesa.

—¿Con qué objeto?

—La inglesa, dentro de lo que cabe, es más ecuanime, más equilibrada. La francesa, más revolucionaria y populachera. La primera ha influido en las clases altas; la otra, en el pueblo español. Tal vez pretendió Aranda con esta maniobra hacerla continental. A partir de entonces, la española fué un instrumento de Francia.

DESPOJOS

El 15 de febrero de 1728, no muchos años después de la usurpación de Gibraltar, se fundó en Madrid la primera logia, instalada por el duque de Warthon en su piso particular de la calle de San Bernardo. Dos meses más tarde se cursó una comunicación a la Gran Logia de Inglaterra dando cuenta de la apertura de «trabajos», y el 29 de marzo del año siguiente se reconoció el «taller» por la masonería inglesa, dándole el número 50 entre los sometidos a la Gran Logia de Londres. Después...

Después: En 1766 se expulsa de España a los jesuitas por decreto de Carlos III, previo juicio secreto de Aranda, ayudado como fiscales por Campomanes y el duque de Alba. Luego irrumpen alevosamente por nuestras fronteras Napoleón, con el trilema «Libertad, Igualdad y Fraternidad» de la Revolución, claro que interpretado a su manera. Napoleón nombra Rey de España a su hermano José, que ostentaba en Francia la gran maestría del Grande Oriente. Las logias masónicas españolas reconocen a José y aceptan el «Estatuto de Bayona», dictado a una representación de francmasones de España. Pero cuando el curso de los acontecimientos anuncia el peligro de caer al lado de los vencidos, se ordena que los masones pasen a Cádiz, donde pronto asaltan los puestos del Gobierno y de las Cortes. Así ocurrió que, después de tanta sangre, la Constitución de 1812 era una reproducción del «Estatuto de Bayona».

Otro después: La caída de nuestro Imperio. El Gobierno decide, en 1819, enviar un fuerte cuerpo expedicionario, con Cádiz como punto de concentración. Pero en Cádiz funciona la logia «Lautaro», filial de la Gran Logia Americana, que fundó en Londres Miranda. Lo demás es cosa de Historia. Pero...

Pero los ingleses pronto sacaron provecho de las recientes Repúblicas.

—Pues el Presidente Monroe había dicho: «América por y para los americanos».

—Sí, en 1823, Inglaterra no dió su placet hasta 1825. A pesar de ello, aquellos Estados cayeron económicamente bajo el feudo inglés, que se instaló en Honduras. La riqueza mineral de Méjico y Colombia pasó a sus manos. Fueron llegando expediciones británicas a Valparaíso, Montevideo y Buenos Aires, donde se asentaron más de 3.000 ingleses. No tardaron en expedirse a Londres cifras

superiores a los treinta millones de dólares en lana, alcanzando un montante de 220 millones de francos las operaciones realizadas con Gran Bretaña. Esta suma era precisamente, la que ingresaba en España por el comercio con su Imperio.

LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

Para Comín Colomer fué la Institución Libre de la Enseñanza el instrumento que «posibilitó» la caída de la Monarquía. Un instrumento hábil, marchoso, tenaz. Su método: ocupar con sus elementos puestos estratégicos en la política, en la cátedra..., en todas partes. La misma táctica que la masonería.

—La creación de tal entidad no salió, ni mucho menos, del cerebro de Giner de los Ríos.

Queda mirándome fijamente, esperando tal vez una reacción.

—Quizá—prosigue—esta afirmación pueda doler, más o menos románticamente, a alguien.

—No sé. ¿De dónde brotó?

Comín Colomer busca buen acomodo en el asiento, como anunciando que había mucho que decir. Y dice:

—Cuando Giner de los Ríos se encontraba desterrado en Cádiz, el cónsul inglés le visitaba y mimaba. Incluso le ofreció los medios necesarios para instalar en Gibraltar la Universidad Española Libre, facilitándole para su documentación los Estatutos, programas, etc., de Centros análogos existentes en Gran Bretaña. No lo hizo en Gibraltar, pero sí al regresar a Madrid.

—¿Era de signo masónico?

—Fué la mejor cabeza de puente que el masonismo, librepensador y disolvente, tuvo en España.

—¿El primer Gobierno de la Restauración no se opuso a unas pretensiones de este tipo?

—Eso es lo extraño. Porque la aprobación de los Estatutos se hizo por Real Orden en agosto de 1876.

—Creo que Giner de los Ríos dijo: «No preparo políticos; preparo inteligencias.»

—Cierto. Pero... ¡bien lo cazaron los ingleses! Su primer rector, Eugenio Montero Ríos, siendo presidente del Senado firmó en París el Tratado de Paz de 1898 que costó a España Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otras islas más. En este mismo año patrocinaron los más conspicuos institucionalistas una revista anarquista. Una revista de Juan Montseny—«Federico Urdes»—, cuyas ideas y actividades de ácrata eran de sobra conocidas. Se prestaron a que sus nombres figuraran en la lista de colaboradores Giner de los Ríos. Manuel Cossío, Ricardo Rubio, Gumersindo Azcárate, Ubaldo González, Miguel de Unamuno y otros. Valiéndose de estas personalidades, al lado de cuyas firmas iban las de los anarquistas, pudo ser autorizada la revista.

—¿Cuál fué la reacción?

Comín Colomer guarda silencio y sonríe. Hace un recorrido por su memoria, que termina con estas palabras:



En la época en que el señor Comín era periodista, haciendo un reportaje a un mozo de cuerda

—Puede darnos idea la ironía del poeta portugués Guerra Junqueiro: «¡Es curioso! Cada vez que vengo a Madrid me encuentro de ministro de la Guerra al que en el viaje anterior conocí en casa de Salmerón»

Salmerón fué un defensor entusiasta de la Internacional en las Cortes durante la legislación 1870-71. En 1903 figuraba al frente de la Unión Republicana.

Comín Colomer concreta la situación:

—La ironía de Guerra Junqueiro manifiesta la descomposición de la política española.

UNA INCOGNITA

El autor de la «Historia secreta de la segunda República» es un hombre de mucha firmeza y entereza. Nació en Zaragoza, y un 12 de octubre precisamente. Sigue y sigue en su tarea, y luego no le faltan palabras ni valor para exponer con claridad y sin eufemismos las conclusiones a que ha llegado.

En un momento de descanso, paro la mirada en el título de periodista que, bien enmarcado, pende de uno de los poquitos espacios libres que hay en las paredes de la sala.

—Por el periodismo pasé a la Policía—dice con cierta satisfacción.

—Los modos periodísticos, ¿le han valido de mucho?

—Sí. Una oficina; la tengo organizada; como la Redacción de un periódico.

En verdad que sus libros ocupan una zona media entre historia y reportaje. Hechos y dichos de trascendencia, revestidos de esa cosa viva de la actualidad. Y agudeza para calar en ellos y luego remontarse a sus orígenes, a sus causas primeras. De esta manera ha escrito doce libros y otros tantos folletos, todos referidos a este turbio mundo de las maquinaciones.

—Creo que estará usted en condiciones de poder decir el personaje de influencia más corrosiva.

—Hay más de uno.

Permanece unos momentos pensativo, con el puro un segundo puro, cruzado ante la boca. Ríe de pronto, con esa risa breve y seca que más bien parece una exclamación de medida indignación.

—En política, califico de esa manera a todo el que no supo

c no quiso responder a las necesidades nacionales. Hay muchos personajes nefastos, aunque es difícil precisar. Unos, por revolucionarios; otros, por contemporizadores; y otros, por vendidos.

—Bien. ¿Y hechos?

—Lo mismo.

Calla y ríe.

—Hay bastantes maniobras turbias. En el 1909, en el 17, en el 21, lo del desastre de Annual.

—¿Y la República?

—Una traición. Sí. Aun admitiendo la descomposición del sistema en que se apoyaba, lo acontecido el 14 de abril de 1931 jamás podrá explicarse, a no ser hablando de entrega y maquinaciones. Porque unas elecciones de ínfimo rango, en que el régimen logra 22.150 concejales, frente a 5.775 de la conjunción republicanosocialista, no son motivos suficientes para derribar un Trono, sobre todo en un país, como el nuestro, donde los republicanos eran insignificantes en número. Hay cosas misteriosas.

Comín Colomer no pierde de vista a los núcleos intelectuales, a los que califica de «tops del antiguo sistema». La Institución Libre de Enseñanza, como la Junta de Ampliación de Estudios y el Ateneo fueron las primeras en socavar, disimuladamente, las instituciones.

MAS LIBROS

Termina la charla viendo un número del «Boletín del Grande Oriente Español», que ahora tiene su residencia en Méjico. Hay un párrafo dedicado a Comín Colomer, cuya transcripción más vale silenciar.

—¿Y por qué?

—Porque les supo mal que les dijese que allí hay discrepancias.

—Supongo que tendrá usted algún libro en marcha.

—Con Mauricio Carlavilla —Mauricio Karl—, una «Historia de las sociedades secretas» y la «Historia del ocultismo».

Se acerca rápido a uno de los estantes del fondo de la sala y señala montones de carpetas, bien dispuestas y cuidadas.

—Material para otra obra extensa sobre un tema que no ha sido tocado en España.

En vista de ello duele entreteener por más tiempo. Lo mejor es dejar al esforzado aragonés en su ardua tarea pesquisidora, bien fecunda, por cierto.

JIMENEZ SUTIL

PRENSA INFANTIL

DENTRO del amplio sector de la producción literaria y periodística nacional, el desarrollo que las publicaciones destinadas a niños y adolescentes han adquirido en estos últimos años ha llegado a producir uno de los fenómenos de más acuciente interés en el orden moral, sociológico y cultural de la vida actual. La Prensa infantil constituye uno de los ámbitos más importantes y delicados dentro de la institución social de la Prensa.

De un lado, la creciente difusión que la cultura popular ha alcanzado en todos los países, la perfección lograda en la realización de las técnicas de ilustración, impresión y difusión, y de otra parte, el ensanchamiento de lo que pedagógicamente se considera el medio ambiente del niño, el mundo en el que el niño vive, con nuevos horizontes de sensaciones, de noticias, de pensamientos y distracciones hasta ahora alejadas de la órbita infantil, han hecho que esta Prensa se convierta en preocupación viva de los Poderes públicos. De los Poderes públicos que sienten la necesidad natural y cristiana de orientar, educar y formar la conciencia nacional.

Nos es difícil a veces creer en el estado de total abandono moral, religioso, o simplemente educativo en que el niño se ve obligado a vivir en determinados países. La Prensa infantil no sólo no está en esas naciones controlada y orientada, sancionada de cuanto a la formación del niño pueda perjudicar, sino que, abandonada en manos extrañas, muchas veces cañentes de toda solvencia moral, buscan el mayor lucro, el más pingüe rendimiento económico por el camino fácil de la inmoralidad, de la ilustración pornográfica, del comentario morboso, de la noticia escandalosa.

Hay argumentos, incluso al margen de una consideración éticamente cristiana y religiosa, que obligan en conciencia a velar y proteger

ese mundo maravilloso del niño, a cuidar de que en él no entren elementos nocivos que ataquen y destruyan su formación, su voluntad débil, su inteligencia y sus sentidos. La presencia del niño exige de todos, de la sociedad y de quienes la gobiernan, el profundo y noble respeto, la vigilancia constante y el celoso cuidado que su educación y formación merecen y necesitan. No es lícito hablar de nuevas generaciones con un perfecto sentido de responsabilidad cívica y moral, de redenciones morales y éticas del hombre, si antes no ha existido la preocupación social y pública por una educación completa y cristiana del niño.

Esta preocupación está clara y patente en la política y en el Régimen español desde su nacimiento en 1936. Desarrollando esta permanente preocupación, en 1942 el Ministerio de Información y Turismo promulgaba una orden por la que se creaba la Junta Asesora de la Prensa Infantil, adscrita a la Dirección General de Prensa. Una Junta competente y eficaz que orientara y regulase las publicaciones destinadas a niños y adolescentes. En estos días, el Consejo de Ministros ha aprobado un decreto que recoge el interés con que el Gobierno atiende todos los problemas que afectan a la Prensa infantil.

Cabe al Poder público la justa ordenación de estas materias, a fin de que estas publicaciones, en vez de constituir un peligro de deformación, de desequilibrio en la conciencia del niño, como sucede en otras partes, signifiquen una ayuda valiosa en su desarrollo moral, en su conducta, al tiempo que cumplen su justa misión recreativa.

Que la competencia y la solvencia moral que se exigen para los más trascendentes menesteres de las funciones públicas y sociales se exijan también para la trascendencia educativa que la vida y la educación del niño reclaman.

EL ESPAÑOL

Acompañe sus vacaciones con la lectura de EL ESPAÑOL

EL CORREO LLEGA A TODAS PARTES Y A USTED NO LE FALTARÁ SU SEMANARIO PREFERIDO SI NOS ENVIA ESTE

BOLETIN

Don

desea recibir EL ESPAÑOL durante los meses

..... en su residencia de

A partir de deberá remitírsele

a

COSTUMBRES POPULARES EN LAS FIESTAS MAYORES CATALANAS

A TRAVÉS
DE LOS AÑOS
PERVIVE LA
TRADICION DEL
"BALL DE RAM"
Y LA "TOIA"

LOS PAYESES ADORAN EL LUJO
FALSO DE "LOS ENTOLDADOS"

LA RIFA DE LOS "SENYORS MUSICHS"

ESO de la vida moderna—el cine, los viajes, el universalismo de las modas—ha estropeado el tipismo local. El tipismo local fué una cosa muy seria durante todo el siglo XIX. Cada pueblo era un mundo por entonces, y cada mundo tenía sus peculiaridades en el habla, en el hábito, en las costumbres. Asusta imaginar que hoy en día sean iguales todas las fiestas mayores. Sardinias, baile, oficio, pasacalle y demás, son los mismos en cada uno de los pueblos seguidos por los músicos—los músicos de «cobla»—en sus anuales recorridos por la región de Cataluña.

La música de baile (pues del baile hablaré hoy en esta carta) se resiente de un falso universalismo, de un universalismo fabricado en las «boltes» de Barcelona y lanzado—en los discos que ponen las emisoras—por hornadas de genios microfónicos. Da pena comprobar la falta de un potable ideario en los autores de las letras. Escribir una letra para un fox es un asunto fácil, de fuga de palabras. Ponga usted «corazón», «pasión», «amor» y «ardor», y luego llene el resto. Escriba, por ejemplo:

*Siento en mi corazón
la llama del amor
te quiero con ardor
con fuerza y con pasión...*

Diga luego alguna otra rica memez untuosa, terminelo con un «tachim» finísimo y páselo a un compositor de cuarto izquierda para que éste le ponga música. Ya tendrá un «fox» dispuesto. Pero es muy posible que el compositor, al recibirle, le diga que para esto—para hacer unos tristes versos—se bastan él y su mujer, y que, por tanto, no tiene él la menor necesidad de repartirse los derechos con ningún poétilla. En cuyo caso usted, poétilla, tendrá que aprender un poco de solfeo...

Creo que acabo de darle a us-



Baile de entoldado (de «envelat»), dibujado en un abanico del siglo pasado (Colección Amades)

ted la fórmula para escribir una canción de moda, una de esas canciones que pronto pasarán al «disco dedicado» de las emisoras y al repertorio de las «coblas-orquestas», y a los cancioneros y, claro, a las cocinas. No obstante, puede usted redondear el éxito haciendo demagogia de salón de fiestas, es decir, escribiendo algo oportuno, algo que encierre problemitas frecuentes, generales, en la juventud. Recuerde, por ejemplo, la siguiente diáfana estupidez:

*Ni tus padres ni los míos
quieren nuestras relaciones
dicen que son amoríos
¡ay!, sin frío ni calor.
¡Qué saben lo que es cariño,
ni el estar enamorado!... Etc...*

Decirle a una jovencita que sus padres no saben lo que se pescan—decirle que no saben ellos lo que es el cariño, y repito el etcétera—, puede ser poco serio,

puede ser ofensivo, pero cunde bastante. Al cantor Antonio Machín, por ejemplo, le escriben unas cosas oportunas, de una notable fuerza psicológica, como ésta:

*... Y cuando bailo contigo
me da una nervosidad
que te juro, vida mía,
que te tengo que apartar
porque tú eres la novia
de un viejo amigo mío,
y piensa qué sería
si te llego a enamorar...*

Lamento no poder reproducir otras cosillas que se oyen por aquí. Yo he ido poco a la escuela, y no tengo memoria. Además, no me gusta escuchar a señores que se ponen perdidos de sentimentalismo diciéndole al micrófono que han hablado con la luna, y que su corazón está cansado, y que ellos son el atardecer. Si un señor cree de sí mismo que es el atardecer, allá él con esa manía.

No creo que los cantores de excepción logren ganar una fama durable, cimentada, a base de bodas. La música de baile es bonita, movida y, en general, discreta e inspirada. Algunas piezas de esa música de baile rebasan las fronteras nacionales, con mucho éxito. Pero no creo que las letras aplicadas a esas piezas hayan pasado nunca más allá de la Aduana, salvo excepciones muy contadas. ¿Qué se hizo de los viejos trovadores? ¿En qué pierden el tiempo esos quinientos poetas que, según Aleixandre, pululan en España?... Despreciar la creciente universalidad de la música moderna es de un pudor feudal, de un pudor infinitamente tonto. La música moderna necesita poetas finos, ágiles, dispuestos a terminar con los tópicos. El día en que triunfe en nuestro país una pieza de baile en la cual no se habla de «razón» y de «pasión» y de otras garrambainas, será un día importante, extraordinario...

Perdone usted ese defecto mío de irme por la tangente. Vuelvo al tema. Mi tema, a lo que creo, es el de los músicos de «cobla-orquesta»...

LAS «PAVORDESAS»

Una fiesta mayor—en Cataluña—dura tres días, por lo general. El primer día, por la mañana, se celebra en la iglesia un oficio de gran solemnidad, con pasacalle previo y pasacalle terminal. Después del pasacalle, los músicos, en la plazuela, ejecutan una única sardana. Luego, la Comisión de fiestas les obsequia con una comilona. De todo eso le hablé a usted con detalle en cartas anteriores.

La comida del día principal—del día del santo Patrón—termina hacia las cuatro de la tarde. Ha empezado con toda seriedad, pero concluye en mangas de camisa. En las cocinas, la temperatura es abrasadora. En las calles hay polvo y moscas. Pasa algún perro hinchado y se detiene, ahito, a rascarse las pulgas. Las muchachas del pueblo andan de casa en casa llevando una bandeja fulgente bajo el sol, y piden para el Santo local. Mientras una de esas muchachas recoge las monedas, las otras cantan, fatigosamente, la retahíla de las alabanzas al Patrón. Si el pueblo es pequeño y se ha procedido al sistema de alojar a un

músico en cada una de las once principales casas, es posible que éste corresponda a la tal retahíla con una frase hecha sobre el mérito intrínseco del coro.

MUSICOS EN LA FONDA

Las muchachas—si el pueblo es ya considerable—se pasan con la bandejita por la fonda o las fondas. En la fonda—o en una de las fondas—, los hombres de la «cobla» ocupan una mesa en la que nada falta. Esas fondas rurales suelen estar repletas de calendarios. Siempre hay alguna viuda detrás del mostrador, vigilando las idas y venidas de las sirvientas, sonriendo al cliente, preparando cubiertos... Los músicos suelen ser gente muy alegre, gente que no se deja imponer por el engolamiento artificial del tenedor. Saben contar infinidad de chascarrillos. La «cobla», además, viene a ser como una gran familia. En cada uno de esos conjuntos figura el elemento tarambana (el zascandil, en argot madrileño), y el hombre grave, y el joven enamorado, y el tímido, y el toco, y el gran señor. El tipo tarambana se mete con el tímido, el toco rie del enamorado, el gran señor intenta refinar al toco, y así hasta el fin de la quiniela. Las criaditas de fonda suelen ser guapetonas. A la hora de comer, la visión de una criada de fonda con el delantal blanco, la blusita de encaje, el pelo recién torturado merced a la permanente, los brazos blancos, tibios y una ración de pollo por delante, es un grande espectáculo. Esa criada de fonda pasará un mal momento por la tarde, cuando le den la suspirada horita libre para ir a bañarse, porque es llamativa y tiene gancho y se pirran por ella los más guapos pinchauvas comarcales.

Los más guapos pinchauvas comarcales—los «nois» de los pueblos vecinos—se han reunido en la fonda, en grupitos, y comen tanto como pueden. Hay un grupo de «hereus» ya un poco viejos y otro grupito de «hereuets» de primer vuelo, y mesas ocupadas por famosos bailarines de la legua (el «noi Tomás», el de la «Torra mansa», el «menut» del «Mas Pla»), y hacia un rincón se oculta algún feriante rico, o un fotógrafo de novios, o un cliente habitual, frecuentemente castellano, que ha caído en el pueblo de secretario interino o de recaudador.

A medida que aumenta la importancia del pueblo disminuye el valor que—en el aspecto humano—se da a los músicos de «cobla». En los pueblos pequeños se les valora tanto que hasta se los rifa. Recuerdo que en La Vell de Santa Creu (burgo agregado de Puerto de la Selva) las

muchachas tenían por costumbre elegir previamente, por las fotografías de la propaganda, a los que alojarían en sus casas, pues en La Vall no hay fonda. Hace seis o siete años la «Comisión» del pueblo contrató a la «cobla-orquesta Tris», de Salt. La «cobla» había enviado al pueblo un cartelito en el cual figuraban (fotografiados uno por uno, con efectos de luz, retoque y corbatín de «smoking») los once componentes del conjunto. Las muchachas del pueblo despreciaron, al acto, a los dos músicos más viejos. Luego hubo pelea en honor del vocalista, que era un sol. Todas querían alojar a ese sol, y, al fin, tuvieron que echarlo a suertes. Después, siete de los once músicos fueron igualmente sorteados entre ellas. A los cuatro restantes, cuando llegó el momento se les alojó en casas donde no había muchachas.

UN POCO DE TEATRO

Las jovencitas—en los pueblos pequeños—tienen a gala enamorarse de algún músico. Algunas lo hacen previamente, a la vista de las fotos. Otras esperan la llegada del conjunto musical. El enamoramiento anual de esas muchachas es epidérmico. Dura unos quince días. Algunas recortan la foto, una vez terminada la fiesta mayor, y la guardan junto a las «toias», que son unos bonitos recuerdos de esa fiesta.

No obstante, no se sabe de un músico que en una fiesta mayor haya tenido tiempo de corresponder a la admiración despertada por él entre las jovencitas. Los músicos de «cobla» suelen andar rendidos. Duermen poco, trabajan mucho y comen—mal que les pese—una barbaridad. Además, tienen la obligación de «hacer comedia» a la hora del baile. En el baile, una parte del público—las carabinas, los solterones solos, los padres de familia—se limita a observar lo que hacen los «senyors musichs». Y los «senyors musichs»—aunque el sueño les venga, aunque la digestión les tenga aplatanados—deben moverse mucho y hacer el picarón. El baterista, por ejemplo, le ha de echar mucho teatro a su trabajo, y además, por cuestión preestablecida, tiene a su cargo la parte cómica del espectáculo. Al trompeta le corresponde salirse a ratos de las solfas mediante unos agudos largos, ampulosos, asfixiantes, de esos que ponen la piel de gallina. Cuando llega el momento de la rumba, los once profesores, once, afirman con todo entusiasmo la obligación de transformarse en ardientes criellos. Luego, cuando el acordeón desgarrar un tango, esos ardientes criellos agarran los violines y empiezan a mecerse con toda seriedad. A veces se permiten un adorno de conjunto consistente en juntarse ante el micrófono cinco o seis profesores—algunos de ellos padres de familia—y cantar, entornando los párpados, unas cosas dulcísimas, a tres voces, como aquella que ha hecho tanto furor:

*Violines
enamorados
que en la noche
tibia y sensual, etc...*

Mientras los cinco profesores de delante explican todo eso de



Fiesta en el pueblo. De generación en generación se conservan las tradicionales danzas



«cobla» mallorquina del siglo XVII



La «cobla» moderna se transforma también en orquesta de «jazz»

los violines, los demás componentes del conjunto, a sus espaldas, arquean tales instrumentos muy delicadamente, y a veces—sin perder esa delicadeza—los pellizcan. Puede que sean las cinco de la tarde, o las doce de la noche, o más tarde. Al escuchar la música de esos enamoradísimos violines, al oír la canción sentimental de los cinco o seis músicos posibles padres de familia, uno, irremediadamente, piensa en que el profesionalismo—por crecida que sea la vocación—es siempre fastidioso. Pero después de eso los músicos arrancan por pasodoble, y ya no es posible hacer filosofía, porque una ventolera de entusiasmo fluye en el cuerno vivo de los saxofones, y estalla el clarinete, y el «jazz» sacude los platillos como si fuera a salir un torero. La sala arranca en caminatas delirantemente musicales y da vueltas, y chillan una muchacha vestida de color naranja, y un paludero repasa por los palcos por si ha quedado alguna moza sin bailar. Luego—después de un descanso—, la orquesta (ahora, en estos momentos, es simplemente orquesta) emprende la ejecución de un fox. Un fox ha de ser algo deliberadamente lento. Los pies de los que bailan se arrastran, despacito, con un ruido sordo, como si fuesen de papel de lija. Se producen entre la juventud diálogos sin relieve:

—Tocan bien, ¿verdad, tú?...
—Sí. Afinan mucho...
—¡Uf!... ¡Qué calor!... No se puede bailar... ¡Hay tanta gente!...
—Ya se sabe.
—Sí, ya se sabe...

SON DOS HOMBRE Y MUJER...

Son dos, hombre y mujer. El hombre tiene veintiún años. Pronto será soldado y se pondrá a matar con un sargento, pero él no piensa ahora en eso. Piensa en que ella es bonita; sólo que le sudan las manos y sale un poco roja. Un minuto antes, al verla sentadita en una silla, al lado de una vieja, se acercó a ella y, valientemente, le propuso bailar. Ella dijo que sí. Ella es rubia, monilla, un poco chata, de labios repulgados. Tiene algo de vello en el bigote, pero poco, muy poco; a veces ni se nota.

—Bailas muy bien.
—¡Qué va!... Usted sí, usted es un «ballador» muy bueno...
—No me llames de usted.
—Está bien... Es que me da reparo...

—¿Eres de aquí?
—Sí. ¿Y usted?
—Soy del pueblo de al lado.
—Yo conozco a una chica del pueblo de al lado. Se llama Carmen...
—Y tú, ¿cómo te llamas?
—¿Yo? A ver si lo adivina...
—Pues... ¿María?...
—No...
—¿Antonia?...
—No...
—¿Nuria?...
—No. Mi nombre comienza con ene.
—¿Con eme?...
—Sí... Se lo voy a decir. Me llamo «Milia»...
—...
—...
—...
—...
—Tocan bien, ¿verdad, tú?...
—Sí. Afinan mucho.
—¡Uf! ¡Qué calor!... No se puede bailar... ¡Hay tanta gente!...

El vocalista explica que «sin ti» uno pasa un mal rato...

BAILE DE TARDE

Con la tripa llena de oca, los músicos preparan la celebración del llamado baile de tarde. El pueblo, desde hace unas horas, se ha venido llenando de bicicletas. Los payeses de los pueblos vecinos han trabajado toda la mañana, desde punta de sol, y ahora, por la tarde, después de vestirse su traje «Ike», han agarrado unos durillos y se han puesto en camino. En verano, se dice que la tierra descansa. Si la tierra descansa, ellos ¿qué van a hacer?... Claro que su descanso—el de

ellos—es relativo. Esos bailes de tarde son tremendos. Sobran pies y faltan ventiladores. Las muchachas, después del primer baile, rompen a sudar. Los jóvenes del pueblo han comido muy bien y huelen a champán de sacarina. Los viejos fuman tagarninas criminales, y, por su parte, las madres de familia se han rizado tantísimo, se han puesto tantos polvos y van tan enfajadas que parecen muñecas de bazar, muñecas del año pasado. En medio de este ambiente, los forasteros llegan después de tragar polvo en los caminos, dejan la bicicleta al cuidado de un feriante que se dedica a eso, se gastan un durite en el tío a la cinta y luego, con aire displicente, se pasan por taquilla, en donde se sacuden un leñazo a cambio de la entrada. Muchos años atrás, todas las fiestas mayores corrían a cargo de los propios pueblos. Ahora, en cambio, esos pueblos se limitan a exponer el capital, pero cobran entrada al forastero. Si cubren gastos, bien. Sólo si las cosas van mal se rascan el bolsillo.

LOS ENTOLDADOS

Esos bailes de tarde se celebran—según la importancia del pueblo—en la plaza Mayor o en el entoldado. El entoldado es una cosa básicamente parecida a un circo: una gran vela como toldo y lona, mucha lona alrededor. Puede llegar a dimensiones incongruentes. He visto algunos que alcanzan a medir ochenta y noventa metros de largo por cincuenta de ancho. Por dentro, esos entoldados son el no va más de



Una sardana en la plaza del Pino, de Barcelona



Los músicos son principales protagonistas en todas las fiestas mayores de los pueblos catalanes

la suntuosidad de quita y pon. Los payeses adoran el lujo falso. Hay entoldados con tres y cuatro mil bombillas; con ochenta, y noventa, y cien arañas; con sedas, y satenes, y cortinas, y alfombras, y cenefas inmensas repietas de arabescos, y faralaeas colgantes de las lámparas. Un entoldado bueno, grande, de primera calidad, vale más de un millón. La casa Torras, de Bañolas, se dedica desde hace muchísimos años a recorrer los pueblos más importantes de Cataluña, a los que alquila sus entoldados (en catalán «venelats»), de los que posee un «stock» variadísimo. Incluso en Barcelona se instalan «venelats» cuando algún barrio celebra su fiesta mayor.

La tradición del «venelat» es antiquísima. Sin ningún fundamento para ello, me atrevo a suponer que esos grandes salones trashumantes son una imitación libre, fantástica, de los grandes salones nobiliarios de otros tiempos. El payés catalán (que a lo largo de la Historia ha vivido con tanta incomodidad, de una manera tan triste, tan rudimentaria) gustaba de vivir por unos días en medio de esa pompa ingenua, exagerada, caricaturesca, a la que echan perfume a toneladas para que no se note el olor a naftalina. El «venelat» de hoy día no ha perdido ni un ápice de su engolamiento antiguo. Si cabe, lo ha incrementado mediante la electricidad.

Debajo de tantísima colgadura luciente se extiende una pasmosa alfombra, una alfombra destinada a sufrir los pisotones de la ardiente juventud. Y alrededor de ella se montan, con gran lujo, los palcos, en dos filas por banda. Esos palcos se alquilan previamente a las familias de la localidad. Es simplemente formidable constatar la llegada de esas familias, en bloque—con abuelas, y nietos, y demás—, dispuestas a lucir el busto como si el suyo fuese un palco del Liceo. Los niños, después de superar la impresión recibida, se pierden por debajo de los tablonés. Y las viejas se duermen. Conforme avanza la sesión de baile, el calor va en aumento. Las sillas son incómodas. Pero el palco es el palco, y la familia—diezmada, reducida, acalorada—sigue aireando su orgullo de tres días...

EL «BALL DE RAM» Y LA «TOIA»

En el baile de tarde se ejecutan ocho piezas dobles, es decir, dieciséis baillables. La Comisión de Fiestas—después de haber cobrado entrada—desea cubrir gastos cuanto antes, y por ello organiza dos asaltos a la economía del «ballador». El primero consiste en la subasta de la «toia»; el segundo, en el llamado «ball de ram» (baile de ramo), que es una de las poquísimas tradiciones conservadas a pesar de los años.

El «ball de ram» (empezaré por el segundo asalto) consiste en el obsequio de un ramillete o de una baratija a la «balladora» por parte del «ballador». La gracia y el apuro del asunto consiste en que nunca se sabe cuál de los ocho bailes de la tarde será el «de ram». Si se supiera, algunos jovencitos de economía flácida dejarían de sacar a su pareja. De ahí que cuando menos se espera, en mitad de un baillable, el trompeta recibe la orden de avisar al público. Entonces suelta el bocinazo y grita: «¡Ball de ram!...» La música se paraliza durante unos minutos, y, mientras los señores «musichs» son obsequiados con una merendona muy plausible, los organizadores venden a los «balladores» las piezas, todas igualitas, recién desembaladas de la caja. Generalmente esas piezas cuestan una peseta y se venden a duro. No es nada prohibitivo, pues los gastos son muchos. Los duros caen a perdigonadas, y en muy pocos minutos todas las «balladoras» lucen su ramillete, o su «pato Donald», o su «escultura artística» en la mano. Cuando ya no caen duros, los músicos regresan al estrado y continúa el bailoteo.

Pero hacia el final, cuando los ánimos están caldeados, cuando el galán irresistible y fachendoso—hay muchos de esos—siente deseos de demostrar hasta dónde llega él con su dinero, la Comisión, atentamente, adivinando esa voluntad, ordena que se produzca otro bocinazo del trompeta. Es el momento de subastar los números de «la toia», es decir, el momento de vender esos números a puñados entre la concurrencia.

Un tipo de la Comisión—generalmente el más robusto de pulmones—sube al palco o tablado de los músicos, se sitta delante del micrófono y, para principiar, para entrar en ambiente, dice alguna bobada de éxito seguro. Los músicos se avartan. El más viejo repasa los papeles. Los jóvenes se pierden en medio de los grupos de muchachas. Algunos van hacia el café, en pos del «carajillo» salvador, del «carajillo» capaz de quitar el sueño. Arriba, en el tablado—o en el palco de la orquesta, si sucede la cosa en un «venelat»—, queda el valiente de la subasta, en mangas de camisa, con un faria apagado entre los labios y las tiras de números entre las manos. Esas tiras son de colores agradabilísimos: color azul celeste, color melocotón, color verde húmedo... El tipo las maneja sin piedad, estrujándolas. Se forma en torno de las tiras un grupo muy compacto de galanes fachendas. Todos quieren comprar el mayor número posible de papelititos para aumentar las posibilidades de obtener la «toia». Suele ser esa «toia» un licorero de esos que acaban destiñéndose, o un jarrón pintarrajeado, o un «bibelot» barato. Al guapo que le toque—y a su linda pareja—le cabrá el grande honor de iniciar, en solitario, el baile próximo. ¡Vale la pena de pujar, caramba!...

El vendedor de numeritos cuenta un fajo de cinco tiras y las ofrece al precio mínimo de un duro, pidiendo:

—¿Quién da mas?...

Salta un «hereu» de color mosto, enronquencido:

—«Sis peles!»...

—«Set!»...

—«Vuit!»...

—«Nou!»...

Ha habido puja. El «hereu» color mosto tiene las de ganar. Rezuma confianza en su cartera. Se vuelve y examina detenidamente a sus rivales. Uno de esos rivales, un muchachito, dice, modestamente, en un último esfuerzo:

—«Nou i un ral!»...

Entonces el «hereu» le aplasta:

—«Once!»...

El director de puja, el subastador improvisado, tiene experiencia. Sabe que aquello es el final de la primera tanda. Y grita, a través del micrófono:

—«Onzé peles a la una, onze peles a los dues, onze peles a les... tres!... Teu, noi!»...

Un chavalillo cuida de recoger las cinco tiras y dárselas al prócer. El prócer paga y se las muestra de lejos a su pareja, que está embabecada con un músico.

Empieza entonces nuevamente la subasta. Aparece otra serie de cinco tiras. Una vieja bosteza. En un rincón, sentada al lado de su madre, la feilla del baile oculta su complejo. Ella también quisiera que un galán superserie se batiese en su honor en el torneo de los «rals» y las «peles». Pero no tiene suerte. Ayer tarde, en la peluquería, se rizó como una negrita. Anoche, ella y su madre se han acostado tarde, terminando el vestido color lila. Su madre asegura que ese vestido le cae estupendo. No obstante, ella no baila. Los hombres, al discurrir por delante, la miran, la cotejan con las demás y luego pasan de largo. La fea espera que termine el baile de tarde. Por la noche, cuando los músicos la emprendan, terminando el concierto, con las sardanas, la fea las bailará todas. Para bailar sardanas no hace falta pareja. Ella brincaré mucho, brincaré todo lo posible, con dolor y alegría. Sentirá la embriaguez helénica, acitirá la, de la danza ancestral...

CENA Y CONCIERTO

Los músicos de «cobla» están ahitos. Desayuno, y comida, y merienda... Ahora es el momento de la cena. Asoma nuevamente el fantasma de la oca. Y el fantasma del pollo. No hay quien soporte eso. Pero el músico tiene que estar alegre, y, además, en la mesa ha de dar el ejemplo, porque eso es tradicional.

En los pueblos pequeños aun es costumbre que sea el «senyor music» quien corte las raciones del pavo o de la oca. Al músico Barnés, según se dice, le tocó, como director de su conjunto, comer en casa de un alcalde. A la hora de trincar la oca—una oca solemne, vasta, grasienta—se dió cuenta al abrir el buche de que habian quedado nueve granos de maiz encallados en él. La alcaldesa, al notarlo, palideció. Pero Barnés, muy ceremonioso, fué pidiendo los platos de los comensales y puso en cada uno de ellos un pedazo de oca y un grano de maiz. La cuenta salió exacta...

Jaime POL GIRBAL
(Desde Cataluña)

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1 IDIOMAS 2 COMERCIO

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

INGLES - FRANCES - ALEMAN
LITERATURA INGLESA-LITERATURA FRANCESA

Polyglophone
CON DISCOS O SIN DISCOS

Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

MODERNISIMOS CURSOS

CONTABILIDAD - TRIBUTACION

CALCULO - MECANOGRAFIA

TAQUIGRAFIA - REDACCION

Facilitamos máquinas de escribir.

3 RADIO 4 CULTURA

MARAVILLAS ELECTRONICAS

RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO

La técnica más actual y la del más inmediato porvenir

Proporcionamos abundante material a los alumnos.

IMPRESINDIBLE PARA TODOS

CULTURA GENERAL

ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA

Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.

Cursos completísimos de perfeccionamiento

5 CORTE 6 MUSICA

CURSO PARA LA MUJER

CORTE Y CONFECCION

El original curso *Femina* tantas veces imitado y nunca igualado.

Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

CON DISCOS O SIN DISCOS

SOLFEO ACORDEON

En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.

Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

7 DEPORTE 8 CLUB CCC

INDICE DE UNA CULTURA

FUTBOL

Para aficionados y profesionales; clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAHORA

JUDO Y JIU - JITSU

Respaldado por la Federación Española.

Cursos teórico-prácticos.

SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO

El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.

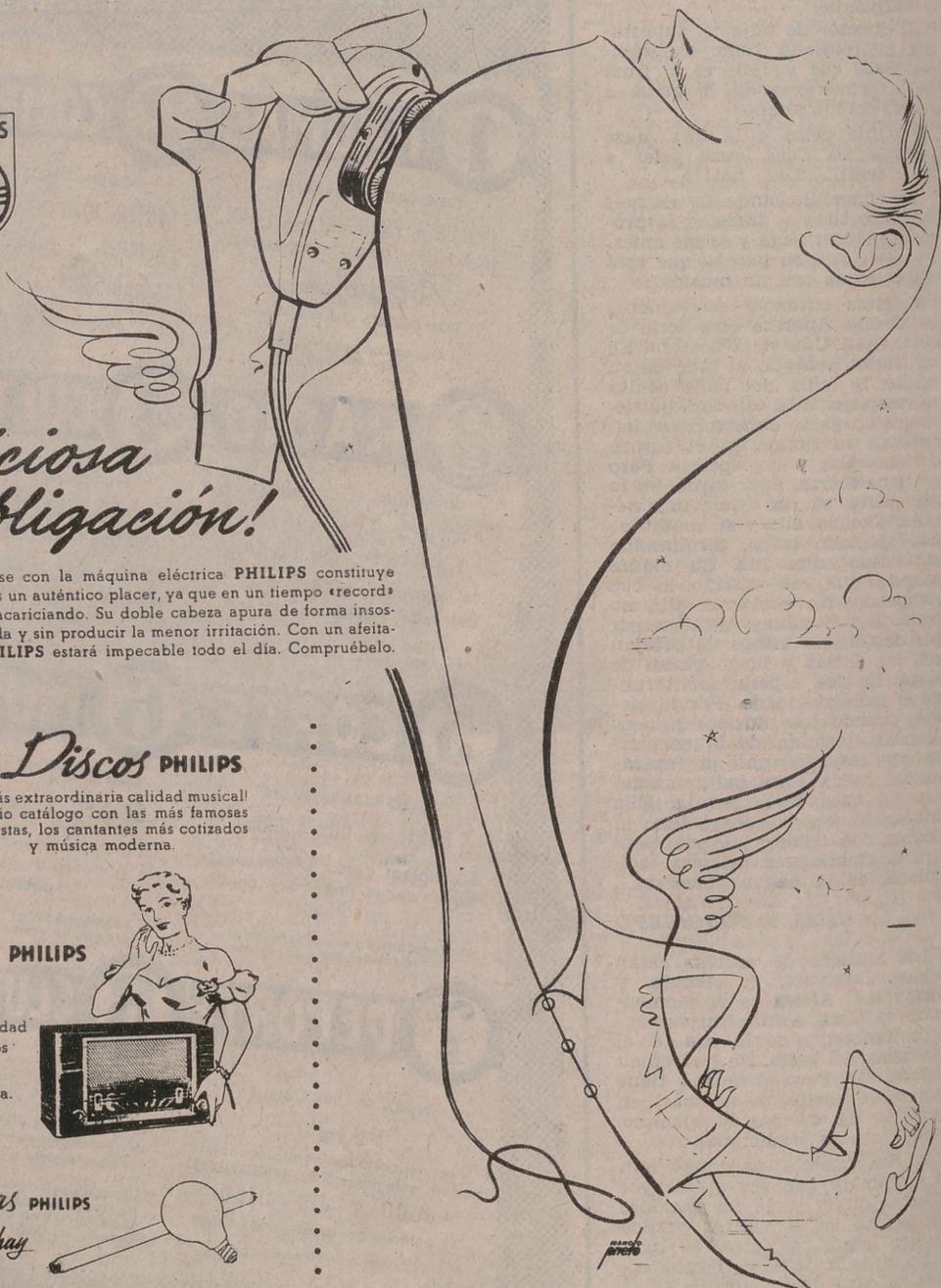
Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.



CORTE O COPIE ESTE CUPON

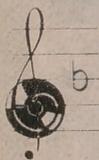
D.....
señas.....
solicita información GRATIS sobre las materias
n.ºs.....

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN



¡Deliciosa obligación!

Afeitarse con la máquina eléctrica PHILIPS constituye además un auténtico placer, ya que en un tiempo «record» afeita acariciando. Su doble cabeza apura de forma insospechada y sin producir la menor irritación. Con un afeitado PHILIPS estará impecable todo el día. Compruébelo.



Discos PHILIPS

¡La más extraordinaria calidad musical!
Amplio catálogo con las más famosas orquestas, los cantantes más cotizados y música moderna.

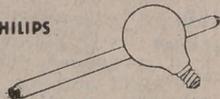
Radio PHILIPS

Entre la gran variedad de nuestros aparatos podrá elegir el que usted precisa.



Lamparas PHILIPS

Mejores no hay



PHILIPS

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELIC. TROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUO. RESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPE Y TODOS LOS TEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre _____
Domicilio _____
Plaza _____



CESAR GIRON, TORERO DE POSTIN

CON la vida de César Girón reanuda *EL ESPAÑOL* las biografías de matadores de toros y de novillos que iniciara la anterior temporada. César Girón es hoy, indiscutiblemente, una de las figuras más destacadas de la fiesta. Conquistado el puesto que ahora ocupa en el escalafón taurino totalmente a pulso y por méritos propios, el toreo de César Girón si lo definiéramos tendría una sola frase: «Toreo a lo Girón.» Toreo personal, valeroso, alegre, seguro, variado. dominador de todas las suertes, capote, banderillas muleta y espada. El nombre del diestro venezolano es en esta temporada de 1955 cabeza principal de cartel de todas las ferias de España.

ANTES DE TRIUNFAR COMO LIDIADOR FUE BEISBOLISTA Y CAMPEON CICLISTA

DE MARACAY VINO A CONQUISTAR LAS PLAZAS ESPAÑOLAS

POR el camino que va de Caracas a Maracay—la carretera es a trozos polvorienta y dura—una camioneta de viajeros esquivaba los baches, rítmica y sonora, con el perfil cansino de las bestias que saben su costumbre.

Dentro, en los asientos traseros, dos niños—Carlos y Yolanda, que una es niña, pues—contemplan absortos el paisaje. La

camioneta, al llegar a una revuelta escondida casi ha parado en seco; una potranquera—potros ágiles, potros revueltos, torcos, alazanes o morunos—atravesaba relinchando la dirección suscrita. El hermanillo tercero—ocho meses tan sólo en la vida—, recostado en el regazo de la madre, ha roto a llorar.

—¿Qué le pasa, pues, al «pito» del Cesitar?

—Nada, que al muchachito le asustó la detenida.



Arriba: César Girón iniciando su famoso pase circular. Derecha: Un brillante remate de faena del venezolano





César Girón paseando a caballo por el Real de la Feria sevillana

El último potro, espolvoreado en tierra flotadora, ha corrido a saltos y galopadas junto al reatón. La camioneta cuadrada ha dado marcha otra vez al motor y ha vuelto a enfilar el «pisado» como llamán allá en Venezuela a la carretera.

El matrimonio joven, de sencilla presencia, con aspecto de comerciantes humildes, se ha quedado, recostado el uno junto al otro, medio dormido.

El pequeño César ha parado en su lloriquera y con la importancia tradicional de su edad ha sacado el pie derecho de la mantilla y se ha metido el dedo pulgar en la boca.

La hermana pequeña le ríe la gracia.

—Mamá, César se chupa los pies.

El segundo hermano quiere coger una mosca zumbona y pesada que runrunea junto al vidrio oscurecido de la ventanilla. Delante, en el asiento de delante, un compañero de viaje lee un periódico.

Debajo del título viene una fecha: 13 de febrero de 1935.

El padre, despierto hace un ra-

to, se ha fijado en la página y ha dicho:

—Esperanza, hoy hace ocho meses que nació Cesitar.

La madre se ha sonreído y ha acariciado al pequeño. Luego, feliz, ha respondido.

—Es verdad, Carlos; es verdad. La familia Girón, desde Caracas donde vivía, se traslada a Maracay.

UN PASODOBLE A LOS DOCE AÑOS

César Girón—el tercero de trece hermanos—empieza a andar por sí solo. Pasan los años, crece y es un niño con el pelo negro y grisísimo a caracoles ensortijados que mismamente parecen anillos de antracita relucida.

César Girón corre, juega llora y ríe en Maracay. A los seis años a César le llega un acontecimiento importante: tiene que ir a la escuela.

El colegio «Padre López Abeledo» es un edificio amplio, de enormes clases, de largos patios, donde los alumnos juegan a gusto en las horas de recreo. César, aunque pequeño, ya conocía la

existencia de buenos equipos de pelota base—de «beisbol», como dicen por allá—, y por eso está deseando que comience el curso.

—Mamá, ¿y cuándo comienza el curso?

—Para el lunes que viene, César; has de ser aplicado y bueno y estudioso. Que a los hombres que saben mucho los dineros les vienen sin sentir.

Un año dos, tres, cuatro, cinco y seis más lleva César en el colegio. A César le gustan las matemáticas, la historia, la geografía y, sobre todo, las ciencias naturales. Cuando llegan los inspectores o los superiores de la enseñanza o hay festivales de cultura, César Girón es el alumno que conoce sin fallar todos los minerales, que recita el proceso total del crecimiento de la rana o del gusano y que sabe sin titubear cómo se llaman todas las aves que están disecadas en el museo.

—Este es el zamuro que limpia los campos de carroña, profesor; y aquél, la pavita, profesor, que es un pájaro de mal agüero; y este otro el yaguazo, que es todo un pato real; y el de más allá la corocora, con sus largas zancas coloradas, profesor...

Los maestros del colegio «Padre López Abeledo» felicitan al padre por su hijo:

—Don Carlos Girón, su «beisbolero» sabe mucho de la naturaleza, porque la estudia mucho también.

Pero para los compañeros de doce años escasos como él, César Girón no era especialista en historia natural; César Girón era el mejor bateador de todos los tiempos que pasara por el equipo. César juega de primera base y de sexto bate. Y su figura elástica y morena se agiganta en los partidos contra otros colegios.

—¿Batea hoy César?

Si la respuesta era negativa los contrarios doblaban, con medida crecida, la moral. Si las palabras afirmaban la pregunta, los contrarios partían doblemente la esperanza. César Girón, bateando, era una estrella.

Cuando la pelota venía por el aire César se hincaba de rodillas en la tierra del campo. Y de rodillas lanzaba la pelota lejos, muy lejos, sin fallar una vez tan sólo ni por la postura.

Por eso sus compañeros—de doce años escasos—le hicieron un pasodoble. Y lo cantaban. Y cuando ganaba el equipo—la costumbre se fué haciendo ley—por los pasillos grandiosos del colegio se oían las estrofas de «César Girón beisbolero de postín».

César Girón, como siempre, sonreía.

UNA AFICION NUEVA: LA BICICLETA

Han pasado dos años. César ya ha oído hablar de Manolete, «un torero que en España ha hecho época». Y de cuando en cuando ha pensado en los toros. En Maracay, en la ciudad donde vive, hay una placita salerosa en la que a veces se celebran novilladas, corridas de toros.

Pero César Girón todavía no va a ser torero. Porque antes conquistará premios en otra afi-

ción en otro deporte: el ciclismo.

A primeros de 1946 un centro benéfico de la ciudad lanza una rifa. Varios premios. César compra una papeleta. Pasan los días, tranquilos, conformes, hasta la hora del sorteo. César Girón una semana después se acuerda:

—Voy a ver si por casualidad me tocó algo en la rifa de la fundación...

Ha sacado su papeleta—un pedazo verde con un número en la esquina—y ha comenzado a mirar en la lista.

—Nada...

Ni el primero, ni el segundo, ni el tercero, ni...

César se ha quedado mudo de repente. Allí está su premio: una bicicleta limpia, flamante, ligera, con estampa de equino esquelético corredor de caminos.

—Es mía la bicicleta, don...

Cuando César llegó a su casa, todos los hermanos en edad de sostenerse dieron una vuelta a la manzana.

En las calles cercanas en las carreteras de las entradas, César Girón se entrena. Por la tarde, cuando ya hace menos sol. César coge su bicicleta y marcha a rodar kilómetros seguidos.

—¿Dónde vas, César?...

—Tengo una carrera el domingo, mamá.

—Hijo, que vas a romper toda la ropa...

Dos años largos saben de César Girón corredor de bicicletas. De aquel bateador famoso se ha pasado, en las amistades, a este ciclista que gana carreras frente a muchachos mayores que él.

Había domingos con suerte; domingos en que César llegaba contento a casa, escoltado por los chiquillos del barrio que jugaban a las canicas en la puerta de sus casas y que suspendían las partidas cuando César aparecía por la esquina primera de la avenida.

—Mamá, traigo dinero...

—Dáselo a tu papá.

El padre después de dar un beso al vencedor decía lo mismo: —Para que compres tubulares a la máquina, hijo.

Así llegará 1949, en que otra afición va a sustituir a la presente. Aunque él guardará su máquina con cariño hasta quince días antes de venir a España. Porque quince días antes—casi los capotes de brega en las maletas—a Girón le robaron su bicicleta.

Aquella noche César estuvo triste. Y soñó que cuando encontraba al ladrón le hacía correr delante de su bicicleta a toda la velocidad de sus piernas especializadas.

Pero la bicicleta y las carreras pasaron a la historia de los tiempos. César Girón desde entonces, va a ser matador de toros: una figura.

LA PRIMERA BECERRA, EN LA PLAZA DE MARACAY

Maracay es una ciudad clara y multicolor, abierta y espaciosa como una falda almidonada y recién planchada de una mocita de los venezolanos poblados de Los Llanos. Y Maracay da para todos los conocimientos y para todas las amistades, incluso para

esas amistades que hacen cambiar enterito el rumbo de una completa vida.

En 1949, César Girón va a tener un amigo fundamental: Pedro Pineda, matador de toros de la tierra que es empresario de la plaza.

—¿Y cómo te llamas, pues?

—César Girón, don...

—Desde mañanita mismo vendrás a repartir propaganda para las corridas...

Para el segundo domingo de diciembre de 1949 hay anunciada una becerrada. Van a torear los chicos de Querétaro, una cuadrilla juvenil mejicana. César está repartiendo propaganda toda la semana por las calles, por las terrazas de los bares, por los pasos y por las tertulias. A César le ha penetrado, nonda, la afición al toro, y por ver una corrida hace lo que sea. Hasta repartir propaganda, como ahora.

—Ya terminé de repartirla.

—Está bien, César; vete por la plaza a ver la corrida...

Cuando llega a la puerta del patio de caballos, el portero no quiere dejarle entrar.

—Que soy el chico que dió los cartiles...

—Eso no lo sé yo.

—Que don Pedro Pineda me dijo que viniera...

—Eso no lo sé yo.

Entonces, César se va por la tapia de los corrales y se mete en la plaza.

César lleva en el interior del cuerpo una comezón intensa, como cuando llega el examen de una oposición que va resolver la vida venidera. César se ha sentado en una escalerilla, junto a la niña del conserje de la plaza, que también quería ser torera. Van ya por la segunda becerra.

—¿Qué tal esto, mujer?

—Pues, nada; de verdad...

La tercera becerra—de la ganadería de Guayabita, como las anteriores—es gorda y está bien plantada de cuernos.

—Bonita la becerra, niña, ¿verdad?

César Girón sabe que le ha llegado su hora.

¿Me dejas ver tu pañuelo rojo, niña?

César aprieta la tela un momento. Luego se levanta, de un salto y cae al ruedo. Allá va el muchacho moreno tras la becerra

—¡Je, becerra bonita! ¡Je, becerra preciosa..!

Pedro Pineda, en lo interior también, desde un burladero, sonríe.

Una verónica, dos, tres, y media superior; la gente aplaude y grita. De un tendido ha caído un palo a la arena. César corre y lo coge. Hace una muleta. Uno por alto, un natural, otro, otro y el de pecho.

La gente en los tendidos grita entusiasmada:

—Mátala tú, mátala tú...

Pero la ordenanza lo impide.

César Girón vuelve a su lugar.

—Toma tu pañuelo rojo, niña...

La hija del conserje, por recompensa, le ha dado un beso en la mejilla.

Cuatro días más tarde, un aviso llega a la casa de César; un aviso para que el padre se presente en la Comisaría.

—Si su hijo vuelve a hacer lo del domingo le enjaularémos.

Por la noche, en la cena, hay regañina.

Pero por la noche también, tres sentimientos nacen en la casa del muchacho; uno, el del padre: «Si este hijo mío se me hace un vago por lo del toreo...»; otro, el de la madre: «Virgencita de la Caridad, que no me lo mate un toro...»; otro, el de César: «Cuando yo haga el pasello en Maracay, vestido de luces...».

Cada uno se durmió con su convencimiento.

EN CARACAS, POR LA PUERTA GRANDE

El 29 de enero de 1951, César Girón se va a vestir, por primera vez en su vida, con un traje de luces. Ya en 1950, a comienzos, pues, de aquella temporada, César Girón es el becerrista más famoso de Maracay. Y Pedro Pineda—su protector y amigo—, el empresario que cree en él y que le ayudará definitivamente a ser torero; pero torero de postín, como la letra del pasodoble que le hicieran antiguamente los compañeros de colegio

Ya César no reparte propaganda por las calles. El día anterior se da una vuelta por los paseos de Maracay, y un muchacho, sustituto tal vez de su primitivo puesto, le regala un programa.

—Toma, para la de mañana, que torea Moreno Sánchez, Paco Roldán y César Girón.

En la casa, encima de una silla, espera, cubierto con blancas telas, el traje de luces, un traje azul pálido y oro, que vino expresamente a buscar a España el empresario Pedro Pineda.

Los hermanos pequeños, cuando no les ven, tocan suavemente los alamares con miedo de romperlos; acarician las rosas bordadas y palpan el raso de la taleguilla. Luego se pasean delante del hermano, que ya es torero, y le contemplan, como midiéndole con la mirada.

Se ha celebrado la corrida, y César regresa en, el coche a su



De Maracay a Madrid, César Girón vino y venció. Aquí le vemos ante uno de los arcos de la Puerta de Alcalá

casa. No ha habido mucha suerte: los toros le cogieron y vuelve con el traje roto y manchado en varios lugares. César no habla cuando entra en la habitación. Sólo la madre, en medio de todo, está contenta.

—Es lo mejor que estés bueno, que el toro no te hiriera, lindo...

Pero la carrera del torero está trazada. Torea después catorce novilladas, y más adelante, la presentación en Caracas.

Ya corre por el país el nombre y el estilo que se apunta de César Girón. Los toros son de La Candelaria, de don Manuel Sarmiento, y el único compañero de cartel es Moreno Sánchez, de la tierra también. La plaza se llena hasta lo alto. En el primer toro, Moreno Sánchez al dar un capotazo, es cogido. Y queda solo, frente a seis astados, un novillero que empieza.

—Aquella fué la prueba de fuego —diría más tarde el matador recordando el acontecimiento.

Seis estocadas, tres orejas y un rabo, salida a hombros y medalla de oro contará desde entonces como resultado de la tarde la historia de la tauromaquia. Cuando iba a hombros de los entusiasmas, camino del hotel, César Girón pudo ver en una esquina a un profeta sin profecía: un mayoral que cuando César era becerriista le dijera:

—Tú serás torero como yo obispo.

Ahora César Girón es matador de toros, y el mayoral, admirador de Moreno Sánchez, sigue de lo mismo.

UNA VACA QUE NO QUISO TOREAR PROCUNA

En el aeropuerto de Barajas, de Madrid, la familia de Fernando Gago, apoderados de toreros en España, espera a un muchacho de Venezuela que le viene recomendado. Dicen las cartas que es novillero, y que es bueno toreando, y que es mejor persona todavía.

Con la hora en punto del día 5 de abril de 1951, el avión que comenzó a volar en Caracas se posa en las pistas cementadas del aeropuerto.

La silueta del muchacho es in-

confundible: Moreno, muy moreno, como si estuviese tostado por el sol de todas las latitudes, despacioso en el andar, callado, respetuoso y muy modesto.

Cuando le van a estrechar la mano en la llegada, César Girón dice tan sólo:

—Aquí estoy para lo que usted me mande, don Fernando.

Nada más llegar, a entrenarse a las fincas de Andalucía y de Salamanca.

César Girón hace lo que se le ordena.

Y toreando, toreando, llega un día a la finca de los Cobaleda, en Salamanca Allí está Luis Procuna, el torero mejicano, de figura del entrenamiento.

El ordena las vacas y coge las que le gustan y las que no, las deja.

Ha salido una vaquilla bonita, fina, de lámina precisa y negra, y larga de pitones.

A Luis Procuna no le ha gustado el animal.

—Esa vaca está tuerta —dice el mejicano— que la toree otro...

Y el otro es César Girón, guayabera de cuero, calzones campeiros, gorra de visera.

César Girón ha toreado superiormente; mejor que nadie, mejor que los maestros de la reunión.

—¿De dónde es ese muchacho?

—De Venezuela, y se llama Girón.

Por la noche, en casa Cobaleda, César Girón fué el tema preferido en las conversaciones.

Mientras tanto, él, apartado, pensaba en los toros. Siempre ha pensado en los toros; pero aquel día, con más fuerza, como si quisiera tener a los machos de todas las ganaderías dormidos en los picos de su mula.

UN SOLO TRAJE DE LUCES PARA VEINTE CORRIDAS

Las plazas de España, cuando se empieza, son duras y difíciles. Por eso el que llega a figura es que vale mucho, que vale de verdad.

Ha llegado la hora de torear por primera vez en España. El 13 de mayo de 1951 es la fecha y Miranda de Ebro, la localidad elegida. Cuatro matadores—Ma-

nolo Chacarte, Enrique Orive, Chicarro y César Girón—van a disputar un trofeo. Pero los novillos salen malos y el premio queda desierto. Al domingo siguiente, la segunda novillada—en Burgos—, toreando con Manolo Cascales. Oreja en el primero y enfermería en el segundo. Es la primera cogida que César tiene en España.

Así va lidiando novilladas sin caballos hasta llegar a dieciséis.

En La Coruña torea por primera vez con caballos; Fernando Jiménez y Andrés Luque Gago son los compañeros. Y César Girón corta a un novillote de Esteban Hernández su primera oreja en novillada con picadores.

Ese mismo año torea el festival de Santander—al festival que todos los años viene Carlos Arruza—y empieza a convertirse en figura auténtica de la novillería.

Los empresarios de las plazas menores quieren, antes que nadie, a César Girón.

Y César Girón—cuando se empieza no hay que hacer distinciones a nada—va a todas las plazas que le llaman.

A todas las plazas y a todos los lugares con solo un traje de luces; un traje verde manzana y plata que le regaló en Sevilla la familia Luque. Por ello el traje va estando usado, zurcido, sucio a veces y descolorido.

Torea César su dieciséis novilladas sin picadores en Belorado, un pueblecito castellano de la provincia burgalesa. La plaza era de madera y el público, de hierro, por lo duro.

Desde lo alto alguien le gritó: —Girón, tienes el mapamundi en la espalda.

Las rosas del traje de luces hacían la metáfora.

Luego, a hombros, las cabezas de los aficionados se olvidaron de la geografía.

EN LA FERIA DE LA MERCED, LA ALTERNATIVA

Pedro Balañá, el empresario de la plaza de toros de Barcelona, descansaba en la finca de Leopoldo Clairac viendo entrenarse a los toreros. Y entre los toreros estaba aquel día César Girón.



Para no perder facultades, César Girón se entrena en una ganadería del campo de Salamanca

Pedro Balañá, buen catador de figuras, en la placita campera de los ganaderos sentenció sin dudar:

—Este es un astro del toreo.

El día 16 de marzo de 1952 torea César Girón su primera novillada en Barcelona. Ganado de Garro Díaz Guerra, con Antónete y Carlos Corpas como compañeros de cartel.

En el verano de 1952 Barcelona vive la «fiebre Girón». Catorce novilladas en la Ciudad Condal, de las cuales siete son seguidas, sin moverse de la capital. En las Ramblas, en el paseo de Gracia, en los bares de la plaza de Cataluña sólo hay una noticia y un comentario:

—Hoy vuelve a torear César Girón.

Y por las taquillas aparece consuetudinariamente el empresarial cartelillo de «No hay billetes». No hay billetes para el público; para César Girón, sí.

César Girón torea por todas las plazas de España, por todas sin dejar una; por todas, menos en Madrid. A Madrid vendrá de matador de toros. Y será «la bomba de la Feria de San Isidro de 1955».

El 28 de septiembre de 1952, en la Feria de la Merced, César Girón toma la alternativa. Se la da Carlos Arruza, con Parrita como testigo. La ganadería, de Murube. Carlos Arruza vino expresamente desde Méjico para este acontecimiento. Y Carlos Arruza pudo sentirse, desde aquel mismo día, orgulloso de su ahijado venezolano.

La temporada de 1952 se acaba. César Girón, ya matador de toros, piensa en América, en volver a su casa de Maracay, en abrazar a su padre, a su madre y a sus hermanillos.

César Girón todavía, en España torea aquel año seis corridas de toros.

UNA ADMIRADORA DE TODOS LOS DIAS

El 1.º de enero de 1953, la plaza Monumental de Méjico estrena cartel: Capetillo, El Ranchero, José María Martorell y César Girón. Un gran éxito para el venezolano. Ya entonces César mueve a sus compatriotas. Y de Venezuela, más de doscientos aficionados recorren su itinerario por las plazas sudamericanas.

De la corrida en Méjico de primeros de año conserva César un recuerdo, un recuerdo bueno, un recuerdo femenino. Una linda mejicanita le escribe, desde entonces, todos los días. Esta fue su primera carta:

«Amigo César Girón: Yo sé que, quizá, esta carta mía te moleste. Pero yo estoy muy impresionada de tu toreo valiente, de tu toreo artista como ninguno.

»Yo, amigo César Girón, quiero hablar contigo de toros, porque no he visto mejor torero que tú.

»Perdóname. Yo te escribiré todos los días. No importa que no me contestes. Sólo deseo que tú me leas y que sepas que te admiro. Flor de Luz.»

Una de las últimas cartas es del día 1.º de junio de 1955.

«Amigo César Girón: Ya llegaron aquí las noticias de tus bue-



El torero de la tercera dimensión fué llamado Girón por los aficionados en 1954. «A lo alto y a lo largo le añade lo hondo», dijo de él el crítico Clarito

nas corridas en Madrid, por las fiestas. Ayer discutí con mi amiga Araceli porque atrevióse a decir que tú no valías.

»Ya sabes que estoy enamorada de ti. Tu Flor de Luz.»

César Girón no puede contestar a estas cartas—él que contesta a todas sus admiradoras—porque la linda mejicanita, que también le envió fotografía, no le dijo ni sus señas ni su nombre en-



«El dinero del público que paga es el mismo en todas partes», dice César Girón, que siempre intenta complacer a los aficionados

tero. Pero en la repisa de la residencia del diestro famoso, el retrato de la admiradora ocupa un lugar de primacía.

—Es la señal de mi agradecimiento —ha dicho el matador.

En Méjico torea, en el invierno de 1953, nueve corridas de toros. Luego va a Caracas y después a Maracay. En las calles de la ciudad donde vivió de pequeño la gente a su paso le apretuja por las calles.

César, cuando llegó, lo primero que hizo fue dar cuatro grandes abrazos: uno a su padre, otro a su madre, otro a sus hermanas y otro a Pedro Pineda, el lejano matador de toros de su tierra que le aupó en el toreo.

Después, a España, a torear la temporada de 1954 y a conseguir una marca: en la Maestranza de Sevilla, César Girón ha sido el único torero que cortó cuatro orejas y dos rabos en tres toros.

—La «revolución»—dicen por allá los sevillanos.

DOS PATAS EN UN SOLO TORO

La temporada de 1954 en España hace que Girón sea llamado «el torero de la tercera dimensión». A lo alto y a lo largo le añade lo hondo», dijo el maestro Clarito.

Es en la feria de Valencia, el 29 de agosto del año pasado. Torean Antonio Bienvenida Julio Aparicio y César Girón seis pablorromeros bien encastados, gor-



Los trofeos llegan a sus manos después de cada faena

dos, bravos desde el principio, sin que embista ninguno cara arriba.

Desde un tendido ha habido una voz:

—Girón, que te estás quedando atrás...

Bienvenida y Julio Aparicio habían cortado orejas; César también en su tercero. Salió el último, un toro de noble clara y boyante bravura. Cefido, templado, mandando, Girón para al animal con seis soberbias verónicas. Banderillea citando de frente, cuarteando en el camino y terminando de poder a poder. Luego, la muleta. Y en ella esa serie lenta, inacabable, trenzada, citando medio de costado, medio de espalda, en el que el toro, sin soltarlo de la muleta, describe dos circunferencias completas en el suave correr de la mano. Primero con la derecha, luego con la izquierda. La plaza es, entera, la locura.

Cuando le llevan las dos orejas cortadas, César Girón sonríe. El alguacillillo sentencia:

—No, Girón; esta vez tampoco te has quedado atrás...

Después de España, hasta que empiece 1955, a América otra vez: Méjico Lima, Bogotá... Pero lo mejor, en Maracay.

Maracay quiere a César Girón como a su propia vida. Y por quererle le exige.

Es el 26 de febrero de 1955. Antonio Ordóñez, Curro Ortega y César Girón.

El primer toro se le ha vencido y le ha cogido por la pierna. No ha podido hacer nada y ha tenido que marcharse a la enfermería. La gente, sus paisanos, sus amigos, sus compañeros se han enfadado con él. De repente la puerta de la enfermería se ha abierto de nuevo. Esta vez no para entrar, sino para salir. César Girón—blanco y oro contrastando con su estampa—ha vuelto

a la arena. Ya está en el rudo su último toro. Y César Girón se emborracha de toreo. Otra vez la historia de la tauromaquia tiene que consignar una nueva marcha: el único torero que en América del Sur cortó en un solo toro dos patas.

Por la calle Bolívar, por la calle Miranda Páez, por la calle Avenida 5 de Julio va el matador a hombros de la población entera. En la Avenida última está la casa del torero. En la puerta, su madre. César baja de los hombros de los entusiasmados. En la pierna lleva una mancha roja, sangre de la herida abierta.

La madre le ha abrazado en la puerta. Instantáneamente se hizo silencio; en medio ha podido escucharse una voz:

—¡César, hijo mío!

Luego el silencio se ha roto nuevamente con el alarido.

EN SAN ISIDRO, DOS MIL AFICIONADOS DE VENEZUELA

Viernes 20 de mayo de 1955: Madrid lleva ocho corridas en la feria de San Isidro. La feria ha estado sosa, unas veces por el ganado otras por los toreros. Pero hoy torea César. Y César torea.

En los tendidos, más de 2.000 aficionados venezolanos. Allí están también gentes que vinieron desde Venezuela exclusivamente a verle torear. Por ejemplo, el doctor Ramón Zaldala de Caracas; don Alfredo Escalante e incluso el mismo embajador de Venezuela en Panamá tomaron el avión para presenciar el importante suceso.

César Girón corta las orejas y sale a hombros por la puerta grande, por la puerta que da a la calle de Alcalá, camino arriba, hasta la plaza de Manuel Becerra. Ya no se puede ir más lejos a hombros, porque los reglamentos lo prohíben.

Desde los balcones, desde las aceras, ramos de claveles van hacia el triunfador.

César Girón, desde su andante y humano trono, lleva la sonrisa de los elegidos.

Está, pues, intensa, vibrante la temporada presente en marcha. Se van sucediendo los éxitos día a día y corrida a corrida. Da lo mismo Madrid, que Zaragoza, que Baeza.

—El dinero del público que paga es el mismo en todas partes. El público tiene derecho a que se toree siempre.

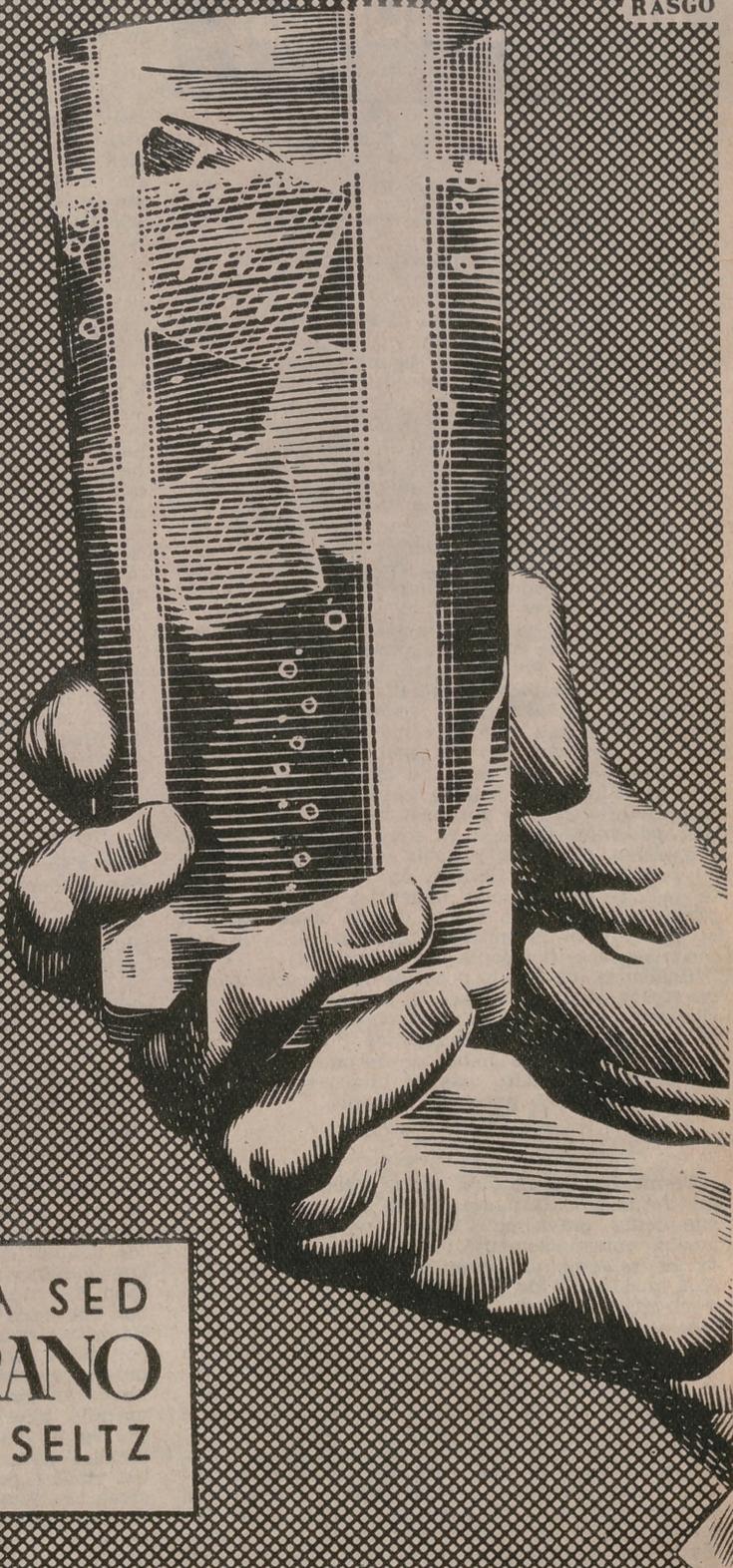
Estas son palabras de César Girón, torero de Venezuela, conquistador de las plazas españolas de toros.

Por eso tal vez cuando César Girón hace el paseillo, zancada abierta, pisada indolente, signo trágico en el porte, por los tendidos corre, sin saberlo la gente, la cadencia firme de una estrofa:

*Un hombre se juega esta tarde
[la vida.]*

José María DELEYTO

RASGO



PARA LA SED
SOBERANO
HIELO Y SELTZ

GONZALEZ BYASS

L'Atelier de César Girou

¿QUE HAY SOBRE RECOMENDACIONES?

Por Fray ALBINO

Obispo de Córdoba

ESTA pregunta suscitará seguramente en la mayoría de los lectores un movimiento de repulsa y de condena; por motivos de razón lo primero, pues son muchos los que podrán alegarse para repudiar como cosa injusta y funesta el sistema de recomendaciones; y en segundo lugar, por razones de orden práctico, recordando casos, en que cualquier lector pudo haber sido injustamente tratado frente a un contrincante que *las llevaba buenas*, o por el hecho sencillo de no haber podido él mismo llevar ninguna. Pero también habrá quien hablando *sinceramente, por lo menos consigo mismo*, tendrá que reconocer que acaso la mitad de los éxitos de su vida los debe a las *tan apetecidas como odiadas recomendaciones*.

En todo caso es problema de actualidad; y que si efectivamente queremos hacer algo por un mundo mejor, debe ser en público esclarecido. Nuestro nuevo Régimen, en esto como en tantas otras cosas, ha hecho lo que pudo para suprimir las recomendaciones. Pero ¿pueden tan poco las leyes frente a costumbres inveteradas!...

Quizá el hecho de las recomendaciones no es tan grave ni tan extenso como muchas gentes se figuran. Pero que hay entre el público una gran masa que cree que nada se alcanza sin ellas, y que en ningún orden de cosas, sobre todo en asuntos oficiales, es posible triunfar si no se tienen *padrinos*, también es muy cierto. Y ningún organismo, por recto y noble y justiciero que sea su proceder, logra librarse de verse envuelto en la red de estos juicios malévolos que por todas partes corren, ni los Tribunales de oposiciones, ni el Ejército, ni la misma Magistratura, a la que incumbe específicamente hacer justicia.

Hablemos, pues, un poco de las recomendaciones. ¿Son siempre malas? Y en caso de no serlo siempre, ¿cuándo sí? ¿Cuándo no?... ¿Qué dice la Moral? ¿Qué dice el Evangelio? Porque también en el Evangelio se habla de recomendaciones, y al mismo Jesucristo, más de una vez, se las hicieron. Entremos, pues, en materia.

* * *

Terminado el Sermón de la Montaña descendió Jesús a Cafarnaum. Había allí un centurión que tenía gravísimo a un siervo suyo, al cual amaba entrañablemente. Y habiendo oído hablar de los milagros que Jesús hacía, le envió unos judíos ancianos y de prestigio a rogarle que sanase a su criado. Y éstos le decían a Jesús: «Bien merece que le concedas ese favor, pues quiere de veras a nuestro pueblo y hasta nos ha edificado una sinagoga.» Aquí tenemos, pues, un caso típico de *recomendación*.

El centurión era pagano y no se atrevía ni a presentarse él mismo a Jesús ni a rogarle que viniese a su casa, pues ni de eso se juzgaba digno. Busca entonces a unos señores que, por ser judíos y más allegados a Jesús, pudiesen tener con él más influencia. Los cuales cumplen bien su cometido alegando que quería mucho a su pueblo y que les había edificado una sinagoga, cosa que a Jesús tenía que agradecerle. Y el centurión le envía en seguida a otros amigos para decirle al Señor—que hacía su casa se encaminaba—que no se molestase, que bastaba con que diera la orden de curación del siervo desde cualquier sitio en que estuviera. El Señor alabó la fe del centurión y curó, en efecto, al siervo a distancia.

El caso es bien claro. El centurión, pagano y humilde, no se atreve ni a presentarse a Jesús ni a hacerle venir a su casa ni cree tener mérito

ninguno para que Jesús le atienda. Y entonces acude a las *influencias*, a las *recomendaciones*. ¿Estuvo esto bien?... Pero ¿qué mal puede haber en eso? A nadie se perjudicaba. A nadie se le hería en ningún derecho. Y Jesús hizo el milagro y alabó grandemente al centurión.

Desde el punto de vista religioso podemos decir que toda nuestra vida se va desarrollando a fuerza de *influencias* y *recomendaciones*. ¿Qué otra cosa hacemos que buscar ante Dios influencias cuando invocamos a la Santísima Virgen y a los santos?... ¿O cuando suplicamos a una persona buena que pida por nosotros?... ¿Qué otra cosa vienen a ser en el fondo los mismos sufragos que ofrecemos por las almas del Purgatorio sino tomar a nuestro cargo algo de lo que aquel ser querido tendría por sí mismo que pagar? ¿Cómo el que nos hace una recomendación pone también a su cuenta propia el favor que hacemos a su amigo el recomendado?... La unidad de familia entre todos los hijos de Adán, y mucho más entre todos los hijos de Dios y hermanos en Jesucristo y miembros de su cuerpo místico, hace que todo esto sea natural y lógico.

Pero advierte San Agustín que no a todas las almas del Purgatorio por quienes ofrecemos sufragos se les aplican en igual medida, sino en la medida en que ellas mismas de algún modo han merecido que se les apliquen. Como de dos condenados a la misma pena uno merece que en todo o en parte se le aplique el indulto y el otro no lo merece. Con lo que siempre se salva la responsabilidad personal y las exigencias de la justicia de dar a cada uno lo que se merece. Y tratándose de *recomendaciones* por los vivos, como cuando se ora por otro, enseña Santo Tomás que el valor de nuestra intercesión depende en gran parte y en forma decisiva de la disposición en que el otro se encuentra respecto a Dios y a la gracia que para él se implora. Con lo cual se salva a la vez la justicia y el valor de la intercesión o recomendación, nacido de la Comunión de los Santos. Caben, pues, incluso ante Dios las *recomendaciones* cuando son del género de la que aquí nos cuenta San Lucas.

* * *

Pero también en el Evangelio encontramos otra recomendación que el Señor no atiende. Y fué la que hizo en favor de sus dos hijos, Santiago y San Juan, la mujer del Zebedeo, María Salomé, pidiéndole al Señor que les sentase uno a su derecha y otro a su izquierda cuando El subiese al trono de su Reino. De este Reino acababa Jesús de hablar. Y María Salomé, postrándose ante El de rodillas, en plan de adoración, le pidió que pusiera a sus hijos a su lado en los primeros puestos de su Reino. Jesús le respondió, rechazando de plomo la petición. «No sabéis lo que pedís.» Y siguió explicándoles que eso *dependería del cáliz que por El hubiesen de beber*, es decir, de sus méritos en el día del Juicio.

La recomendación de María Salomé parecía fundada. Ella era de las más fieles seguidoras de Jesús y de las que con sus propios bienes contribuía a sostenerle a El y a sus Apóstoles. Entre los cuales tenía dos hijos para los que pedía y que habían sido de los primeros en seguirle, sobre todo San Juan, que era ya discípulo del Bautista. Por otra parte, es bien seguro que Salomé había ya notado la preferencia y especial cariño con que a San Juan le distinguía el Señor. Y dispuestos estaban ambos a beber por Jesús el *caliz de la Pasión*, es decir, a morir por El. Nada extraño, pues, que aspirasen a los primeros puestos en el día del triunfo. Y Jesús, sin embargo, rechaza la petición de Salomé, contestándole que eso de los puestos en el Reino lo habría de resolver su Padre.

Y es que aquí no se trata de una *pura gracia*, como en el caso del centurión, sino de una *retribución de justicia*, *corona justitiae*, como la llama San Pablo. Y para que la justicia brille, tiene que ser proporcionado a sus méritos lo que se da a cada uno.

Las aplicaciones humanas de esta doctrina no pueden ser más fáciles. En un tribunal tiene que haber una medida aplicada por igual a todos, según sus méritos. Y lo mismo los ascensos de un ejército o de un escalafón cualquiera. Y los fallos de un Tribunal de oposiciones en los cuales el favorecer a uno significa perjudicar a otro cuan-

do se trata de dos desigualmente capaces; y en todo caso sería perjudicar al público cuando se le da un cargo a un incapaz o un menos capaz, privándole del servicio de otro que hubiera llenado mejor su cometido. En el Reino de Dios los puestos precisos de la derecha y de la izquierda de Jesús no pueden multiplicarse; y si esos son los primeros, los que ahí se sienten habrán de ser forzosamente los primeros también en merecerlos.

El lado odioso odiosísimo de las recomendaciones está aquí; porque casi siempre son en *perjuicio de tercero* y casi siempre también en *perjuicio del público*. Un perjuicio que *daña al bien común*, que desprestigia al Poder, cuya *primera misión es la justicia*, el dar a cada uno su derecho, que va directamente contra aquello de que *la justicia levanta a los pueblos*, mientras que *el pecado los hace miserables*. Y téngase presente que *la justicia quebrantada exige restitución*, y que *sin restitución no hay perdón*.

* * *

Hemos dicho ya que seguramente los efectos de estas recomendaciones, engendradoras de injusticias, son mucho menos extensos e intensos de lo que se cree por el vulgo. Pero hay que procurar que esa misma opinión del público vaya cambiando. Cuando nos piden esas recomendaciones, casi siempre se apoyan los peticionarios en motivos de caridad, olvidando que *por delante de la caridad está la justicia*, y que *ni caridad verdadera puede ser la que lesiona ajenos derechos*. ¡Cómo andarían las cosas si los cargos públicos, por ejemplo, se diesen para ayudar a uno a vivir! O si en una Empresa se diese un puesto de altura al ingeniero recién salido de la escuela—postergando a beneméritos veteranos—, porque es recomendado del director o de algún miembro del Consejo de Administración. O si en una oficina o Empresa cualquiera se levanta por recomendación al que vale menos con perjuicio del que vale más, y en perjuicio de la misma Empresa y del público consumidor, que es el que al fin las paga todas.

Por eso en estos *asuntos de justicia*, contra la que *siempre ir las recomendaciones*, no basta sólo ser bueno, sino que es preciso también parecerlo. Que los hechos canten claro. Para que esa atmósfera asfixiante de creer que nada se logra sin recomendación se vaya disipando. La caridad tiene que moverse en un campo aparte. La igualdad, en aras de la cual se quebranta a sí misma a veces la justicia, tampoco tiene nada que hacer aquí; pues, como dice Balmes, *no hay injusticia mayor que tratar igualmente a los desiguales*.

Nosotros los obispos tenemos prohibido hacer recomendaciones de este género. Y si alguna hacemos por un grave compromiso sabemos casi con certeza que no se nos atiende. Porque, como me decía en cierta ocasión un empresario, «ustedes los obispos se guían por el corazón, y nosotros tenemos que guiarnos por la cabeza». Y si en algún caso se nos atendiera sería peor, porque entonces las peticiones de recomendación se multiplicarían hasta el infinito. Y no habría nadie que con una recomendación, por inútil que fuese, no se creyese capaz de poder alcanzarlo todo. Y ¡hay tantos, por desgracia, que de esta manera piensan!

Me decía en cierta ocasión a este propósito un alto jerarca de la Iglesia: «Yo, si me veo en algún gran compromiso de hacer alguna recomendación que me piden, suelo responder: «Bien, bien, haré lo que pueda; y lo que puedo es encomendarlo a Dios.» Me agradó mucho el sistema y también en ciertos casos lo práctico.

Quedamos, pues, en que las recomendaciones pueden ser lícitas y buenas y puedan ser malas y contra conciencia. ¿Qué se le podrá decir a un juez, por ejemplo, cuando le piden a uno que le recomiende alguna causa? ¿Que haga justicia? Pero el sólo pensar que pueda no hacerla es injuriarle. Y entonces la recomendación es inútil y vana. ¿Y qué sabe, *por lo común*, el que recomienda un asunto, del asunto mismo?... *Por lo común* nada sabe sino lo que le dice el mismo interesado. Y ese juicio entonces, ¿qué garantías puede tener de verdad y de justicia?...

En fin, en fin, que las recomendaciones muy probablemente existirán siempre, pero quiera Dios que sean sólo de las buenas, de las que van en ayuda de la verdad y de la justicia, no en contra. Y que no tengan más eficacia de la que deban tener. Y que el público deje de creer que en cierto orden de cosas nada puede alcanzarse sin recomendaciones.



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

CCS-14356



SAGUNTO, CIUDAD DE HISTORIA Y ANECDOTA

LA POBLACION AUMENTA EN UN TERMINO MEDIO DE CINCUENTA HABITANTES POR DIA



Las representaciones en el castillo de la tragedia "La destrucción de Sagunto" tendrán este año mayor expectación que el anterior

LA GRAN CALIDAD SAGUNTINA DE LOS CONTRASTES

LOS saguntinos están convencidos de que ésta es la ciudad de la provincia de Valencia que ofrece mayores índices de emigración interior. Se calcula, muy fundamentalmente, que la población de Sagunto aumenta en un término medio de 50 habitantes por día.

El restablecimiento del tren llamado «Sevillano» da aún más facilidades a esa romería a Sagunto multitudinaria y continuada durante todo el año.

Basta observar la llegada de los trenes en cualquiera de las dos grandes estaciones saguntinas, o los depósitos de enseres domésticos transportados por los emigrantes, para darse cuenta de la gran importancia de este fenómeno social.

No es extraño—con esta afluencia humana—que haya llegado a agudizarse tanto en la crisis de vivienda.

Desde hace tiempo la venta por pisos es cosa corriente en Sagunto. Con esta fórmula han conseguido alojarse más de doscientas familias venidas con algún dinero.

Actualmente, 15 maestros de obras se dedican a construir casas para «atomizarlas» inmediatamente con la venta por pisos, que suelen venderse a un término medio de 600 pesetas el metro cuadrado. El precio es relativamente barato si se le compara con el que ese tipo de venta inmobiliaria adquiere en las grandes capitales españolas.

Los que vienen hacen este esfuerzo con gusto porque aquí el cabeza de familia consigue fácilmente trabajo en los Altos Hornos, en los establecimientos industriales Ferroland, en la fábrica de bidones Biensa, o simplemente en el campo, mientras que la mujer y las hijas pueden colocarse, cuando llega la temporada, en un almacén de manipulación y envasado de naranjas.

La complejidad económica del Municipio saguntino ofrece oportunidades bien distintas a las que tienen las grandes zonas de paro estacional. Y esta economía variada y fuerte se complementa con la hospitalidad de los saguntinos, que no hacen distinciones de región ni provincia, sino de aptitudes y rendimientos ante el trabajo, con un convencimiento general de que todo lo que hay en España es para que lo aprovechen y hagan rendir los españoles.

Esta de hoy es una invasión benévola que no se puede comparar con aquella de los cartagineses a principios de la segunda guerra púnica. Entonces ardió la población mientras que ahora los grandes incendios se producen solamente en el interior de los altos hornos.

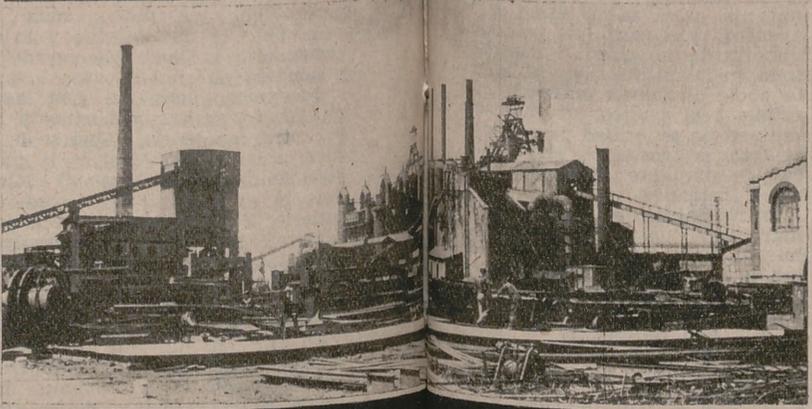
CIUDAD DE TRAFAGO Y RITMO

Puede que tú mismo, lector, hayas pasado muchas veces por Sagunto en un tren cualquiera y hasta quizá en el Taf. Es posible que cuando oyeras «estamos en Sagunto» hayas abierto un momento los ojos y al leer el letrero que, efectivamente, dice «Sagunto» te pareciese que este nombre te suena desde los tiempos en que ibas a la escuela. Muchos viajeros ni siquiera se hacen esta reflexión hacia lo infantil y los cromos del chocolate. Hay quien oye decir «estamos en Sagunto», abre un poco los ojos, ve un castillo arriba de una montaña, una estación parecida a muchas, unas casas que tampoco tienen nada de particular y piensa: «Bueno, ¿y qué?», antes de seguir durmiendo.

Esa indiferencia es la que aquí no gusta nada, y por eso, antes que el paso fúguz de los indiferentes, se prefiere a quienes se apean para lo que sea; para toda la vida o sólo durante unos



Una de las escenas de «La destrucción de Sagunto», la espectacular tragedia que se representa en las ruinas del castillo



Vista de los Altos Hornos de Sagunto. Sus chimeneas parecen como incensarios al «pool» verde español

minutos, sin salir de la estación y quizá reclusándose en ella para el esfuerzo mental.

Merecen el detenerse las típicas calles de sabor moruno y los rincones artísticos de la parte alta de la ciudad, pero también tiene su interés el bullir de la vida en las arterias principales de la nueva urbanización.

Y por si fuera poco, los bares y los cafés; la glorieta con su monumento a Roméu, héroe de la Independencia; el bullicio comercial; los vendedores de navajas que vienen desde Albacete, los que traen mantas y fajas de Morella; los carritos de helados y pirulís; la intensa vida de espectáculo con teatro, salas de fiesta y ocho cinematógrafos repartidos por toda la Municipalidad; las sociedades de músicos, la vitivinícola, la de cazadores, el ritmo y los anuncios de Radio Sagunto.

Por si toda esa vida de ciudad, de «polis», supiera poco al visitante, en la parte más alta se encuentra la «acrópolis» con su teatro romano que enmarcan gigantescos murallones, el templo de Diana, que mereció la cita y alabanza de Plinio, los museos y el castillo grandioso en el que cada civilización puso su piedra.

—No vayas al castillo. Es una fortaleza tan extensa como embarranzosa. Sólo sirve para quitarnos el sol, el aire y la tranquilidad. A pesar de su imponente aspecto y de sus largas murallas, esa fortaleza es fácil de combatir y en ella se encuentra todo lo necesario para el asedio eficaz a Sagunto, que no podía tener peor vecino.

Un grupo de humoristas locales, los de la «Penya Esvaraora», nos ha hecho, con estas palabras, la mejor propaganda del castillo saguntino, porque si antes no sentíamos un irresistible afán de escalada, ahora es cuando ya no hay quien nos pueda detener en la ascensión arqueológica.

La Peña «Esvaraora» es una roca de los alrededores a la que los chiquillos saguntinos van a res-

balár y a rasgarse las vestiduras. Pero la «Penya Esvaraora» es también una entidad festiva que han organizado un grupo de antiguos resbaladores de los años de la infancia y que hoy, en estado adulto y situación económica holgada, se divierten en el recuerdo de aquel alegre resbalar infantil mientras promueven también cuanto les es posible en favor de Sagunto.

PREPARAN LA «DESTRUCCION»

Hombres de posición y automóvil, los miembros de la «Penya Esvaraora» querían llevarnos en coche a los precipicios arqueológicos de la ciudad, pero preferimos ir andando hacia esos lugares antes de que nos lleve al volante uno de esos humoristas que han hecho de un recuerdo resbaladizo timbre de gloria.

Don Baltasar Palanca Basols es secretario-contador de la Caja de Ahorros y encuentra en la «Penya» el complemento, la evasión y el escape que, al menos en los ratos de asueto, le libera de ese pequeño mundo, exacto y casi microbiano de los guarismos. Otro de nuestros acompañantes es el poeta festivo local don Juan Chabert Villar que, por trabajar en el Ayuntamiento, conoce bien las necesidades de la ciudad a las que pueden ajustarse tantas iniciativas «esvaraoras» que con una sutil apariencia jocosa llevan en su entraña un fondo de seriedad antigua y como de corregidor.

Es el humanismo de la vieja civilización de Levante lo que produce esas agrupaciones de hombres que no ven incompatibilidad entre su situación de personas representativas de lo local y la aparente bohemia de sus reuniones para lanzar una idea feliz o escribir en común guiones radiofónicos en lengua vernácula o en una mezcla ibérica de lenguajes que viene a ser como una mezcla explosiva cuidadosamente preparada por el espíritu socarrón del más sano humorismo.

También don Agustín Gómez Miranda, agente comercial, es



La grandiosidad del escenario es factor muy importante en el éxito de «La destrucción de Sagunto»

uno de los más entusiastas componentes de esa agrupación que es el equilibrio y sedante del final de la jornada. El humor no impide el comercio ni tampoco se da la viceversa.

La «Penya Esvaraora» es una agrupación armónica de distintas profesiones, algunas de las cuales no parecen directamente relacionadas con las inquietudes del espíritu, y ahí está precisamente su gracia y finura de complemento. Pero lo cierto es que no hay dedicación valenciana que esté completamente refina con una ascensión saludable hacia el Arte. Por eso en el grupo que nos acompaña figura don Juan Suay Roig, propietario de la huerta y aficionado a las letras y la música en la ciudad al lado de don Santiago Brú Vidal, al que su calidad de profesor de la Escuela de Sordomudos de Valencia no le impide tener un carácter expansivo de buen conversador, y de don Enrique Quevedo Bojó, presidente de la sociedad musical Lima Saguntina, organismo máximo que agrupa a los melómanos e instrumentistas aficionados de la actualidad saguntina.

Quien mire a nuestro grupo puede pensar que se trata de una Comisión de investigadores del pasado. Hay en nosotros un aspecto exterior grave, un predominio de las gafas de intelectual y hasta una posible apariencia ligeramente engolada, pero las apariencias engañan, y lo cierto es que nuestra conversación corre a caballo de la chanza y la ingeniosa seriedad.

Vista parcial del castillo de Sagunto, reliquia histórica de una época gloriosa



Los directivos de la «Penya Esvaraora» nos hacen subir por callejas estrechas y típicas de la antigua judería. Hay alguna anciana peinándose en la calle y algunos niños que pastelean limpiamente en un pequeño barrizal. (El genio alfarero de esta comarca tiene sus manifestaciones, por lo que se ve, en la más tierna infancia.)

Cuando salimos a la carretera del castillo sube un automóvil de matrícula extranjera. ¡La afición por ver castillos en España!

Carretera abajo, unos muchachos corren dando puntapiés a una lata que va de un lado a otro de la calzada de automóviles.

El teatro romano se abre como un abanico de gradas. Es la vieja civilización latina.

Un hombre, un trabajador, duerme tendido al sol y sombra de un arbolito, con la gorra sobre la cara.

La cultura y civilización latina conserva gigantescas manifestaciones en Sagunto; la población que se sacrificó por Roma; la que repudió el africanismo de Cartago. Esta es tierra de una inconfundible latinidad.

No de una manera lacia, sino con todo el orgullo del caso, volvemos la vista hacia los vomitorios, hacia la «cavea» y la «orchestra» del teatro romano.

Entre las gradas hay equipos de trabajadores. Hombres de «monos». Edad contemporánea. Son obreros que restauran, preparan y construyen para las próximas representaciones de «La destrucción de Sagunto».

Allá abajo se extiende alargada la ciudad, con su tráfico de

gentes de variadas procedencias. Se oye desde aquí un murmullo como de colmena de hombres.

BRISA Y HUMO DE INDUSTRIAS

En la falda de la montaña hay un Calvario pintado de blanco y alargado entre cipreses. Se penetra en él por una arcada de bella sencillez que mereció los honores de un cuadro de aquel catador de jardines y genialidades que se llamó Santiago Rusiñol.

Con nuestro grupo de acompañantes continuamos carretera arriba hasta dar con una de las entradas de ese gran castillo de Sagunto, que tiene muchas plazas, murallones y contrafuertes. Pasamos por delante de una pequeña edificación moderna que sirve de museo. No se sabe cuál es la causa, pero ese edificio tiene líneas griegas. Es como un pequeño partenón ese alarde clásico de mampostería moderna.

Queremos entrar, pero nuestros acompañantes nos dicen que casi todas las piezas que se conservan en este museo están más o menos rotas. Entre las columnas, el guarda espera pacientemente que lleguen verdaderos turistas.

La huerta está allí abajo, extendida como una gran alfombra de naranjos, entre los cuales—nos dicen—hay también limoneros, albaricoques y otros árboles frutales. En los días claros se divisa desde aquí una extensión de cultivos que va desde el cabo de Cullera hasta Castellón.

Sagunto es un importante nudo ferroviario. Tiene dos estaciones y líneas férreas principales, pero hay también un trenillo eléctrico que recorre, hasta el puerto, casi cuatro kilómetros, y el ferrocarril minero que, desde Ojos Negros, en la provincia turolense, baja mineral a los altos hornos de esta ciudad.

Parecen de juguete esos enganches de vagones que maniobran allá abajo.

Como en otras poblaciones de la costa levantina, aquí el núcleo urbano propiamente dicho está separado de su puerto por una respetable distancia. Algunos extranjeros se extrañan de que en nuestro Levante feliz no coincidan en un mismo lugar geográfico las ciudades y sus puertos. Pero ellos no saben mucho de las secretas conveniencias y de las razones de seguridad que quizá motivaran este estado de cosas.

Si en tiempo de incursiones piratas, amantes del azahar y la naranja quizá tanto como de la aventura y el azar, una población importante no quería arriesgarlo todo en la misma raya de la costa podía establecer entre sus murallas y el puerto un saludable margen de seguridad para el descalabro de corsarios entre hileras de pimientos, tomates y árboles frutícolas.

Entre Sagunto y su puerto de mar hay cuatro kilómetros de huerta. Sólo un bizzo puede mirar, a la vez, desde una altura, a esos dos importantes núcleos de población que forman, no obstante, un solo Municipio.

Al fondo, junto al mar, ese humo de los altos hornos se purifica pronto con la brisa y el perfume de los naranjales. Una gran extensión de tierras verdes, de huerta feraz, rodea a esos establecimientos de industria que qui-

zá sean despreciados por los sentimentales del paisaje, pero que a nosotros nos parecen una estampa incomparable, y hasta poética, de la potencia humana y una hilera de incensarios al «pool» verde español del carbón y del acero.

DEL VINO A LA MUSICA

La huerta saguntina era casi un irremisible secano hasta que actuó sobre ella el heroísmo tradicional del hombre de esta tierra. Su fertilidad de ahora se debe, entre otras cosas, a los 150 pozos que hay salpicados por todas partes. Algunos de estos pozos tienen hasta 60 metros de profundidad. Potentes bombas eléctricas afloran a la superficie el agua que es necesaria para regar la huerta; por eso Sagunto y sus alrededores agrícolas tienen una cuenta mensual por energía eléctrica que asciende a las 800.000 pesetas. Asciende el agua de los pozos y asciende también la cuenta de la luz.

Hace años estos pedregales que rodean al castillo estaban plantados de vid y olivos. Aquí se recogía la uva para el célebre «moscatel romano» de Sagunto, que tenía un gusto un poco sangriento, como de savia histórica de guerras e incendios. Hoy todo lo ha invadido la arqueología y el turismo.

Un dístico romano dice que el vino y la música alegran el corazón de los hombres, y si antes, en esta montaña, se produjo el moscatel en abundancia, ahora es el arte dramático a la manera clásica y la buena música de la región lo que tiene aquí su cosecha anual.

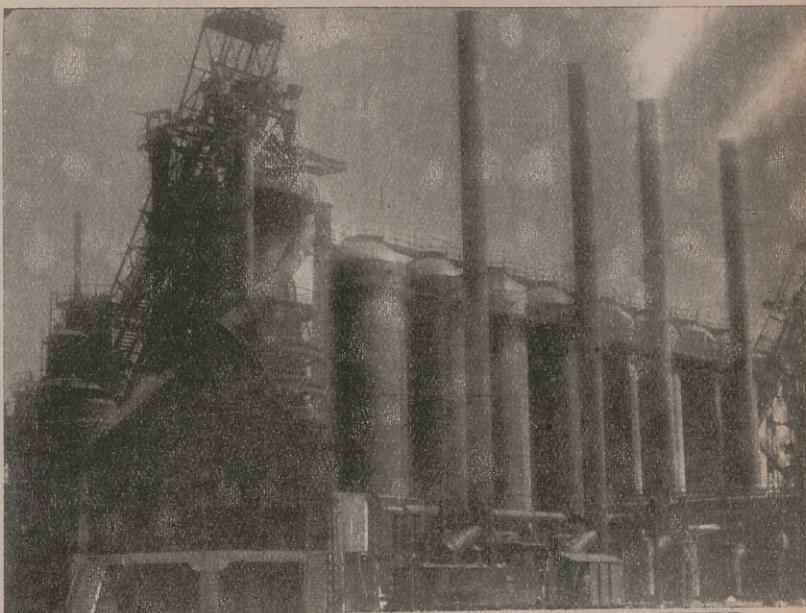
Las 18 representaciones de «La destrucción de Sagunto» durante el verano pasado dejaron muy buen recuerdo de éxitos. Por eso se ha organizado la Comisión Pro Destrucción de Sagunto. No es que los miembros de esta Comisión se propongan destruir la ciudad donde han visto las primeras luces, sino ayudarla de una manera eficaz, como es la de conseguir que aquellos exitazos se hagan permanentes y habituales para atracción del turismo y contento de todos.

Doscientos once grandes autobuses. Dos mil novecientos automóviles pequeños de turismo y muchos trenes especiales que diariamente traían y llevaban pasajeros desde Valencia a Sagunto fueron el balance del transporte humano provocado por aquella «destrucción» del pasado verano, que fué la más venturosa tragedia que los saguntinos han podido presenciar sin moverse de su ciudad.

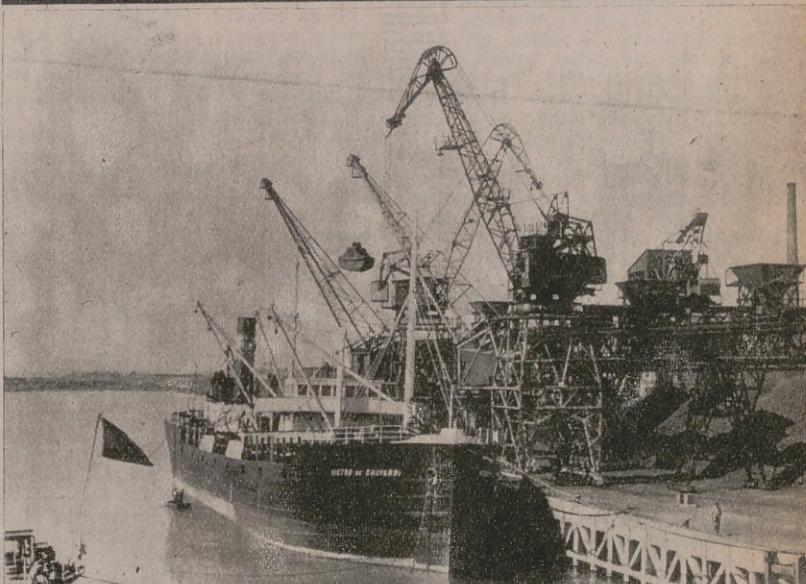
No había nunca suficientes localidades. Los visitantes se disputaban el sitio en la cola para las 50 pesetas de cada entrada que permitiese un lugar apretado en el teatro romano.

Mil seiscientas entradas no eran suficientes a satisfacer las necesidades del público. Los espectadores fueron, durante dieciocho días, 2.000 diariamente dentro del teatro romano y una multitud de alrededor de 4.000 personas que, por falta de localidad, contemplaba el espectáculo desde la falda de la montaña.

Y es que el pueblo saguntino se incorporó tan entusiastamente a la tragedia, que quien no ac-



La importancia industrial de Sagunto surge ante los ojos del viajero



Instalaciones para descarga de minerales en el puerto saguntino

tuaba gratuitamente en los grupos de comparsas y el movimiento de las masas escénicas, medio cubierto con pieles, era espectador desde las rocas de la montaña.

LOS RIESGOS DE UNA TRAGEDIA

Cada día, a partir de las dos de la tarde, se colocaban señales en las rocas dando a entender que aquellas localidades pétreas de la montaña estaban ocupadas por dueños ocasionales, mucho antes de que comenzara «La destrucción de Sagunto».

Muchas gentes se llevaban a la montaña los paquetes de comida, con lo que, durante los entreactos de la tragedia, cuando las masas de turbuletas y saguntinos se retiraban a descansar, se daba otro espectáculo con la merienda campestre y multitudinaria del pueblo saguntino que actuaba de espectador aprovechando

los descansos para injerir los bocadillos le la merienda-cena con cierta prisa y buen apetito frente a los vomitorios del teatro romano.

Pero cuando la segunda jornada de la tragedia comenzaba con aquello de ¡Túrbula por Cartago! la multitud de la montaña, como los espectadores de dentro del teatro, guardaban un profundo silencio.

—Se podía oír el vuelo de una mosca.

Ahora la Comisión Pro Destrucción de Sagunto ultima los detalles de nuevas representaciones, en las que el éxito va a ser tan grande como los del año anterior.

Trabajadores de los altos hornos, agricultores de la huerta, pequeños comerciantes, muchachas saguntinas del coro de virgenes... están nuevamente preparados para tomar parte en esa gran tragedia que es el orgullo

y la pena de Sagunto; la ciudad quemada antes de rendirse a un invasor cartaginés que recibía ayuda de una tribu ibérica de los alrededores.

Un millón doscientas mil pesetas va a costar este año el poner nuevamente en escena «La destrucción de Sagunto». Es mucho dinero, pero el Municipio, la Comisión y Altos Hornos de Vizcaya están dispuestos a correr el riesgo de una Empresa cuyos beneficios, si los hay, irán a formar un fondo para nuevas representaciones.

—Che. El teatro romano está abierto al aire libre, y como el tiempo no acompañe y esté cinco días lloviendo, entonces sí que la destrucción de Sagunto la sentiremos, todavía más, como una tragedia viva.

EL ASALTO Y LA PAELLA

Esto nos lo dice don Juan Chabret Villar, el poeta festivo con el que andamos con otros componentes de la «Penya Esvararà».

En la calle nos presentan al jefe de la guardia real de los turbuletas que en la «destrucción» asaltan las murallas de Sagunto. El jefe enemigo pasea tranquilamente ahora, en bicicleta, por las calles saguntinas. Es un joven atlético. Tiene veintisiete años. Se llama Joaquín Bahilo Arisó. Es dueño de una mercería y está soltero.

El turbuleta no se cubre ahora con pieles, pero va en mangas de camisa. Nos dice lo siguiente:

—Seis hombres componen el séquito del Rey de Túrbulá, pero el conjunto de los turbuletas está formado por unos 300 guerreros. Casi todos los turbuletas, que en la representación asaltan a Sagunto, son, en la vida real, saguntinos muy entusiastas de su ciudad.

Tuvimos cuatro días de ensayo general. El último ensayo duró día y noche.

Todos trabajamos en la tragedia gratuitamente. La única recompensa material es una gran paella, en la que los guerreros turbuletas, los que se desprenden ferozmente por las murallas valiéndose de cuerdas, confraternizan con los saguntinos. En la gran paella no hay vencedores ni vencidos.

Como este joven hay muchos más en Sagunto que participan con entusiasmo en la representación de la tragedia. Muchachas que trabajan en los almacenes naranjeros y que, a la salida, van a ensayar los cánticos del coro de vírgenes saguntinas. Obreros de los Altos Hornos que cuando llegan del puerto en el ferrocarril eléctrico, cambian las ropas de trabajo en las fundiciones por la piel rústica de las tribus del dolmen y la caverna.

Si se ensaya la escena impresionante del asalto hay que tener preparados los equipos sanitarios, ya que no deja de haber peligros en ese desprenderse de la muralla a toda rapidez por cuerdas de filamentos de cáñamo.

Hay quien no tiene percance en el asalto y luego tropieza al volver a casa en bicicleta.

INSTITUCIONES DE RAIZ LOCAL

La emisora Radio Sagunto, que dirige don Germán Rivelles

Lluesma, promueve la afición artística de la ciudad, cuyo fondo musical es muy vivo.

Viejas emulaciones y hasta nobles rivalidades musicales están ahora en concordia dentro de la sociedad que se llama la Lira Saguntina. Las facciones de músicos locales han tenido distintos nombres. Los «garibaldis» y los «serralbos», los «enterreors», porque acompañaban a la cofradía de la Purísima Sangre en los entierros, y los «mocosos», debido a su poca edad. Todas aquellas facciones de músicos aficionados han pasado a la historia local en que ahora la Lira parece ser algo definitivamente integrador.

Sagunto es cuna de grandes músicos y directores de bandas. El autor de la partitura de «La destrucción de Sagunto», don Joaquín Rodrigo Vidre, es natural de esta ciudad en la que también ha nacido el actual director de la Banda Municipal de Valencia, don Antonio Palanca Villar, para citar solamente dos nombres destacados de toda una lista musical.

Mientras andamos por entre el bullicio de las calles saguntinas nos señalan un alto edificio de nueva construcción. Está destinado a albergar a la Caja de Ahorros saguntina, vieja entidad local que, por antigüedad, es la segunda de España. La primera es la de Madrid.

La Caja de Ahorros saguntina fué fundada en 1841 por el sacerdote don Joaquín Pallarés e Igual con un fondo de 4.000 reales de bellón para ponerla en marcha. Actualmente—según nos dice en su despacho el director gerente de la Caja de Ahorros saguntina, don Amadeo Rivelles Lluesma—el capital de la entidad es de 56 millones de pesetas con los fondos de la casa central y las sucursales de Cuartell y Algimia de Alfara.

Otras instituciones locales muy enraizadas son también la Sociedad Vitivinícola, la Asociación de Caza y Pesca, la Sociedad Colombófila y el Atlético saguntino.

Pero de todas las realizaciones saguntinas la más impresionante es de carácter industrial. Es la de los altos hornos con su hormigueo de trabajadores.

El puerto de Sagunto, como



La actriz Mary Carrillo actuando en «La destrucción de Sagunto»

agrupación urbana, puede decirse que ha sido motivado por la existencia de esas gigantescas fundiciones de industria pesada que dan a la localidad saguntina un matiz de fuerza actual tan poderoso como el que la Historia puso en lo alto de esta ciudad.

Los trabajadores parecen también fundirse en la gran hornada de todos los días, en el fuego inextinguible, en el rodar de las vagonetas y el ruido de los volquetes.

El puerto tiene el inconfundible aire laboral de ser una agrupación de casas a la medida del obrero que parecen construidas todas ellas por sus mismos poseedores, hechas de abajo arriba, ladrillo a ladrillo, con un esfuerzo individual dentro del gran hormigón.

Pero junto a los altos hornos hay también jardines, zonas verdes junto a la llama y la huella del carbón. Y hasta en las grandes dependencias se ve un aire elegante y como de balneario decimonónico, como si hubiera una terapéutica de hierro fundido.

Esa es la gran cualidad saguntina de los contrastes. El terraplén portuario y la muralla de fortines en el monte fortificado. El pequeño jardín casi rozando el mastodonte metálico del horno. La huerta de naranjos rodeándole el talle a la industria pesada. La tesca humilde con canto individual y la colectividad masiva del coro y la banda de música.

Un tren eléctrico une el puerto con el otro núcleo urbano donde radican los principales edificios públicos de la ciudad. Ese ferrocarril es como el cordón umbilical de la vida saguntina por el que viajan gratuitamente millares de trabajadores de los altos hornos y del que se sirven también otros viajeros no adscritos a la gran Empresa de fundición. A la salida del trabajo en los Altos Hornos, las calles del puerto y el ferrocarril eléctrico interlocal parecen un vertedero de fundente humano que se desparra por todas partes de esa población partida por gala en dos.

Los altos hornos son como gigantescas lámparas vivas a la fuerza y la gloria de Sagunto, esa ciudad de intensa palpitation humana, de complejidades de la economía, de armonización de notas distintas como para un concierto gigantesco en el que fuese batuta la vara del Alcalde, don José Blasco Such.

Desde las notas de fuerza de la industria pesada hasta la artesanía de los botijos de corcho, Sagunto tiene todo una serie de matices de vitalidad que la hacen variada y distinta dentro de su unidad.

Hasta la nota masiva sabe hacerse, en Sagunto, selecta. Una buena prueba de ello la tenemos en esa muchedumbre escalonada en la montaña para completar una representación escénica enmarcada en lo antiguo. Para ver y oír, desde las rocas milenarias, la eterna tragedia de la destrucción de Sagunto sobre la que se edifica la gloria, la alegría y la vida de esta ciudad partida, pero sin par.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial)

VICENTE BOSCH



Reproducción del cuadro al pastel de R. CASAS

DELICIOSO CON
HIELO Y SELTZ

*ES EL
MEJOR
LA CIENCIA
LO DIJO
Y YO NO
MIENTO*

**ANIS
DEL
MONO**



LA PORTERIA

NOVELA

Por Jorge C. TRULOCK

JUANA, la portera, permaneció todavía unos minutos aturrida por el sueño. El cuarto y la cama, estaban en un sótano amplio y limpio, pero oscuro. Arriba, hacia el techo, había dos pequeñas ventanas o tragaluces que se abrían y cerraban mediante unas ingeniosas y estratégicas cuerdas.

Juana, que hace algún tiempo, cuando su boda, podría haber tenido una cara agradable, ahora, con sus cuarenta y cinco años, tenía la cara estropeada, sensiblemente estropeada y cansada, y hasta vieja. Había dormido durante toda la noche, como todas las noches, y se levantaba con el mismo cansancio con que se acostaba. Con la cara cansada, absolutamente cansada.

Juana, inconscientemente, como todas las mañanas al despertar, echaba el pie hacia el lado de su marido, por ver si ya se había levantado. El hueco del marido estaba vacío, y esto hacía a Juana despertarse definitivamente, con ese aire de tantos despertares, de tantos días, de tantas mañanas, de tantos años, entre triste y alegre, entre aburrida y fatal, entre decidida y cansada.

Juana, por fin, se levantó y suspiró profundamente, para echar el último cansancio, el último aliento cansado que le quedaba del día anterior o el primero del día que empezaba. Ya, más despejada, más decidida, se lavaba un poco y de prisa, encima de una jofaina. Esta, cuando nueva, era completamente blanca; ahora, al cabo de los años, presentaba unos ronchones negros por haberse saltado el esmalte. Se peinó, y con gran cuidado recogió todos los pelos del peine y los hizo un pe-

queño rizo. Como todas las mañanas, Juana, con el rizo en la mano, se fué a la cocina, levantó una de las placas del hornillo y tiró los pelos dentro. Después encendió la lumbre y con un pequeño cazo subió las escaleras que daban al portal, camino de la lechería.

Las pequeñas criadas, las humildes y groseras criadas de las vecinas, de las vecinas que podían permitirse ese lujo, daban los días, todavía dormidas, sin ningún interés.

—Buenos días, señora Juana.

—Buenos días, hija...

Juana decía, casi siempre, hija, porque le pareció en tiempos más amable, más entrañable. Hoy, lo decía por no variar, por no inventar.

—¿A la lechería?

—Sí, a ver si de ayunamos.

—Yo voy a llevar el cubo a los traperos...

—Sí, ya veo—interrumpió Juana.

—... mi señora, esa tía asquerosa—siguió la muchacha—, cada vez quiere que baje más pronto. Tiene usted que bajarlo a las siete y media. No hay más remedio, hija mía. Repetía las recomendaciones de la señora, con un tono de voz delgado e insultante. ¡La tía asquerosa...!

—Eso lo hará por la organización de la casa.

Juana, que no se decidía por las criadas ni por las señoras, que jugaba los dos papeles, decía de vez en cuando una palabra o una frase feliz, que según ella, eran huella de sus tiempos mejores, cuando veraneaba en el Norte y era una señorita. En el fondo, Juana era una cobista. Cuando estaba con las señoras, decía que las criadas eran como el ganado de desecho, y cuando estaba con las criadas, decía monstruosas imaginaciones de las señoras. La vida es así, hay siempre que jugar a dos cartas.

Juana, después del desayuno, que a veces, cuando sisaba alguna peseta al marido, era con porras o churros, su único vicio como ella misma contaba, subía al portal para hacer la exigua y diaria limpieza de la casa. Pasaba la bayeta al portal, daba con los zorros en las paredes y frotaba con el trapo la caja de madera del ascensor. Lo malo era fregar las escaleras cuando traían carbón, o las limpietas generales de dorados, cristales, etc. Entonces soplabla y resoplaba y daba unos suspiros profundos y horribos, como si se le rompiesen las paredes de los pulmones. Entonces el tema de la aviejada portera era general en la conversación y se exponían una serie de peregrinas y absurdas teorías sobre su estado de salud, sobre lo cansado de tales limpiezas, sobre la familia de los porteros. Con todo, Juana

estaba contenta con su horrible trabajo, pues en su alma miserable de esclava le compensaban sus quehaceres por no poder hablar mal de su hija o de su marido, o por oír, de vez en cuando, una ínfima parte de las conversaciones de las vecinas que la ponían de mártir, de sufrida... Ella aun así era feliz, felicísima, con sus trabajos, sus pesares y sus miserias.

Los días corrientes, los días en que no había que hacer un trabajo excesivo, Juana, a las once u once y media de la mañana, había terminado sus obligaciones de portera. El tiempo lo tenía muy calculado. Descansaba un rato en la garita de la portería, que daba a la escalera, y paseaba la vista sobre los objetos que la rodeaban; sobre las paredes, los suelos, sacudidos y limpiados por ella. Al final de la pequeña revista, sonreía con una risa tristonosa y sin dientes, igual que el «Tinto», el perro, cuando le daban un pellejo de carne. Después de haber descansado un rato bajaba a preparar el desayuno para su hija, que en ese momento estaría en la calle, en el patio, en la cama...

—¿Quién anda por ahí?—dijo la hija.

—Soy yo, Juanita... Madre.

—Pues ¡no sé por qué bajas con tanto cuidado! Ya podías avisar... Me has dado un susto...

—Perdona...—dijo la madre.

—Sí..., perdona..., ya está. Perdona..., y el susto, ¿qué?

La madre aguantaba las cosas de su hija hasta cierto punto. Ella la quería mucho, porque era guapa y vistosilla..., pero todo tiene su límite.

—Sí..., y ahora te callas... Para hacerte la bue-

na—se oía desde el interior del cuarto, una voz chillona y entrecortada, acompañada de chapuzas y enjuagues de agua.

—Aquí tienes a calentar la leche para el desayuno—dijo la madre.

Silencio. En el fondo, madre e hija se querían, pero por su vida miserable, por sus oscuros pensamientos, por sus repugnantes corazones de esclavos saltaban por cualquier cosa, y chillaban, y peleaban, y se insultaban. Al fin, como las discusiones no tenían interés, no tenían interés ni para ellas mismas, por ser todas iguales, vulgares y absurdas, cualquier pequeña palabra o hecho amable hacía volver a la paz, a la tranquilidad, a madre e hija. Incluso a un verdadero idilio de amor maternal y filial, a madre e hija.

—Gracias, madre... ¡Es que me das unos sustos...!—se disculpaba Juanita ante el diario y miserable declinar de su madre. La preparación del desayuno para su hija—. ¡Ah...! me olvidaba, perdona.

La muchacha salló de su cuarto limpia y arreglada, hasta bella y bien vestida.

—¿Quieres que te vaya a la plaza?—dijo la hija.

—Bueno... trae tres huevos y acelgas—dijo la madre, pensativa.

—¿Tres huevos? ¿Y el que sobró ayer?—dijo Juanita.

—No sé. Esta mañana, cuando me he levantado, no estaba en el aparador. Se lo habrá tomado tu padre.

—¡Mira qué chistoso! A padre le voy a arreglar yo las cuentas cuando vuelva. ¡Claro, como él trae el dinero a casa!... Pero eso no tiene nada que ver, pues nosotras también trabajamos. Lo que pasa es que nadie nos paga, ni nos agradece nuestro trabajo.

—¿Nosotras?—dijo la madre.

—Sí, nosotras—dijo Juanita, la hija.

—Sí... nosotras...—dijo la madre, entre humilde y resignada, entre humilde y desesperada, entre humilde...

La madre siguió los pequeños preparativos del desayuno de su hija.

—Esta vida es un asco—empezó la hija—, esta vida es un asco... no se pueden tener unos días arreglados las uñas. En seguida hay que trabajar y, claro, madre, se estropean.

—Toma, anda... desayuno y calla.

La hija empezó a desayunar.

—¿Has ido a hablar con la del sexto?—dijo la hija.

—No, todavía no he ido.

—Pues ya podías ir... bien, total... para lo que te va a dar...—decía con triste sorna—. Si al menos fuera para algo... pero será para hablarte mal de la del tercero, o para decirte cualquier cosa del degenerado de su marido y de sus líos.

La madre estaba como evadida entre las mil pequeñas ocupaciones de una casa grande, de un sótano frío y grande, de una gran cueva fría y herumbrosa, y no ponía mucho interés en la conversación de su hija. No prestaba mucha atención ante la fea y pobre conversación que su hija, delegada de cuerpo y miserable de corazón, podría darle.

—Sí, tendré que subir al sexto. A ver qué quiere esa vieja... Anda, mejor será que te acerques tú primero a la plaza, y luego subo yo a verla. Anda... para no dejar esto muy solo.

La hija se levantó y llevó al fregadero el tazón y la cuchara del desayuno.

—Deja, no lo friegues tú... Vete a la plaza... yo lo fregaré—dijo la madre.

—Juanita se dió los últimos toques al pelo, en un pequeño espejo colgado de la pared, y salió del cuarto, hacia las escaleras, hacia el portal, hacia la calle. Esa calle, esa dichosa y misteriosa calle, que tantas desventuras y tantas alegrías trae a los hombres. Juanita, la hija de la portera, no tenía por qué quejarse de ella; tampoco, a decir verdad, por qué alegrarse. A ella no le había ido ni bien ni mal. A la Fuensanta, la hija del electricista de la esquina, le habría traído un novio para casarse. Ella no pedía tanto. Había tenido siempre algún amigo, algún hombre que le dijera algo, algo que le encandilase el corazón, pero de ahí no pasó. Ella, Juanita, la miserable Juanita, no pedía tanto como la Fuensanta. Lo de la Fuensanta había sido una gran suerte. Juanita pedía poco... algo... nada... sólo para poder comentar con sus amigas. En último caso, todavía había tiempo para todo...

—Hola, buenos días, Paco. Dame tres huevos—dijo Juanita.

A ella, a Juanita, le hubiera gustado que Paco le dijera algo..., aunque no fuera más que una grosería... Pero Paco tenía muy clavada en su corazón una terrible timidez. Una timidez que algunas veces le corroía las tripas, que algunas veces, no sabía muy bien por qué, le producía unas convulsiones terribles, una desazón grandísima.

—Toma.

Juana, la portera, subió al cuchitril de la portería y se sentó a sentir correr el tiempo, a pensar en sus absurdos y pequeños pensamientos. Empezó a pensar, casi sin darse cuenta, en fortunas, en lotería, quizá en su vida fastuosa y regalada.

—Buenos días, señora Juana—dijo la mujer.

—Buenos días, Pepa. ¡Pero cuánto, cuántísimo tiempo sin verla! Claro, como ya no está en la casa, no quiere nada conmigo.

—No me diga usted eso, señora Juana. Sí que me acuerdo, y por eso vengo. Yo, aunque pobre, soy agradecida... Yo no soy como esas señoritas que se arreglan mucho y luego ahí me las den todas...

—Pero, ¡qué me va usted a decir! Ya sé yo con quién debo de tratar. Con usted, Pepa, con la Feli, con la Encarna... La Rosa, ya es otro cantar. Pero... ¡qué me va usted a decir!...

La portera, cuando veía a una antigua conocida, parecía otra. Hasta parecía que engordaba y le venían los colores, perdidos hace ya tanto tiempo. Y a su pequeña cabeza, a su puerca cabeza estúpida, le venían un montón de recuerdos absurdos y desmadrados. Le venían pensamientos alegres y desatinados. Recuerdos de borracheras y locas alegrías, risotadas y groseros gritos roncós, voces y juramentos... Estos tiempos pasados le sacaban de quicio, y le ponían el corazón alegre, casi joven. En aquellos tiempos, ¿por qué no?, hasta merecía la pena vivir y pasar malos ratos. De cuando en cuando tenían sus compensaciones...

—Se acuerda usted, ¡qué tiempos!—continuó Juana—, qué tardes más entretenidas pasábamos. En cambio, ahora... ¡en fin!... qué le vamos a hacer.

—Eso digo yo, eso siempre digo yo, ¡qué le vamos a hacer!

—Bueno, Pepa, me voy para abajo... Tengo que dejarla... Voy a encender el fuego para la comida. No sé dónde se habrá metido mi hija. Si usted la ve al salir, le dice que la estoy esperando.

—Descuide... Bueno, hasta ahora.

—Adiós, y que sea pronto.

Juana se volvió hacia las escaleras. El cuchitril de la portería, fuera del trecho que iluminaba débilmente la luz que entraba por la pequeña puerta, era tan oscuro que apenas se podía distinguir la pequeña mesa para poner las cartas, los dos o tres cromos que había en la pared y menos aun el «Tinto», el perro que dormía en los lugares más inverosímiles.

—Juana murmuraba y protestaba de la oscuridad.

—¡Vaya!, con esta luz se va a matar una, pues... ¡sí que estamos bien! ¿Dónde estará ese dichoso escalón?



La Juana tanteaba el suelo con el pie, apoyándose con las manos en las paredes. Por fin lo apoyó más seguro, y el «Tinto echó a correr, escaleiras abajo, gimiendo de dolor.

—Este perro es idiota, claro, se pone debajo y se le pisa. ¡Así lo hubiera explotado! ¡Así aprenderías granuja! —y chillaba de una manera horrorosa—, ¡así te hubiera explotado!... pues a mí no me hubiese importado gran cosa. Al traperero, ¡y en paz!

La cocina era espaciosa y estaba generalmente limpia. A Juana le gustaba que sus amigas le pusieran como modelo de limpieza. Si no de toda la casa, que no la conocían, sí al menos de la cocina. La cocina tenía unos estantes de ladrillo, que le había hecho su marido, cuando Juana todavía servía para algo. Y en ellos había colocado, con una simetría horrorosa, las pocas tarteras, sartenes, vasos, etc., que aun quedaban después de tantos años de uso.

Juana abrió el fogón y colocó un papel y encimó unas astillas para hacer el fuego. Una pequeña llanita, y luego una más grande, iluminó ligeramente la cara de Juana que, no se sabe por qué, se le ponía risueña y excitada con el fuego.

La cocina tenía lo indispensable: un fogón de campana, unos estantes, una mesa de pino, tres sillas de paja junto a la pared y un pequeño fregadero para lavar los platos, y, de cuando en cuando, el «Tinto».

—¿Dónde demonios se habrá metido esta chica? Estará pegando la hebra con cualquier tunante de la vecindad... Cuando yo digo...

Siguió trajinando en la cocina, por el fregadero, y al rato apareció Juanita contenta y alegre.

—¿Dónde te has metido?—dijo la madre.

—En la tienda—dijo la hija.

—Sí, en la tienda... Demonio de chica. Pues sabes que está lejos la tienda... Así estás tú de contenta.

—¿Contenta? No... como siempre.

—¿Cómo siempre?... ¡Ja, ja! —rió la madre burlescamente—. Anda, ayúdame... que pronto va a llegar tu padre.

II

El portero, Rodrigo, era un pobre hombre. Se había casado, casi sin comerlo ni beberlo, en tiempos mejores, y ahora tenía que mantener a una familia. Eso sí, una familia pequeña, pero no por ello podía dejar de mantenerla y de aguantarla. El día, casi entero, era su pequeña salvación: se lo pasaba fuera de casa, trabajando de barrendero. Limpiando las calles, habiando, bebiendo, seleccionando entre las basuras los múltiples objetos que todavía en el Rastro pudieran dar por ellos unas pesetas. Estos objetos, como trapos, papeles, botellas, maderas, carbones sin quemar, eran separados cuidadosamente en sacos y serones para poder, más tarde, valorar las mercancías y hacer repartos equitativos entre los buscadores.

Quizá no hay en la vida popular madrileña espectáculo más siniestro, miserable y pobre que ver a diez o doce empleados de la limpieza de la calle alrededor de un montón de infecta miseria, seleccionando con gran cuidado, casi con el esmero e interés que pone el joyero en la selección de su mercancía, seleccionando durante tiempo y tiempo, todo aquello que todavía pueda ser comerciable. Rodrigo y sus compañeros hacían estos recuentos y enjuagues en la calle de Augusto Figueroa, mediana la mañana.

Rodrigo volvía a casa a la hora de comer. El «Tinto» cuando se acercaba la llegada de Rodrigo, se levantaba de su continua modorra, el pobre al menos dormía todo lo que le venía en gana, y empezaba a caracolear, a perseguir animales misteriosos, a corretear por la portería, dando evidentes muestras de intranquilidad.

—Juanita, abre al «Tinto» —dijo Juana—, que debe estar al llegar padre.

Todos los días la portera o su hija abrían la puerta de la calle al «Tinto» para que pudiera recibir a Rodrigo. El animal, de recién nacido, fué encontrado por Rodrigo entre un montón de basura, y se habían tomado cariño el uno al otro.

Cuando el «Tinto» andaba por la calle, alrededor del portal, ya se sabía: Rodrigo estaba al llegar. El perro se quedaba primero como asustado, y luego echaba a correr y empezaba a dar saltos alrededor de su amo, y a morderle, y a lamerle, y a restregarse entre sus piernas.

El dueño del bar, un tipo dulzón y malencarado, gran amigo de Rodrigo, salía también a la puerta

de su tasca, cuando veía retozar al animal, a saludar al portero. Porque el negocio es el negocio, y Rodrigo, todo hay que contarle, no era un mal cliente.

—¡Hola, Rodrigo! ¿Cómo va eso?—dijo el negociante.

—Vaya, tirando... a comer—dijo el portero.

Rodrigo decía estas cosas como si estuviera muy ensayado, como si fuera un artista maravilloso, con una naturalidad fuera de todo pronóstico.

—Hasta luego, hombre—decía Sebastián, que no perdía ocasión para atraer a los clientes.

Aunque, también es verdad, para atraer a Rodrigo, no hacía mucha falta la propaganda.

Las botas de Rodrigo, con remiendos de clavos y maderas, hacían un ruido fantástico. Desde el sótano se oían con una claridad atronadora.

—Ya está ahí padre—dijo Juana a su hija.

—Sí, ya estoy aquí. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada. Tú sabrás, que vienes de la calle.

—¿En la calle...? Nada. Como siempre... mucho cerdo que ensucia.

—Anda —decía su mujer— que si no fuera por los cerdos, tú ibas a vivir como vives...

—¿Yo?

—No, ¿quién va a ser? ¿Quién es el que se bebe sus cuartillos de vino? ¿El que se fuma su tabaco? ¿Quién es...?

Aquella vida mísera, nauseabunda, insoportable, aquella portería con aquellos tres seres dejados de la mano de Dios, era muchas veces un espectáculo horroroso y fatal. En aquella casa, en aquel ambiente, nada podía nacer, nada podía resurgir, reír, sólo morir. Estaba esterilizada para todo buen sentimiento y solamente se podía esperar que aumentase el mal, el vicio o la crueldad.

Las discusiones, a la llegada de Rodrigo, cuando empezaban, se seguían hasta la saciedad. Las discusiones saltaban por cualquier nimio asunto, por cualquier olvido de Juana, por cualquier tontería de Juanita, por cualquier grosería de Rodrigo. Al fin, Rodrigo se iba a ver a Sebastián y la niña, al menos, se aplazaba. Luego... Dios dirá...; después... las cosas se olvidan o quizá, se prefieran olvidar.

La taberna de Sebastián era un pequeño cuarto donde se despachaba el vino y una trastienda más pequeña todavía, con varias tinajas grandes de barro, cajones, botellas varias, un pequeño jergón para dormir Sebastián y un sinfín de paradójicos y extraños objetos que, realmente, no tenían una utilidad premeditada. Al abrir la puerta de la calle salía un hedor nauseabundo, mezcla de tabaco, fermentos de vino, vinagres y meados de gato. Sebastián tenía un gran amor a los gatos. Lo demostraba en el número. Pero su cariño era especial. «Yo dejo —decía— que vivan en mi casa, hayan nacido o no en ella, pero yo, desde un principio, siempre lo he dicho, no montengo vicios... la comida que se la busquen ellos.» Los múltiples gatos de Sebastián estaban lustrosos y rollizos gracias a la tremenda plaga de ratones y ratas que había en el interior de la taberna. Sebastián, con un gran sentido económico, dejaba que los ratones se reprodujeran y no los perseguía con polvos ni trampas. Los gatos ya se encargaban de ellos.

—Buenas noches, señores—dijo Rodrigo.

—Buenas noches, don Rodrigo —dijo Sebastián—.

¿Qué va a ser?

—Un blanquito.

—Un blanquito para el señor.

Sebastián decía estas cosas siguiendo una conducta premeditada. «Hablando en alto, a gritos —pensaba— no se notará tanto la falta de empleados.» Y gritaba, no porque hiciera falta, sino por parecer que se tiene más de los que hay.

—¿Y esa limpieza...?—dijo el tabernero.

—Bien, se va uno apañando... ¡Hombre!, por cierto, esta mañana un compañero se ha encontrado treinta duros envueltos con mucho cuidado en un papel de retrete, con una gomita por fuera. Ese muchacho... porque es joven el que se lo encontró, ese muchacho, como digo, va a llegar a mucho... hasta a ministro si se lo propone. ¿A quién se le iba a ocurrir mirar lo que había dentro de ese papellito? Mira que el tío tiene suerte... Quién hubiera pinchado esa paga extraordinaria.

Y Rodrigo se reía con la boca abierta y dando muestras de gran contento. En el fondo, es justo decirlo, Rodrigo tenía mucha gracia.

—¡Anda, que si le hubieran caído los treinta duros! Iba a estar aquí...

—Eso digo yo... En este momento... con una rubia dando un paseito por ahí.

—¡Ja, ja, ja! —rió Sebastián provocadoramente.

te—. ¡Cuando digo a los amigos que don Rodrigo es un tío grande!

Rodrigo y Sebastián eran buenos amigos. Se comprendían bien. Rodrigo le daba cuartos a Sebastián, y Sebastián le daba coba a don Rodrigo. Y así, con este amistoso cambio, no hay posibilidad de que no anden las cosas. Y no es de extrañar que Rodrigo esperara la hora del vasito como el que espera el Santo Advenimiento.

En casa de Sebastián, ya se sabe, todo está previsto. Primero el vasito de vino y después los ojos entre los parroquianos, para ya tarde, a eso de las nueve, echar la partidita de dominó. En cuanto uno quería jugar, en seguida se armaba el tinglado. Una mesa, dos mesas y hasta tres mesas. Sebastián disfrutaba.

—Bueno, pero hay que jugarse algo...—Sebastián dejaba caer la frase...

—Mira el pollo cómo piensa en sus negocios—dijo un hombre ebrio.

—No, hombre. Yo no lo digo por eso, yo lo digo porque sin jugarse un nada no hay emoción.

—Claro.

A Sebastián, que todos en el fondo le odiaban, lo tenían como máximo juez y sabedor en cuestiones de dominó.

—Fíjese usted. ¡Cerrarse con la blanca doble! ¡Pero hombre, no tiene usted ojos!—dijo un hombre jugador.

Y Sebastián asentía sin darle mucha importancia, con humildad, sin querer apenas dictaminar.

—Ya.

A las diez de la noche empezaban a salir los clientes hacia sus casas a cenar. Algunos, cuando ganaban al dominó, se llevaban vino a sus casas, media botella o una entera, para no perder la costumbre... Rodrigo sabía que el vino no era mal recibido en su casa.

Cuando Rodrigo se fué a casa, el sereno ya estaba dando con el chuzo en las puertas. Rodrigo llegó y cerró el portal.

—¡A ver qué pasa abajo...!—chilló Rodrigo absurdamente.

—¡Hola!—dijo Rodrigo abajo, en el sótano.

—¡Hola!—dijo Juana—. ¿Has bebido mucho?

—No... dos vasos.

—Sí, dos vasos... ¿Y nosotras?...

—Calla, mujer, calla... no empecemos. Hoy he ganado y he traído esto. Y enseñaba una botella llena de vino tinto.

Rodrigo cuando bebía, que eran casi todas las tardes, al llegar a su casa prefería ceder en toda discusión. En la taberna estaba alegre, pero en su casa el vino le daba un gran sopor y ganas de no hacer nada, ni de discutir siquiera.

Cenaron tranquilos, sosegados, sin decir apenas palabras, pero también es verdad, sin malhumor, ni riñas, ni enfados.

—Oye, mujer, estas patatas no están malas—dijo el hombre.

—No he sido yo, son los menudos...—dijo la mujer.

—Ya.

—Oye, ¿qué le pasa al «Tinto»? Hace un rato estaba inquieto.

—Tendrá ganas de mear.

—Mejor será que lo saques... No se lo vaya a hacer en cualquier lado.

—Sí, ahora voy.

Rodrigo se levantó del asiento y cogió la cadena del perro. El «Tinto», al oírlo, saltó de su rincón y subió al portal galopando. Detrás, Rodrigo iba haciendo sonar las botas en los escalones de madera: ¡Paf, paf, paf! Arriba, el «Tinto» correteaba, saltaba, perseguía las cucarachas. El «Tinto» era un perro agradecido. Fuera, en la calle hacía una noche limpia, pero fría. Una noche fríitima. «Qué nochecita», murmuró Rodrigo, y empezó a andar hacia la taberna.

—¡Cuánto bueno por aquí, don Rodrigo!—gritó Sebastián.

—Nada, el perro... lo he sacado a mear, y cualquiera se está en la calle con esta nochecita.

—¿Qué ponemos?

—Blanco—murmuró Rodrigo.

Había momentos en que a Rodrigo, de pronto, le entraba un profundo ensimismamiento y se volvía hurafío y absurdo.

—¿Juega usted?—dijo un jugador.

—No. No quiero jugar. O es que hay que jugar porque usted lo diga.

—No, no, no se ponga usted así... Perdome, yo se lo decía por si quería jugar... Pero ya veo que no.

Estas noches, estos arrebatos de Rodrigo, eran los menos. Sebastián y los parroquianos ya le co-



nocian, y cuando le veían así le dejaban todos en paz. Sebastián le llevaba vino continuamente, y el pobre Rodrigo ni se movía. Bebía, bebía hasta que se emborrachaba. Esa noche se iba sin pagar, y al día siguiente aparecía por el bar, compungido, casi azorado, pudoroso, pidiendo a todo el mundo mil perdones. Sebastián todo esto lo sabía muy bien y nunca temía por su dinero. «Que se quieren emborrachar... que se emborrachen —decía—; que no pagan... ya pagarán. No se puede uno emborrachar y pagar al mismo tiempo.»

Las ideas de Sebastián eran pintorescas, pero con su pequeña filosofía y su peregrino código de honor regía la taberna como un pequeño rey, y lo cierto es que le iba bien. El se había propuesto no trabajar mucho y engordar, y las dos cosas las demostraba palpablemente. ¿Qué más podía pedir?

Rodrigo se fué del bar con los últimos clientes. A nadie dijo nada y nada le dijeron. Al llegar al portal apareció el perro entre sus piernas.

—¿Quién ha dejado el perro fuera?—gritó Rodrigo.

Abrió la puerta, y a la vez que bajaba a su casa, con fuertes pero apenas regulares pisadas, volvió a chillar:

—¿Quién ha dejado el perro fuera? ¿Quién ha dejado al «Tinto» fuera?

La mujer, asustada, salió rápidamente a recibirlo.

—No chilles, hombre... que se van a despertar los vecinos.

—¡Que se despierten!

Y de una manera cruel y absurda empezó a pegar a su mujer una terrible paliza. La pobre, acurrucada en un rincón, aguantaba los golpes, las patadas como mejor podía, con una desesperante resignación. Al fin, Rodrigo cayó al suelo, entre borracho, aburrido, cansado...

III

Juanita, la hija de los porteros, como la llamaban todos los vecinos, era una muchacha como tantas hay en el mundo. Tenía veintidós o veintitrés años, cara casi bella, cuerpo delgado y larguirucho y mirada unas veces lacia, otras tierna, algunas provocativa. La buena mujer iba vestida, corrientemente, con cierto gusto. Los vestidos no serían muy costosos, pero en último caso sí elegantes. «Lo peor de mi Juanita —decía Juana, su madre—, el lado peor de mi Juanita, es su poco amor al trabajo de la casa, su despego a los trabajos corrientes de su sexo, como fregar escaleras, limpiar los suelos, quitar el polvo, hacer la comida.» Todo hay que disculparlo, la pobre Juanita no tenía tiempo para nada.

Juanita se levantaba ya entrada la mañana, a las diez, a las once, a las doce... Su madre la reprochaba continuamente que se levantara tan tarde, y entonces emperaba una agría riña, una amable conversación entre madre e hija, como entre cualquier madre y entre cualquier hija. Cuando la disputa había durado lo normal, lo corriente, como todos los días, la madre empezaba a declinar, empezaba a contemporar triste, cruel, humilde, como una esclava.

—Además, hija mía... bien mirado, ¿qué vas a hacer a esas horas? Yo, ya sobes, únicamente preparo el desayuno y quito un poco el polvo...

—Sí, madre.

—Además, tú vas casi todos los días a hacer la compra.

—Sí, madre.

—Y por otro lado...

—Sí, madre.

Juanita era una muchacha limpia, extremadamente limpia y arreglada. Después de levantarse se lavaba y arreglaba durante una hora larga. Su primera aparición por la mañana era envidiable, limpia, fresca, guapa, sin apenas rastro de sueño. Desayunaba rápidamente y se iba a comprar las pocas cosas que se comían en aquella casa. «Verdaderamente —pensaba Juanita— yo voy a la plaza todos los días... bueno, todos no, una gran parte de ellos. Y es un trabajo que ahorro a mi madre. Claro que a mí me gusta salir por las mañanas, sobre todo cuando hace buen tiempo... y hago contenta el trabajo. ¡Qué más quisiera yo! Por mí saldría todas las mañanas, pero a pasear, no a trabajar, y, sin embargo, voy a trabajar, y de esto no hay duda, y madre lo sabe.»

Juanita, como todos los hombres, como todas las mujeres, los niños... como todo el mundo, ruin y rastrera, pensaba estas cosas para quedarse más tranquila, para tranquilizar la conciencia, eso que

es tan fácil, y lo conseguía. Lo conseguía... como diríamos, casi con un estilo depurado.

—Oye, madre, ¿qué fué aquel ruido de anoche?... ¡Qué jaleo!

—Nada, hija, tu padre... Llegó borracho y me pegó.

—¿Mucho?—dijo la hija.

—Sí—dijo la madre.

—...Canalla.

—Hoy al levantarse me pidió perdón... como siempre, y dijo que no volvería a hacerlo.

—¿Y tú qué crees, madre? ¿Qué hará?

—Yo no creo nada... Yo, ¿qué voy a creer? ¿Acaso se puede creer algo? ¿Acaso yo deba creer algo?... Acaso, ¿tendré derecho a creer algo? No, hija; no creo nada... Padre no es malo; pero el demonio del vino le vuelve loco, y el pobre, cuando bebe mucho se desfonda y arremete lo primero débil que encuentra... ¿Yo que voy a creer, hija mía? Yo no creo, yo no creo en nada—dijo Juana inútilmente.

—Claro, madre... Bueno, me voy a la plaza. ¿Que traigo de comer?

—Sí, hija, vete...; compra lo que quieras. No me preguntes.

—Sí, madre.

Juanita salió a la calle. «¡Qué día más hermoso!», pensó. Efectivamente, era un buen día, ni calor ni frío, ni claro ni oscuro. La calle, en un barrio popular, se presentaba alegre, al hombre o a la mujer que la ve casi acabada, que la anda ya a las doce o una, cuando los hombres y las mujeres ya están un poco cansados del trabajo. Es la calle de los desocupados, de los señoritos. Es la calle de los estudiantes, la calle de los oficinistas, que por fin decidieron pedir permiso al superior, por enfermedad, por tristeza...

—Hola, guapa...—dijo un hombre.

—Sinvergüenza—dijo Juanita.

—¿Sinvergüenza? Guapa, ¿por qué?—dijo el hombre.

Juanita calló.

—No importa, no hables. Te acompañaré a donde vayas... ¡Hasta el fin del mundo! No pareces mala chica, pero...—dijo el hombre sabiamente.

—Pero, ¿qué?—dijo la hija.

—Nada...

—Pues... el que nada no se ahoga—dijo Juanita triunfante.

—¿A dónde vas?—dijo el hombre.

—A la plaza.

El hombre estuvo un rato pensativo. Al fin tuvo una gran idea.

—Eso está bien. La señorita es una buena ama de casa.

—¿Guasa?—preguntó Juana.

—No, hija, ¡por Dios! Y a todo esto, ¿cómo decías que te llamabas?

—Juanita... ¡vaya! Se lo dije... ¿Y usted?

—Alfredo.

Alfredo era un hombre de cierta edad, de aspecto miserable y conquistador. Juanita, ya se sabe, poco a poco fué cediendo, y al final de la conversación era amigable, casi íntima. Siguieron juntos el camino de la plaza. Juanita, orgullosa, decidida, hacía fantásticos proyectos. «Y no es que yo sea débil—pensaba—; sólo que Alfredo... Sus modales finos, graciosos... Y no parece ningún desgraciado. Y tendrá hasta carrera... y quizá dinerito.»

Juanita y Alfredo quedaron en verse a cualquier hora de la tarde en cualquier sitio...

Juana, la portera, «para matar el tiempo—como ella decía—, sólo por matar el tiempo. ¡A mí qué más me dada lo que hace la del quinto o la del segundo, o lo que puedan hacer una y otra». Sólo por eso, como dice la portera, subía en el ascensor hasta el último piso y bajaba las escaleras, hablando con una y otra, distraiéndose honestamente con una u otra vecina, bajaba, como decía, haciendo su diaria ronda casera.

—¿Cómo está su gato, señora Matilde?—dijo la portera.

—... dijo la vecina.

—¡¡Hay que ver, cómo sube la vida!... Le digo a usted... El otro día me pidieron en la tienda por un...»

—...

—¿Y la escarlatina de Jesúsín, doña Ramona?—dijo la portera.

—Vaya, no va mal, Juana. Muchas gracias—dijo Ramona.

—¿Ah, sí? Me alegro mucho. ¿Y tiene fiebre?

—Pues sí, un poco... Ayer por la noche tenía dos déclimas.

—¡Por Dios, señora, no me recuerde la noche de ayer...

Y Juana, como era muy sensible, se echó a llorar.

—Pero, mujer, no llore así. ¿Qué le pasó anoche?—dijo la vecina con cierta caridad.

Y Juana le contó la paliza de su marido, y lo cruel que se portó con ella, y las promesas que le hizo, y las que no le hizo, y lo malo que era su marido, y lo bueno que era, y que todo esto era culpa de Sebastián y sus vinos, pues antes de que pusiera el bar, el tío calvo de Sebastián, Rodrigo era distinto, era mejor...; en fin, que se lo habían cambiado.

Doña Ramona, que no podía ver llorar a nadie y que era buena de corazón, al ver llorar a Juana mandó traer una taza de café con leche. Pero café del bueno, del portugués, del quilito que le había mandado su cuñado el carabintero. Y Juana, que era ruin y fácil de contentar, que tenía que llorar, que tenía que pedir, que tenía que esclavizarse para comer, pronto se apaciguó y pronto también se puso hasta risueña.

—Muchas gracias por el café, señora... Era muy bueno, ¿sabe usted? Hacía mucho tiempo que no lo tomaba tan bueno—dijo la portera.

A doña Ramona, que era buena de corazón y no podía ver llorar a nadie, le ocurre lo que a todos: su paeñencia tiene un límite. Doña Ramona ya estaba harta de la monserga de Juana.

—Claro, claro... Juana, me va a perdonar. Tengo que hacer... Adiós, Juana.

—Adiós, señora—dijo la portera sorprendida, desilusionada.

Juana siguió bajando las escaleras, pero ya no se entretuvo con ninguna vecina. Rodrigo había llegado del trabajo y esperaba a Juana, a Juanita o Dios sabe qué. Realmente ni él mismo sabía lo que esperaba: si la llegada de ella, si la ocidida. Rodrigo simplemente esperaba sin ningún interés por nada, sin ninguna emoción. Estaba sentado en la garita de la portería, y nada n.

—¡Hola, Juana!—dijo el marido.

—¡Hola, Rodrigo! ¿Ha llegado la niña?—dijo la mujer.

—Sí, ahí está, abajo, preparando la comida. No sé qué le pasará... Está muy contenta.

—Sí, es raro... No me ha llamado al llegar de la plaza.

—Déjala... que siga. Por un día que le da por trabajar... Estate un poco conmigo, mujer... que nunca hablamos—dijo el hombre.

Dando unos rodeos grandísimos y extraños se podía llegar a saber las reacciones de Rodrigo. Por unas misteriosas causas, Rodrigo, al día siguiente de pegar a Juana, se mostraba amable, complaciente, casi enamorado. Quizá por aquello de una de cal y otra de arena.

Juana, en estos ratos en que el marido la complacía, se mostraba feliz y contenta. «¿Qué más puedo pedir?—pensaba—. Antes estuvimos hablando Juanita y yo... y ¡tan bien! Luego con las vecinas, una cosita a una, otra a la del segundo; en fin, un poco de chismorreo. Ahora me encuentro que me están haciendo la comida, y yo con Rodrigo hablando como en los primeros tiempos. Claro que ya se ha hecho más viejo, pero también más distinguido... Tiene sus defectos, pero ¿quién no los tiene?... Además... ya no soy ninguna niña.»

Juana es una pena; en otro tiempo hubiera sido una perfecta esclava. Había nacido descendida.

Juanita, las causas Dios las sabe, estaba trabajadora, alegre, diferente. Cuando estuvo preparada la comida llamó a sus padres. Comieron y, al acabar, ella misma propuso estar al cuidado de la portería, arriba en el garito, hasta media tarde.

—Gracias, hija—dijo la madre.

—Total... Voy a subir a arreglarme—dijo la hija.

—...

—Voy a salir esta tarde... con un amigo, a las ocho—dijo la hija consciente.

—¿Un amigo?...

—Sí.

Había una pequeña consigna familiar, quizá impuesta para evitar discusiones. Las cosas no había falta explicarias demasiado.

—Ya... Lo que digo: las muchachas jóvenes, a

divertirse, a divertirse y a pasarlo bien. ¿No os parece?

Juanita no sabía qué contestar. Rodrigo dijo, claro.

Juanita subió a arreglarse.

«Puede—pensaba—, puede que madre tenga razón. Pero no, no creo que sea para tanto; al fin, las chicas tienen que divertirse, ella misma lo dice; si no lo dijera ella... Bueno, ¿qué hizo ella de joven? ¿Yo soy menca?... Además, son otros tiempos. Yo no tengo la culpa de muchas cosas. No tengo la culpa de que los hombres... Si yo supiera. Si alguien pudiera enseñarme el futuro...; si alguien pudiera, por lo menos, decirme de una manera cierta el futuro... Pero así, todo también variaría.»

Juanita se pasaba y repasaba los ungüentos, se daba masajes, colores... Juanita, el poco dinero que tenía lo gastaba en arreglarse. Juanita...

«Yo soltera no me quedo... Eso tampoco, también es verdad. Es tan difícil, pero si yo pudiera, si alguien pudiera... No, eso ya lo he pensado. Decía... Paco era un poco cojo... No, no es disculpa. Paco... No tendré más remedio que decir que yo era... Tampoco, eso queda para otras... Al fin, no soy fea ni nada. Es tan difícil... Si yo supiera.»

Juanita tardaba una hora larga en arreglarse. Se hacía infinitos enjuagues y pases. Se miraba y retocaba la cara y el pelo innumerables veces. Juanita, cuando acabó de arreglarse, se entretuvo un rato leyendo los anuncios médicos dirigidos al estudiante del cuarto.

«Orgamil. Excipiente graso. Dosis... Preparado...—murmuró.

IV

La portería estaba, nada más entrar, en el portal, a la derecha. Tenía una pequeña entrada y un cuarto reducidísimo. Lo demás, la vivienda, estaba en el sótano, enorme, descomunal, inhóspito. Los porteros apenas usaban tres habitaciones y la cocina. Los restantes cuartos estaban ocupados por leñeras, inmensos fregaderos, trastos viejos. En estas habitaciones había muchísimos ratones y ratas, pero nunca salían de ella por miedo a los numerosos gatos que poblaban y guardaban el resto habitable de la casa. Para los vecinos, los gatos eran una especie de fantasmas, de absurdo o de alucinación. La portería era simplemente diez o quince gatos en movimiento, subiendo o bajando, que dejaban un olor espantoso. Algunas veces, por causas misteriosas, quizá por cambios de presión o de temperatura, el olor salía de la portería, infectaba las escaleras y la casa entera se convertía en una horrible e inmensa pocilga.

Si alguien protestaba, rápidamente cualquier persona o ella misma decía: «Son los gatos». Los vecinos pensaban que los gatos eran inevitables, fatales. Algunas veces, los olores de la portería,



de la escalera, eran múltiples y variados, pero en el fondo, en lo más profundo del pensamiento, el vecino sabía que el poso del olor era producido, inevitablemente, por los gatos. Entre éstos, el perro, el «Tinto», era un poco el gallito de la portería, el vicio consentido, el efecto inesperado. Los gatos toleraban al perro por costumbre. Desde que nacieron, el «Tinto» andaba entre ellos y no los molestaba. Por reciprocidad, por tener medios diferentes de conseguir comida, los gatos, ya lo hecho, casi no notaban la presencia del perro.

—Qué buenos son—decían las mujeres de la casa hablando de los porteros—. Qué buenos son; están casi en la miseria y alimentan a un porrón de gatos, a un perro y a una gallina.

La gallina poco gastaba y, de cuando en cuando, ponía algún huevo. La gallina era grande y triste; entreveía por herencia grandes campos, gusanos, gallos... La procedencia de la gallina era misteriosa, como una rápida visión. Algunos vecinos afirmaban que había llegado a la casa, aún huevo. Después, su desarrollo, era más problemático, en último caso más plausible. De todas formas, su vida fue cómoda y fácil. Nació y creció azarosamente. Luego, ya crecida, vivió tranquilamente. Dormía en un palito, en el cuarto de los inmensos fregaderos. El cuarto de los fregaderos era propiamente su corral. Allí comía, allí bebía, allí, como quien no hace nada, de vez en cuando dejaba caer un huevo sin ningún entusiasmo, sin ningún cariño. Lo dejaba como el que deja algo molesto. Algunas veces el cacareo anunciante era tan ridículo, tan débil, que no se enteraba nadie de su aviso. El huevo corrientemente lo dejaba y seguía su busca fácil, de pedacitos de pan, de comida. Era raro el día que la pobre se sentaba encima del huevo, entercada..., para darle algo de calor, como esperando... Por las tardes, como cualquier mujer de empleado, se sentaba a dormitar al lado del brasero, a esperar el apagón de su sol eléctrico. Como cualquier mujer de empleado también, mantenía ligeras conversaciones.

—Co, co, co...—decía la gallina.

—Claro, claro, Fuencisla—decía la mujer.

Los gatos en aquel ambiente extraño que los envolvía, de los propios gatos, las ratas, ratones, perros, gallinas, huían de cualquier visión enloquecidos, despavoridos. Quizá por ser los más inteligentes, y por ello los que menos comprendían.

Todo esto hacía de aquel sótano un lugar inaccesible y misterioso, que nadie había pisado y en donde había horribles olores selváticos acumulados, espantosas pequeñas luchas, pequeños murmullos alucinicos, guerreros.

—Juana, hija, levántate, despierta...

—¿Qué hora es?—dijo la hija.

—Las cuatro.

—¡Anda!, y déjame dormir.

—Levántate, hija, madre está mala..., está muy mala—dijo Rodrigo.

Juana se levantó y empezó a vestirse.

—¿Qué le pasa?... ¿Ha venido el médico? Venga, muévete..., avísalo..., y ¡no me mires así!—dijo Juanita.

—Sí..., voy a avisarlo—dijo el padre con cierta desgana.

Rodrigo salió en busca del médico. Cuando llegó con él, Juanita atendía a su madre. El médico la miró, la reconoció, la auscultó.

—¿Es algo malo?—preguntó Rodrigo.

—Sí, no es bueno... la cabeza. Déle esta medicina. Si no se ha quedado de estar vivirá..., pero mal. A media mañana volveré—dijo el médico.

El médico volvió. Juana, tendida en la cama, parecía haber envejecido veinte años. ¡Hay que ver, sólo con unas horas! El médicoladeaba la cabeza y gruñía.

—Nada, de la cabeza... Si no se ha quedado de ésta... Que no se mueva de la cama..., le den la medicina y poca comida. Vivirá..., pero malamente.

Juana, en la cama, no comprendía nada. De la noche a la mañana, en unas horas, se encontraba casi sin poder hablar, apenas oyendo lo que decían, y con un peso vago y misterioso en la cabeza, que le producía un ligero dolor y un intenso murmullo.

Aquella mañana Rodrigo no fue al trabajo. Avisó a un compañero por teléfono. Juanita se ocupó de los trabajos de la portería, de los trabajos de la madre. Juanita tuvo que informar de la caída de su madre, con pelos y señales, a todos los vecinos de la casa, parientes, amigos... En fin, la pobre Juanita se pasó unos días la mar de trabajada.

—Pero..., ¿cómo fué, Juanita?—preguntó una mujer.

—Ya ve usted, señora. Ayer por la noche... bueno, ayer no, hoy, pues fué a media noche, ya de madrugada, me...

—...¿Y el médico?—preguntó la mujer.

—Nada..., el médico..., los médicos... La pobre está tan mala. Dice que si no muere, quedará parálitica...

—¿Parálitica?

—Si no parálitica del todo, casi...—dijo la hija de Juana.

—Pobrecilla, pobrecilla, ayer tan buena y hoy... Nada, que la vida es un asco... Tú ya sabes de esto.

Juana, a los diez o doce días, ya era una enferma de siempre. Todo el mundo estaba enterado de su mal. Y se le hacía a la pobre el caso natural. El caso que se hace a un objeto inservible. Por la mañana la levantaban y la subían al garito, y nada más. El único interés que le quedaba era el de la comida. Siempre tenía hambre y pedía más comida. «Quiero pan, quiero leche, quiero patatas, quiero agua».

Juana, con su voz apenas inteligible, pedía continuamente cosas de comer. Juanita no le hacía caso, bien porque el médico mandó que comiera poco, bien porque no había comida en casa...

Juana, entre el pequeño dolor de cabeza continuo y el horrible murmullo, entreveía, mezclado con aquéllos, mínimas ideas, palabras sueltas. Y se echaba a llorar, mejor dicho, a sollozar, y sollozaba continuamente. Con sollozos lentos, espasmosos, inquietantes, mezclados, de cuando en cuando, con una especie de gruñido o palabra inteligible.

Con la enfermedad de Juana, la tirantez que había en la familia, descartada aquélla, se cebó en



Una camisa de ciudad...

...ideal para sus vacaciones

Fama Sport

CUELLO REGULABLE



- abierto
- entreabierto
- cerrado

... mejor que a medida

Rodrigo y Juanita. Estos, al faltar Juana para trabajar, tenían más ocupaciones, y estaban continuamente malhumorados y prontos a discutir.

—Claro, tú lo ves muy fácil. Los hombres siempre ven muy fácil las cosas, pero yo friego, limpio, hago la casa, las escaleras, la comida, y por si fuera poco... que tú dirás que es poco, pero no lo es, ¿qué has de saber?... Y todos los días me voy a la cama muy cansada, y por si fuera poco tengo que arreglar a madre, y limpiarla.

—No, hija, no...—dijo el padre.

—No, hija, no; no, hija, no..., y ya está. No, hija, no, y ya está. ¿Pero qué te crees?...—dijo el padre.

—Déjame, no me digas nada... ¿Qué te crees? ¿Que las cosas se hacen solas...? Pues no se hacen solas, que las hago yo con estas manos...—dijo la hija.

Juanita se miró a las manos. Aquellas manos tan cuidadas antes. Se miró a las manos y se echó a llorar.

—¡Mis manos, mis manos!... Con lo bonitas que las tenía antes.

Hay una serie de reglas de juego, de lucha, cuando uno chilla, el otro calla. Cuando aquél declina, éste se envalentona.

Las manos, las manos. Menos manos y menos niño muerto. ¿Qué te has creído? Tu madre... mira qué manos tiene tu madre, y ella nunca se quejaba de sus manos. Y de tu trabajo no digas tonterías. Más trabajo yo y no digo nada. Tú trabajas, lo que trabajaría madre antes..., y ella poca cosa necesita, apenas da trabajo.

Juana veía y oía todas estas cosas con el menor interés del mundo. Se limitaba a mirar con cara de idiota y a sollozar..., no por nada, por hacer algo.

Juanita se volvía cruel en las discusiones y atacaba por los medios más insospechados.

—Ya está sollozando... Ya se podía callar—dijo la hija.

Juana seguía todo esto con cara de boba. A veces se le caía la baba.

—Madre, ¡que se te cae la baba!

Y Juanita se lanzó encima de su madre a limpiarla con un pañuelo. La madre, sobresaltada, no se sabe muy bien por qué, empezó a llorar estrepitosamente. La pobre miraba lentamente, con aquella lentitud que le había dado la enfermedad, a todos los lados como queriendo buscar algo. Algo que nunca encontraba.

Estos arrebatos de Juana, un poco el enemigo común de padre e hija, que mejor sería que se muriese, unía a éstos en contra de ella. Pero duraba poco, porque ¡era tan aburrido! Juana no se defendía, no se podía defender y contestaba sólo con sollozos, lloros, grititos.

Muchas veces Juana se quedaba sola, acompañada de los animales. Rodrigo se iba a cualquier taberna con los amigos y Juanita por ahí con algún novio. Entonces los vecinos protestaban por quedar la casa sin custodia.

—Ella ahí sola y Rodrigo y Juanita de paseo. ¡Habrásse visto! Esto no es decencia ni nada. Esto es una tomadura de pelo y un atropello. No, si lo que yo digo, al final subirá el portero a pedir a una de nosotras que estemos al cuidado de la casa, pero eso no lo consentiremos, porque entonces querrá organizar unos turnos..., y eso no, eso no puede ser—dijo una vecina.

—Tiene usted razón, eso de turnos no se puede consentir. Ya podían estar contentos esos descasados. Como ella no puede protestar, la dejan sentada a la puerta y que cuide..., pero ella no puede cuidar. ¡Ay Dios mío! ¡Qué custodia!—dijo otra vecina.

Juana aquella tarde empezó a encontrarse otra vez muy mal. A una mujer que pasaba se lo consiguió explicar por medio de señas. Llamaron al médico y al cura. Cuando el médico llegó poco podía hacer... Le puso una inyección para que no sufriera y dijo al cura que pasara.

Las vecinas disfrutaban andando por la portería, por las escaleras, husmeando todo, cuchicheando, hablando.

—La una con el novio y el otro con los amigos, en cualquier lado, tomando vino. Y esta pobre muriendo. No hay justicia..., que no hay justicia digo yo. Debían de cambiarse los papeles, Pobre



mujer, lo mejor de la casa y muriéndose. Y sin tener a los suyos cerca. ¡Qué suerte tan triste!

Todas aquellas mujeres estaban contentas en el fondo de su alma por no estar presentes la familia de la moribunda, por poder husmear y ver todos los rincones de la portería. Al principio estaban todas en la cocina, sin apenas moverse, esperando el parte del médico o del cura, pero, poco a poco, empezaron a deslizarse por los pasillos y cuartos, sin ningún freno ni pudor. Algunas se llamaban a voces de un extremo a otro de la casa para contemplar algún hallazgo.

—Yo juraría que este trapo es mío.

—A ver, a ver... Por lo menos se parece mucho.

—Yo juraría que sí. Y luego le pregunto a Juana que si lo ha visto y ella, la muy embustera, dice que no.

Un tenue murmullo, una suave seña, un claro entendimiento, fué la señal, casi esperada por las vecinas, pues ya se hacía tarde para preparar la cena, para que empezaran a llorar de una forma horrorosa. Y grandes lloros, ligeros, violentos, pequeños, estrepitosos, formaron el primer sentimiento hacia la muerta.

En el fondo la querían bien, en el fondo era una buena persona, en el fondo...



LA ENOSIS COMIENZA A CARGARSE DE DINAMITA

Otra causa justa --la unión de Chipre y Grecia-- que tiene que abrirse camino a tiros.

TAMBIEN AQUI INGLATERRA SE OLVIDO DE SUS PROMESAS

EN la noche del 20 de junio, a las once en punto, cuando la mayoría de los chipriotas estaban en cama y cuando en los cuarteles de la base naval inglesa de Chipre había sonado el toque de silencio, varias formidables explosiones sacudieron como un terremoto—tan trágicamente habitual en estas latitudes—las ciudades de Nicosia, Kyrenia, Famagusta... y también los cuarteles de la base naval británica.

De esta manera tan estruendosa, radical y decidida comenzó un episodio más de sangre en un perdido rincón del Imperio británico: Chipre. También de esta manera exasperada y violenta, una palabra-talismán para los griegos —la Enosis—, cargada hasta ahora de paciencia y de buenas palabras y mejores razones, comenzó a cargarse de dinamita.

Si Dios o los ingleses no lo remedian vamos a asistir a otra —una vez más!— de esas luchas desesperadas en las que una causa justa y reconocida como tal por todo el mundo, incluso por los ingleses, que ya es decir, tendrá que abrirse camino a tiros y a bombazos, visto que las causas justas, cuando están en conflicto con los intereses del Imperio británico, no tienen más remedio que recurrir a estos procedimientos. Gracias a su aplicación sistemática, los ingleses tu-

vieron que marcharse de la India, de Palestina y, sobre todo, de Egipto. No hay razones para pensar que, puestas las mismas causas, no surtan los mismos efectos en Chipre.

Sir Anthony Eden, siendo secretario del Foreign Office, justificó con forzada elocuencia la decisión británica de retirarse de la zona del Canal de Suez, diciendo que una base militar perdía toda su eficacia cuando estaba rodeada de gente hostil a la presencia de los soldados británicos en un suelo que no les pertenecía.

Sir Anthony, sin duda alguna, tuvo razón, pero en cambio no tuvo consecuencia, pues sólo se aplicó a Egipto su «aforismo», siendo así que es de muy universal aplicación. Que le pregunten a los españoles si lo que rodea a los ingleses que se encuentran en Gibraltar es satisfacción y no hostilidad, y que se lo pregunten, que éste es el caso, a los chipriotas y a los griegos.

Fué precisamente un chipriota quien, al tener conocimiento de las atinadas palabras de Sir Anthony, comentó sarcásticamente:

—El señor Eden nos ha señalado el camino a seguir. Si efectivamente una base militar deja de ser interesante cuando a los que la guarnecen se les hace la vida imposible, cuando llegue el momento nosotros procuraremos

que la vida de los soldados ingleses en Chipre no sea precisamente «edénica».

El momento, repetimos, parece que ha llegado. Las bombas de Nicosia, Famagusta y otras ciudades chipriotas están destinadas a producir en los soldados de Su Majestad británica la impresión de estar sentados sobre una plancha de hierro puesta al rojo vivo.

UNA VIEJA HISTORIA

Nuestros lectores ya conocen la historia de este «dúo» desafiado entre chipriotas y británicos. Es una historia vieja, que se ha escenificado ya en diversos lugares del Imperio. De un lado tenemos a un pueblo, el chipriota, que, sintiéndose griego hasta la médula por su raza, por su lenguaje, por su cultura, por su pasado, quiere unirse a Grecia, su madre patria, no encontrando razones suficientes para seguir perteneciendo, en calidad de pariente pobre y explotado, a un Imperio anglosajón, lejano en el espacio y en el espíritu, cuya cabeza es una isla casi hiperbórea «mitad hielo y mitad carbón», cuyos habitantes, cuando los chipriotas recitaban ya a Homero, todavía andaban vestidos con pieles y comían la carne cruda.

De otro lado tenemos a los ingleses, quienes, debajo de su sonrosada epidermis democrática,

conservan todavía la firme e incommovible convicción de que pertenecen a un pueblo elegido —es la manía de todos los pueblos aferrados al Antiguo Testamento—, llamado especialmente por Dios a dominar a los otros pueblos—sobre todo si son más débiles—, y entre ellos al pueblo chipriota, cualquiera que sea el parecer de éste. Decimos «cualquiera que sea el parecer» por decir algo, ya que el jefe espiritual de la Enosis—Unión con Grecia—, arzobispo Makarios, organizó hace tiempo un referéndum del que resultó que el 96 por 100 de los chipriotas deseaban esa unión con Grecia. La voluntad de éstos no puede estar más clara. Tan clara que si el referéndum hubiese sido favorable a Inglaterra, ésta se escandalizaría y pondría el grito en el cielo si alguien pretendiese que había habido «pucherazo».

AMNESIA PERMANENTE

La historia, señores, se repite; y si en ella están metidos los ingleses por medio, se repite siempre en la misma dirección.

Inglaterra, país de mercaderes, no lo olvidemos, se ha servido de Chipre en su beneficio exclusivo para hacer muchas cosas. Pero hay una que ha hecho reiteradamente en el pasado y en el presente: utilizar a esta dorada isla, en la que nació nada menos que Afrodita, la Gina Lollobrigida del mundo clásico, para atraer a los griegos a sus guerras imperiales. «Vuestra sangre y vuestros cañones a cambio de Chipre» es una divisa que debe estar en los archivos del ministerio de Colonias.

Hagamos un poco de historia:

En 1915, el astuto sir Edward Grey ofreció Chipre a los griegos a cambio de que Grecia entrase en la guerra al lado de los aliados. Así lo hizo este adorable e ingenuo país. Pero sir Edward Grey, padeciendo una amnesia muy parecida a la que acometió años más tarde a sir Winston Churchill, quien nos prometió la devolución de Gibraltar a cambio de nuestra neutralidad, no volvió a acordarse de la solemne promesa hecha a los griegos.

Chipre siguió en el Imperio.

La misma promesa se hizo a Venizelos en 1919. Resultado: el mismo. Idéntica promesa cuando la heroica Grecia llenó al mundo de asombro rechazando a las legiones de Mussolini, aunque sucumbiendo después ante la perfecta máquina de guerra germánica.

Chipre, en el Imperio, como si tal cosa.

Finalmente fué el fallecido secretario del Foreign Office, el honesto y robusto sindicalista Ernest Bevin, quien durante una Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en Nueva York en 1946 dijo al entonces primer ministro griego, Constantino Tsaldaris: «I'm absolutely in favour of the union of Cyprus with Grece.» O dicho en romance castellano: «Estoy absolutamente a favor de la unión de Chipre con Grecia.»

DECEPCION

Si, todo el mundo, al parecer, estaba «absolutely in favour» de



Manifestación en Atenas pidiendo el cese de la ocupación inglesa en Chipre

esta justa devolución, incluido el propio Churchill. Pero en eso se quedó la cosa. Chipre, amigo lector, sigue en poder del Imperio británico, y ni Enosis ni referéndum ni centellas consiguen alterar su tozudez ni, claro está, su hipocresía.

Queda dicho ya que los griegos por un lado y los chipriotas por otro han apurado todos los procedimientos pacíficos y conciliadores que les sugería su deseo de conservar la vieja amistad—hay viejas amistades que matan—con Inglaterra. Pusieron grandes esperanzas en la Asamblea de las Naciones Unidas que iba a celebrarse en el otoño del año pasado. En este «foro internacional» pensaban plantear la cuestión de la Enosis, invocando la justicia de su causa y el testimonio de la opinión mundial. Inútil esperanza. Suavemente, en febrero de ese mismo año, sir Anthony Eden, anticipándose a los desagradables acontecimientos que se avecinaban, declaró en el tono de quien habla en nombre del Altísimo:

—El Gobierno de Su Majestad no está dispuesto a discutir el caso de Chipre.

Y, claro está, no lo discutió. Una vez más una causa justa se quedó a las puertas de la ONU dando aldabonazos que todo el mundo oyó, menos Londres.

Griegos y chipriotas comenzaron a impacientarse y a sospechar que en la cabeza de John Bull las razones, los argumentos, tienen muy poca cosa que hacer. Vinieron, pues, las amenazas, y ahora, de las amenazas se ha pasado a los bombazos, a las antevísperas sicilianas que en Chipre van a correr la pólvora, como en Palestina, como en Suez...

ARGUMENTOS

Decíamos que la pólvora fué precedida por las buenas palabras y las buenas razones.

Los ingleses razonan así: Chipre tiene para nosotros una gran importancia estratégica. No podemos permitir que un día caiga en poder de los rusos. Además, una vez evacuado Suez, es la única gran base estratégica que nos queda en el Mediterráneo oriental.»

Los griegos replican: «Chipre no tiene más importancia estratégica que la que le presta su proximidad a Grecia y Turquía. Pero si es esto lo que preocupa a Inglaterra, Grecia está dispuesta a ceder a ingleses y norteamericanos, dentro del pacto Atlántico, todas las bases militares que deseen.»

El argumento es fuerte, y entonces John Bull se rasca la barbilla y llama en su auxilio a Turquía: «Chipre, de pertenecer a alguien que no sea yo, pertenece a los turcos. Y yo no me puedo enfadar con Turquía.» Los griegos, cargándose de razón, contestan: «A lo largo de varios miles de años de historia, Chipre ha pertenecido a todo el mundo o a casi todo el mundo, pues lo conquistaron sucesivamente los asirios, los egipcios, los persas, los árabes, los francos y los turcos, los cruzados... y el mismísimo demonio. Pero los chipriotas hablan en griego, piensan en griego, sienten en griego y resueltamente quieren ser griegos, detalle que basta por sí solo si

Soldados británicos intentan disolver una manifestación en Nicosia





Manifestantes en Salónica sorprendidos cuando destrozaban una bandera inglesa

es algo más que una frase preciosa eso del principio de la libre determinación de los pueblos.» Y por si esto no bastase, la minoría turca que vive en Chipre significa solamente una quinta parte de la población de la isla.

La réplica es difícil; pero John Bull, hombre de recursos, tira del argumento de Aquiles, de ese argumento en cuyo nombre se cometen tantos crímenes como se cometieron en nombre de la li-

bertad, según una dama francesa que dejó su cabeza en la guillotina: «¡Es que en Chipre existe el peligro comunista!»

Ya salló aquello. No podía faltar. Pues, señor, resulta que en Chipre, según cifras oficiales, hay la importante cantidad de 200 comunistas. Como es difícil echarse a temblar ante esta cifra, los ingleses añaden: «Si, son pocos, ya lo sabemos; pero son muy influyentes.»

Contando con su influencia, se

calcula que ésta la ejercen los comunistas chipriotas sobre el 15 por 100 de la población obrera de la isla. A nadie puede extrañar, por otro lado, que los 200 comunistas chipriotas proclamen su adhesión a la Enosis. Todo el mundo sabe que los comunistas hacen proselitismo apuntándose a los movimientos nacionalistas. Si fuesen contrarios a la Enosis, en vez de 200 serían 20, y entonces los ingleses se quedarían sin una de las importantes razones por la que se obstinan en quedarse en Chipre.

TRATO DE LADRON

No es esta la primera vez que los chipriotas pierden la paciencia. La perdieron ya en 1931, cuando en varias ciudades de la isla se alzaron capitaneados por el obispo de Citium, Nicodemus, y por el obispo de Kyrenia (ambos fueron deportados). La represión inglesa fué durísima, pues ya es sabido que en esto de las represiones los ingleses no se andan con los guantes puestos, y el movimiento enósico fracasó.

Ahora no es probable que ocurra lo mismo, pues los chipriotas han aprendido mucho de los judíos del Stern y de los egipcios. Por otro lado, tampoco está Inglaterra es la de 1931, ni los tiempos que corren—decididamente malos para los «colonialismos»—son los mismos. De forma que mucho nos equivocamos o los ingleses de guarnición en Chipre no tardarán mucho tiempo en hacer el equipaje.

¿Qué quedará de ellos cuando se vayan? ¿Qué huellas de civilización, de prosperidad dejarán a sus espaldas? El balance no puede ser más lamentable: los propios ingleses reconocen que Chipre «disfruta» hoy de uno de los más bajos niveles de vida del globo. Esto, en el terreno material.

En el terreno cultural, peor que peor. Aunque parezca increíble, Inglaterra no ha permitido que se enseñase a los niños chipriotas la maravillosa, la incomparable historia de su patria, Grecia, la más ilustre de todas las naciones del mundo. En lugar de ella, los niños chipriotas se saben de memoria las glorias—indudables, por otro lado—del Imperio británico. Saben quién fué Wellington, pero no Alejandro Magno. Saben, quizá, las teorías económicas de Adam Smith; pero ignoran cuál fué el pensamiento de Aristóteles o de Platón. No creemos que se haya dado jamás una estafa intelectual de esta categoría.

Tenía razón Disraeli: La «ocupación» de Chipre por Inglaterra fué «a thief's bargain»; literalmente, un trato de ladrón.

Esto nos recuerda una expresión de sir Charles Petrie en el «Daily Telegraph» del 7 de mayo de 1954, quien, al enjuiciar la captura de Gibraltar por los ingleses en 1704, escribió piadosamente: «Was a piece of very sharp practice.»

Frase que puede aplicarse en la crónica de sucesos al raterillo que le arranca el bolso a una señora y echa a correr...

M. BLANCO TOBIO



En el

VERANO

Para CAMPO... PLAYA... HOGAR
Nada mejor que las exquisitas
CONSERVAS DE GALICIA

Para dar a conocer y divulgar nuestros productos, hacemos a Vd.

¡3 INTERESANTES OFERTAS!

LOTE MUESTRARIO

¡POR SOLO 39 PESETAS!

- 1 lata de sardinas en aceite
- 1 lata de bonito en aceite
- 1 lata de mejillones en escabeche
- 1 lata de calamares en aceite
- 1 lata de chicharro en aceite

SURTIDO de PESCADO

¡POR SOLO 79 PESETAS!

- 3 latas de sardinas en aceite
- 3 latas de bonito en aceite
- 2 latas de chicharro en aceite
- 2 latas de anchoas en aceite
- 1 lata de palometa en aceite

SURTIDO de MARISCOS

¡POR SOLO 79 PESETAS!

- 2 latas de mejillones escabeche
- 2 latas de calamares en aceite
- 2 latas de almejas al natural
- 2 latas de berberechos al natural
- 1 lata de pulpo en aceite
- 1 lata de calamares en su tinta

POR CADA PEDIDO REGALAMOS UN RECETARIO COMPLETO DE PLATOS DE PESCADO

Que enviaremos sin ningún otro gasto a pagar al cartero contra entrega de la mercancía, o talón y recibo factura

No olvide que el pescado es el alimento de los pueblos fuertes. Muy nutritivo y con aceites de oliva de primera calidad.

Admitimos pagos en sellos de correos, adjuntándolos al pedido

Escribanos HOY MISMO o envíe este
BOLETIN DE PEDIDO a

CARLEY APARTADO, 329 - VIGO
LEPANTO, 2

Deseo me envíen } LOTES MUESTRARIO a 39 PESETAS
 } SURTIDOS DE PESCADOS a 79 PESETAS
 } SURTIDOS DE MARISCOS a 79 PESETAS

Don _____
Calle _____ núm. _____
Población _____ Provincia _____
Estación RENFE _____ Estafeta _____
E. I. (Más próxima) _____ Correo _____ FIRMA _____

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

LAS PERSPECTIVAS DE LA CHINA COMUNISTA

Por W. W. ROSTOW

The
Prospects
For
**COMMUNIST
CHINA**

EL PROLOGO DE UNA REVOLUCION

LA actual situación del régimen comunista chino, con los problemas que tiene que enfrentarse y las perspectivas que se le ofrecen para continuar en el Poder, sólo pueden ser entendidos a la luz de la historia revolucionaria de los últimos cien años. El final de la dinastía manchú, después de casi trescientos años de continuo gobierno, constituye el resultado de un proceso que tiene muchos precedentes en la historia de las dinastías de China. La insatisfacción y la debilidad interna, combinadas con la creciente presión del exterior para destruir la autoridad del régimen, son cosas que se han repetido sucesivas veces en la historia de China. La desaparición de la dinastía manchú tiene, sin embargo, dos características principales no compartidas por sus antecedentes históricos: la presión exterior que sobre China se ejerce es la de todo el mundo, y su género es también distinto por la autoridad y el prestigio de quienes la llevan a cabo. Esto

origina la inmersión de China en un escenario mundial que está cambiando rápidamente. Internamente las fuerzas que se ponen en movimiento después de 1842 tienden a transformar la sociedad agraria que persistió en China durante varios milenios de años de historia conocida.

A «grosso modo», lo ocurrido durante este siglo puede resumirse como sigue: En la década anterior a 1911, la «intelligentsia» política reacciona ante las derrotas humillantes externas y los fracasos internos del pasado siglo, en el sentido de ver en el problema chino los siguientes requerimientos imprescindibles: a) Llevar a cabo una reforma democrática en el gobierno de China; b) creación de un sistema de relaciones con el mundo exterior que satisfaga las más profundas aspiraciones chinas, y c) reajuste interno de la sociedad para solucionar las diversas aspiraciones de los distintos grupos y clases chinas. un reajuste que basado en concepciones ideológicas y culturales fundamentales afecten tanto a la estructura social y a la economía del país como a la maquinaria política.

LA necesidad de conocer con la mayor exactitud lo que es la China comunista y lo que ésta representa como amenaza potencial para el mundo libre, ha llevado a W. W. Rostow, eminente profesor de Historia Económica del Massachusetts Institute of Technology, en colaboración con otros destacados profesores y técnicos en estas cuestiones, a escribir el libro que hoy resumimos: «The Prospects for Communist China» (Las perspectivas de la China comunista). La obra es por encima de todo un estudio de cómo ha evolucionado la política china en los últimos cien años hasta alcanzar el sistema comunista que hoy domina totalmente los destinos del antiguo Imperio celeste. A pesar de su objetividad, el autor no vacila en declarar en el prólogo, que tanto él como sus colaboradores, están profundamente convencidos que las bases comunes de valores humanísticos, que bajo diferentes formas unen a los diferentes pueblos del mundo libre, no pueden progresar en sociedades que sacan su fuerza últimamente del comunismo, la trágica aberración de este siglo. Por ello es convicción suya la de que se debe hacer frente a la amenaza militar del comunismo chino, derrotando sus pretensiones de dirección política e ideológica de Asia y disminuyendo o hasta haciendo desaparecer el peligro potencial que la China comunista representa.

ROSTOW (W. W.) «The Prospects For Communist China». Editado conjuntamente por la Technology Press of Massachusetts Institute of Technology y John Wiley & Sons, Inc., New York, 1954.

Después de 1911, y especialmente después de 1915, el primero de los requerimientos se transforma en la cuestión de crear un Estado nacional auténtico. En 1920 se aceptan casi generalmente los tres principios formulados por Sun Yat-sen en 1905 de nacionalismo, democracia y bienestar popular. Estos representan una especie de declaración general sobre los problemas y las aspiraciones de China, aunque no se concreten en un determinado programa para una acción política.

Puede decirse que es en 1923 cuando emerge en los sectores más responsables de la política china la opinión común de que la tarea primordial del país es la de crear un Gobierno nacional capaz de gobernar a la totalidad de la nación. Esto requiere particularmente que los diversos jefes políticos se dispongan a unificar las fuerzas militares chinas bajo un control eficaz. Desde 1927 dos fuerzas nacionales se disputan este dominio por la unificación: el Kuomintang y el partido comunista

chino. El primero, inicialmente, es el superviviente triunfante de la lucha civil y el legítimo sucesor del partido revolucionario de Sun Yat Sen; el segundo es en sus principios una pequeña minoría rebelde dirigida por Moscú. Ambos aseguran que su objetivo es lograr la dignidad y la independencia nacionales. Ambos se comprometen a un reajuste de la sociedad interna china; ambos mantienen la técnica del partido político único y disciplinado.

La victoria del Kuomintang, aparentemente victoriosa en 1927, está, sin embargo, profundamente debilitada por una serie de hechos claves. Así, Chan Kai Chek no puede, en las circunstancias difíciles en que se desenvuelve, consolidar como quisiera su poder militar y hacer efectiva su Administración en todo el país. Por ello los comunistas no son eliminados completamente, y el control de Chan sobre diversas regiones permanece inseguro, obligándole a pactar con los grandes señores feudales.

Además, Chan Kai Chek tiene que enfrentarse primero en 1931 con la ocupación japonesa de Manchuria, y tras de diversas agresiones, con la

guerra a que le forzaré el Imperio del Sol Naciente de 1937 a 1945. Esta agresión privará a China de su principal potencial industrial y le forzaré a consumir sus recursos y energías en problemas estrictamente militares.

El deseo de las principales masas que apoyaban a Chan Kai Chek, e incluso su propio pensamiento político, era el de colmar las aspiraciones de los campesinos chinos en pro de una mejor situación social y económica. No obstante, Chan estimó que una unidad nacional efectiva debía preceder a cualquier reforma esencial de tipo político o económico. Aunque este juicio se basara en razones muy reales, no se puede negar que, desde un punto de vista táctico, tenía que restarle importantes apoyos. Estos hechos debían inevitablemente minar la posición de K. M. T. durante los últimos años de la segunda guerra mundial. El Gobierno comunista aprovechó esta debilidad y, apoderándose de las armas japonesas y de la protección soviética, estableció, precisamente con la cooperación rusa, su base de partida en Manchuria, lo que le capacitó extraordinariamente para aplastar al régimen nacionalista chino de 1945.

En virtud de una serie de circunstancias, los comunistas chinos se encuentran en 1949 en situación de crear, por primera vez desde 1911, o quizá mejor desde 1916, un Gobierno nacional que gobierne efectivamente a toda China. Los comunistas disponen ahora de las dos cosas principales que le faltaban a Chan Kai Chek durante el período de 1945-49: primero, una fuerza militar unificada, y segundo, un programa de promesas políticas, designadas a encontrar el apoyo o la aceptación pasiva de una parte esencial del campesinado chino y de activos elementos de la «intelligentsia» china. Habiendo logrado consolidarse tan ahora con una serie de interrogantes de cuya solución depende su permanencia. Se han sometido a la Unión Soviética y aceptado la ideología comunista, sus métodos de Administración política y sus procedimientos de colectivización agraria, pero ¿hasta qué punto se pueden adaptar todas estas cosas a la vida nacional china? ¿Puede el régimen comunista crear relaciones dignas con el mundo exterior? ¿Sabrán los comunistas chinos gobernar sin recurrir a la fuerza, la propaganda y la amenaza. He aquí algunas de las cuestiones que vamos a intentar explorar.

LAS POSIBILIDADES DE SUBSISTENCIA DE LA CHINA COMUNISTA

Desde su punto de vista, los comunistas chinos se encuentran enfrentados con cinco principales y urgentes tareas si quieren mantener todo el poder que obtuvieron en 1949:

Primera. Crear e instalar un nuevo Gobierno nacional bajo la efectiva y total dominación comunista.

Segunda. Colocar a toda la población china bajo su inmediato control.

Tercera. Explotar rápidamente y hasta el límite compatible con la evitación de cualquier gran guerra las potencialidades recibidas para la expansión exterior.

Cuarta. Alterar permanentemente el equilibrio del poder social en las zonas urbanas y rurales (eliminando o debilitando a los señores feudales, a los campesinos ricos y a la clase media urbana), creando nuevas clases bajo el control y la dirección de los comunistas. Y

Quinta. Hacer frente a todos los requerimientos de la Hacienda, terminando la inflación y reconstruyendo la economía de tal modo que facilite un fundamento para el desarrollo de una economía estatal totalmente dirigida.

Fueron a todas estas tareas con la confianza que produce una fácil victoria de una guerra civil. Hoy hay pruebas de que este optimismo fue revisado en 1952 y que han surgido una serie de resistencias y dificultades en el terreno político y económico, que las medidas del Gobierno no pueden superar por completo. La acción conjunta de Moscú y Pekín para lograr la expansión externa han originado una importante guerra con las Naciones Unidas en Corea, en la que los propósitos iniciales comunistas han fracasado a costa de pesadas pérdidas para China. En la primavera de 1953 se hizo todavía más visible que las contradicciones reveladas en las cinco principales tareas

habían sido en parte descubiertas por el Gobierno comunista chino y que esto le daba un nuevo ímpetu para seguir adelante. Fue entonces cuando comenzó lo que se podía llamar el plan de la «nueva línea general».

En los momentos actuales, si se mira en régimen comunista en su totalidad, no se descubren pruebas de insatisfacción o inestabilidad en las clases dirigentes; pero observando con cuidado se atisban tres causas principales de tensión y debilidad en la burocracia de la China comunista. La primera de todas es la inseguridad. Los cuadros directivos operan sobre una base general, trazada desde arriba abajo, con ejemplos ilustrativos más o menos elocuentes para cada campo particular de operación. Ahora bien, el exacto equilibrio entre la dureza y la suavidad y la extensión a que las consideraciones ideológicas pueden ser sacrificadas en favor de la eficacia, la extensión en que las regulaciones administrativas pueden ser prudentemente violadas en interés de su buen funcionamiento, son todas ellas cuestiones de difícil juicio. La reacción de la China comunista ha sido en general basándose en las tradicionales normas de conducta de su pueblo y buscando el evitar decisiones peligrosas, refugiándose para ello en la rutina burocrática.

La segunda causa de tensión es la sospecha. Todo hombre que trabaja dentro de la jerarquía comunista está bajo vigilancia, y todo cuanto hace se pesa y juzga de acuerdo con los informes secretos que se dan de él. Hay bastantes pruebas de que la conciencia de vigilancia ha aumentado en la jerarquía de la China comunista. Los movimientos rebeldes de 1951-52 ilustran bastante a este respecto, y desde entonces una continua, aunque lenta depuración, no ha dejado de notarse en la burocracia. En los primeros días del régimen había una cierta flexibilidad que hoy ha desaparecido por completo.

La tercera circunstancia indicadora de la debilidad del régimen comunista es el cambio de criterio sobre la eficacia de su burocracia y el abandono, por lo tanto, de una serie de patrones de los primeros tiempos. Hoy la capacidad técnica vale más que la agitación y la propaganda. Para muchos burócratas comunistas chinos muy experimentados en estos últimos aspectos, estas nuevas estimaciones del régimen tienen que resultar bastante duras de aceptar. Hay pruebas de que gentes apolíticas y no pertenecientes al partido han sido llevadas a altos cargos de éste por su eficiencia. Estas tendencias son las mismas que aparecieron en la sociedad soviética en 1930 y que cambiaron por completo el aparato del partido.

Además de estas causas generales provocadoras de la tensión y la inestabilidad, hay ciertas categorías de burócratas comunistas chinos que parecen ascender a costa de los otros. Es evidente que el régimen intenta reemplazar a antiguos grupos por jóvenes que proceden de las organizaciones juveniles y que pasaron de éstas al partido en el período de 1949-53. Esta época se ha caracterizado por el esfuerzo de reclutar miembros para el partido de origen proletario. Toda la serie de cambios ocurridos en la composición del personal del partido, así como la subordinación de los campesinos al proletariado, constituyen motivos para perturbar la conciencia de los viejos cuadros, cuya experiencia madura consiste totalmente en actividades políticas y militares.

Esta atmósfera cambiante que existe dentro del partido y que se rige por las normas de la práctica totalitaria, tiene que afectar, sin duda alguna, a los que se unieron al movimiento comunista por motivos ideológicos. Hoy nadie duda que hay muchos hombres desengañados en la jerarquía comunista china. Sin embargo, no hay que sobrestimar esta desilusión. La «intelligentsia» china ha sido sólo revolucionaria cuando la debilidad del régimen se ha puesto de manifiesto.

DIFICULTADES EN LAS RELACIONES CHINOSOVIÉTICAS

En las últimas décadas, Moscú ha considerado bueno para sus intereses el que China estuviese unida con Rusia frente al mundo «imperialista». Durante un cuarto de siglo, hasta 1949, éste ha sido el objetivo de la política rusa en China, al cual algunas veces han sido sacrificados incluso los comunistas chinos. La política rusa encontraba en sus relaciones con China la forma de blo-

quear al Japón y a las otras potencias de Asia, debilitando al mismo tiempo la omnipotencia de los Estados Unidos y de los otros países occidentales en el escenario mundial. Tanto los objetivos ideológicos como estratégicos de Moscú fueron logrados con la victoria comunista china de 1949. Todo ello tuvo como consecuencia el pacto de ayuda mutua de 1950, que constituye el fundamento de las relaciones actuales chinosoviéticas.

Los resultados más importantes de estas relaciones, de acuerdo con los intereses de la Unión Soviética, pueden ser señalados como sigue. En primer lugar se aparta el interés militar del mundo libre de la U. R. S. S. y se hace que se fije la atención en Pekín. Para lograr esto se permite, al mismo tiempo, que China dé rienda suelta a sus aspiraciones expansionistas en Asia. Rusia, por otra parte, mantiene sus intereses en Manchuria, Mongolia y Singkiang, y, además, se compromete en respaldar los intereses chinos en el sentido de mantener a Japón, en tanto que éste esté fuera del bloque comunista, lo más indefenso posible.

Desde un punto de vista de historia general, la alianza chinosoviética no es más que el resultado de los intereses de la potencia soviética, por una parte, y de la mezcla de ambiciones y debilidades chinas, por otra. En ella se produce una situación en la que Pekín mantiene el mecanismo de la soberanía nacional, profundamente pisoteado, por los soviets, ya que Moscú, dando la mayor libertad aparente de acción, se ha sabido buscar los adecuados rehenes para tener la garantía de éxito en esta alianza.

Todas estas medidas de precaución pueden originar, a pesar de todo, una posible ruptura de la alianza, pues presentan una serie de puntos débiles. En un sentido técnico, la esencia de la alianza descansa en la relativa debilidad de China frente a la Unión Soviética. Esto quiere decir que para la ruptura de la alianza se requieren tres condiciones posibles esenciales: primera, una aguda insatisfacción entre los grupos de dirigentes chinos que trabajan en pro de la alianza soviética y probablemente como consecuencia de aplicar las técnicas bolcheviques a los problemas del desarrollo económico chino; segunda, seguridad de que la retirada originaría unas condiciones favorables de asociación con el Oeste, y tercera, la neutralización del potencial soviético frente a China por dificultades internas soviéticas o por una tercera potencia.

LAS PERSPECTIVAS DE LA CHINA COMUNISTA

Después de nuestro examen sobre la situación de la China comunista, podemos llegar a la conclusión de que, a pesar del descontento popular, cada vez más extenso, la posición del actual régimen sobre el territorio continental es segura, más que nada debido a los instrumentos de control y dominación que posee el Poder central. Mirando hacia adelante, creemos que la estabilidad futura del régimen depende de los cuatro siguientes factores, relacionados, a su vez, entre ellos mismos:

1. *La política y la capacidad de la Unión Soviética*—Moscú debe continuar negándose asimismo una intervención directa en los asuntos de Pekín. También debe de evitar cualquier crisis interna soviética que debilite gravemente la fortaleza rusa en el escenario mundial. Una Unión Soviética débil se vería obligada a tomar medidas coactivas si quería extender la fuerza rusa sobre la maquinaria interna de Pekín.

2. *Competencia con la libre Asia*—Pekín debe mantener persuasivamente su postura frente al mundo asiático, tanto en el terreno de la fuerza militar como muy especialmente en el del terreno ideológico, presentándose como poseedor de la fórmula correcta para la solución de los problemas asiáticos. Y la capacidad de Pekín para esto depende en no pequeña parte del mundo libre, ya que es en la política y en las acciones de éste en la que están ahora fijadas las mentes de los ciudadanos asiáticos.

3. *El problema económico*—Pekín debe terminar la industrialización, sin períodos excesivos de hambre y sin olvidar nunca el problema de la superpoblación china y la baja productividad agraria. El desenlace final depende en no pequeña parte del equilibrio que se logre obtener entre las medidas realizadas para aumentar la población agrícola y la respuesta de los campesinos a las normas de colectivización.

4. *La unidad de las minorías políticas dirigentes*—El que se mantenga la unidad y la continui-

dad en los estratos dirigentes del régimen constituye el problema clave para que Pekín logre el éxito de sus objetivos en política exterior e interior. La consecución de todo esto significa una prueba difícil, teniendo en cuenta las lucnas personales y burocráticas que solapadamente se realizan para lograr el control del poder chino.

Una vez señalados estos factores surge en seguida la siguiente interrogante: ¿Es probable que Pekín desencadene una gran guerra, tal como sería la invasión de Birmania, Tailandia, Malasia e Indonesia, corriendo los riesgos que un ataque de estos trae consigo, al igual que hizo Japón en 1941?

Por el momento, una agresión militar premeditada de tal estilo parece bastante improbable. Los dirigentes de Pekín tienen buen recuerdo de la Historia, y, por otra parte, se dan cuenta de que si la situación de China es en la actualidad tácticamente fuerte, lo es sólo si no busca complicaciones en el sentido de adquirir la categoría de una gran potencia militar. Cualquier aventura bélica arriesgaría su débil base de poder en China. Por otra parte, una vez más hay que resaltar que la determinación de Pekín a correr una aventura militar depende en no pequeña parte de la voluntad, la unidad y la fortaleza del mundo libre. El comunismo no es nunca un fenómeno que se ponga límites a sí mismo.

Si su actual plan de industrialización fallase de una manera manifiesta, en el sentido específico de que la producción agrícola no pudiese aumentar lo suficiente para alimentar a su población, cada vez mayor, y para abastecer los límites cada vez más lejanos de su desarrollo industrial, entonces los dirigentes comunistas se encontrarían ante una crítica elección: o cambiar totalmente el cariz de su política o penetrar a sangre y fuego en las zonas nutricias de Indochina, Tailandia, Birmania e Indonesia. Ante estas cuestiones, la escisión se produciría en la minoría rectora. En ninguno de los casos la situación en su totalidad puede presentar graves peligros para el mundo libre, sino, por el contrario, enormes posibilidades.

Una gran guerra no produciría, indudablemente, grandes movimientos de tropas chinas más allá de sus fronteras. Así, si se produjese una guerra entre Moscú y los países occidentales, la China comunista se limitaría a mantenerse en guardia inicialmente. Pekín cumpliría sus compromisos de acuerdo con el Pacto de 1950, explotando las posibilidades de un abierto conflicto para expandirse por Asia. Pero la conducta de Pekín durante el curso de la guerra dependerá, significativamente, de las perspectivas de éxito de la Unión Soviética y de las posibilidades que le queden de una retirada ante los occidentales en caso de que aparezca como probable la derrota soviética. Lo que presenta mayor urgencia para los comunistas chinos es mantener sus bases de poder en China. Por ello Pekín considerará siempre sus intereses de una manera fría y cruel, apelando al cisma si viera todo perdido.

Todo esto nos lleva a estimar como conclusión final que un grupo de hombres unidos, confiados y ambiciosos se ha impuesto asimismo el uso de las técnicas totalitarias para dominar la China continental. Para la consecución de sus ambiciones internas y externas se proponen la rápida industrialización y el aumento de las unidades modernas de sus fuerzas armadas. Todo esto lo combinan con sus tareas ideológicas, tratando de lograr el total control político, empleando incluso técnicas que algunas veces no pueden estar de acuerdo con sus propósitos materiales. En los próximos años se enfrentarán con una alternativa que será decisiva para la historia moderna y que consiste o en mantenerse fieles a la alianza rusa o incluirse en el resto de Asia. Y esto, justo es decirlo, a pesar de los poderes del régimen comunista sobre sus territorios, dependerá esencialmente de lo que hagan los pueblos del mundo libre y sus Gobiernos. Son éstos los que política, económica y militarmente pueden hacer frente a la amenaza del comunismo chino y reducir a la nada sus pretensiones de dirección política e ideológica de Asia. Militar e ideológicamente, la China comunista, unida ahora a la Unión Soviética, constituye un enorme desafío para los Estados Unidos y el mundo libre. Las pretensiones de Pekín de dominar Asia y de presentarse como modelo a ésta en el terreno político, son en la teoría y en la práctica ilimitadas. Corresponde al mundo libre acabar con este peligro y solucionar, al mismo tiempo, los grandes problemas revolucionarios de Asia.



ANIVERSARIO

de
El Corte Inglés

HAN COMENZADO

**LAS MAS GRANDIOSAS REBAJAS
DEL SIGLO EN MADRID**

EL CORTE INGLES quiere solemnizar su 65 cumpleaños con una venta especial de mercancías de última novedad a precios rebajadísimos

Todas las plantas y todos los departamentos son una amplísima exposición de artículos de inmejorable calidad, extraordinariamente rebajados

NOTA: Rogamos al público acuda temprano, con el fin de poderle servir mejor
Muchas gracias

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

SESENTA AÑOS AL SERVICIO DE UNA FAMILIA

MARIA DEL
ROSARIO VAZQUEZ
ROMERO INGRESA EN
LA ARISTOCRACIA
DEL TRABAJO

MEDALLA A UNA VIDA
DE LABOR Y LEALTAD



ES el año 1897. Cádiz, dentro de los acontecimientos de la época—Cuba, Filipinas, el asesinato de Cánovas en el balneario de Santa Agueda por el anarquista Angiolillo—, vive una existencia apacible y tranquila. En un día del año 1897 se va a iniciar la primera fase de la historia de una mujer magnífica, que llevará—cuando pase el tiempo y a lo largo de su vida—más de sesenta años al servicio de una familia. Un servicio sin un desmayo, sin una interrupción, sin una falta: María Rosario Vázquez Romero, sirvienta de la familia Aramburu, se llama la mujer

En la calle del Veedor, en el número 3 por más señas, de la andaluza ciudad existe una casa amplia, con fachada a cuatro esquinas, con un cuidado jardín y una torre típica de la arquitectura local. El dueño de ella, don José Aramburu, banquero—lee, sentado en una mecedora, las últimas noticias ante los acontecimientos de Cavite; la señora—doña Josefa Inda—borda un pañuelo de hilo.

Por el patio entra una criada.

—Señora, aquí está mi sobrina.

—Bien, que pase; ahora voy.

La sobrina se llama María del Rosario Vázquez Romero, de igual segundo apellido que su tía, ésta por nombre Matilde.

—Buenos días, Rosario. Desde hoy estás a nuestro servicio. Pero desde hoy también serás como de la familia, porque para nosotros los criados forman parte de esta casa. Tú serás mi doncella.

—Sí, señora.

María del Rosario, pues, desde aquel día de 1897 entra al servicio de la generación Aramburu. Solo, al principio, hay un pequeño, un ligerísimo desmayo en la constancia del trabajo. Pero es



María del Rosario Vázquez Romero, Medalla del Trabajo en su categoría de plata, en la actualidad y cuando tenía veinticinco años de edad

una vacilación que tiene su fundamento.

Un día llaman a la puerta.

—Rosario, ven; aquí está tu madre, que vino del Puerto.

—Madre, yo me voy, que yo no me quiero morir en Cádiz.

María del Rosario se marcha con su madre a su casa del Puerto de Santa María, vencida por la nostalgia. Pero a los ocho días vuelve. La razón ha vencido

al impulso de la juventud que no conociera otra tierra.

Rosario se ha asentado definitivamente en la casa del viejo banquero. Cuatro hijos tiene el matrimonio: José, casado con doña Mercedes Santa Olalla; Juan Miguel y Francisco—solteros los tres—, en los que apenas llega el mayor a los veinticinco años.

Al dueño de la casa le gusta la vida familiar, la comida tradicional de los jueves con toda la familia reunida o con amigos íntimos y entrañables—allí están los nombres de Manolo Castañeda o los de los Moreno de Mora, grandes benefactores de la provincia—, y las tertulias en el amplio salón rojo, de muebles isabelinos y de paredes cubiertas con la misma tela de los muebles. Las mujeres hablan de sus hijas, de los novios de sus hijas y de los vestidos que se hicieron, que se hacen y que se harán; los hombres comentan la política de Martínez Campos, de Sagasta o de Cánovas, y los jóvenes exageran la mirada que les dirigió la muchacha de los viejos marqueses de la esquina o la belleza de las piernas de la canzonetista de moda en una época en que ya era bastante ver el grueso del tobillo de una bailarina.

María del Rosario, al mes de su entrada, antes se dejaría cortar la cabeza que abandonar la casa. Y en 1898 María del Rosario cumple contenta dieciocho años juveniles y primaverales. Doña Josefa, la señora, le regaló un vestido.

CUANDO UN CONCEJAL DE VALENCIA FUE SU PRETENDIENTE

1900. María del Rosario tiene veintidós años lindos. Siempre en su puesto, pero querida y amada por los señores, marcha, cuando hay que hacer algún viaje, con la señora.

Esta vez es Valencia. Mas quien va a Valencia no es doña Josefa, sino su hijo José. En Valencia vive el padre de doña Mercedes Santa Olalla, la esposa de José. Y doña Mercedes se lleva con ellos a María del Rosario.

Es la época primera de los primeros novios. Mejor dicho, de los primeros pretendientes de María del Rosario. Porque novio no llegó nunca a tener en toda su vida.

—Yo quería, antes que nada, a la casa de los señores—diría ella cuando saliera la conversación sobre el tema.

Un día, estando en Valencia en aquel viaje, se presentó un señor en casa del padre de doña Mercedes.

—¿Está el señor Santa Olalla?

Le pasaron al despacho. El visitante era concejal del Ayuntamiento de Valencia y conocido, por tanto, del dueño de la casa.

—Hola, hombre; ¿qué tal estás? ¿Qué negocio político te trae por aquí?

—Negocio, sí; político, no.

—Habla.

Quiero casarme.

—Me parece bien; todo hombre debe formar su hogar. ¿Y quién es la novia?

—Está aquí, en tu casa.

—¿En mi casa?

—Sí, es la doncella de tu hija. Estoy enamorado y vengo dispuesto, si ella quiere, a casarme con ella.

María del Rosario si pudiera ser que quisiera. Pero María del Rosario pensó en la distinta condición social de ellos, en que la familia del aspirante a marido ocupaba una destacada posición social en la ciudad levantina, en que ella era una simple doncella, y no quiso; no quiso casarse.

—Entonces las familias miraban mucho esto de la clase social. Y yo no quería que por ello fuese desgraciada toda la vida.

El buen concejal valenciano no pudo vencer la negativa de la joven y guapa doncella gaditana.

María del Rosario Vázquez Romero era guapa, muy guapa. Tanto que los señoritos de la alta sociedad andaluza la piropaban al pasar. Como aquel que la dijo cuando iba con la hija pequeña de sus señores en brazos:

—¡Pero cómo permitirá tu señorita que vayas sola con su hija si eres un peligro para la circulación!

Doña Mercedes quiere que su doncella se case.

—Mira, María, te tienes que casar, que lo bueno es formar una casa, tener un marido y hacer una familia.

—Pero, doña Mercedes, si yo estoy muy bien aquí, con ustedes.

—Sí, hija, sí; pero, por ejemplo, Juanito Sánchez, el dueño de la barbería de la esquina, es

un buen muchacho; yo sé que te quiere y tiene su porvenir resuelto. Quiere casarse contigo.

Doña Mercedes facilitaba las entrevistas por la reja.

—Ya está en la esquina Juanito Sánchez. Vamos, sal, Rosario.

Y Rosario salía a hablar con Juanito Sánchez, porque, en medio de todo, ella era joven y él también. Las cosas parece ser que podrían llevar buen camino.

Pero no lo llevaron.

La casa de los Aramburu pudo más.

LA TERCERA GENERACION HACE VIDA DE JARDIN

Los nuevos van sustituyendo a los viejos. Ineludible ley de vida. Los viejos abuelos Aramburu

—José y Josefa—han muerto. La casa de Cádiz—y los negocios profesionales—han sido ocupada y llevados por José, el hijo mayor, el hijo casado con Mercedes Santa Olalla. Del matrimonio hay generación; la tercera



Doña Mercedes Santa Olalla, madre de María Luisa Aramburu

generación de la familia Aramburu que conoce María del Rosario. Los hijos que alborotan por el jardín, unos; que estudian o que tocan el piano, que leen o que bordan, según los nombres, otros. Son: María Teresa, Josefina, Juan Antonio, José María y Luisa María.

Cádiz celebra el centenario de las Cortes de Cádiz; es, pues, el 24 de septiembre de 1910. María Teresa tiene ya dieciséis años, y es alta, espigada, alegre y soñadora; a Josefina, catorce años, todavía le gustan las muñecas, saltar a la comba en el jardín y jugar al corro con sus amigas entre los macizos; Juan Antonio, que luego sería Marino, emplea principalmente sus doce años en hacer navegar barcos de papel en las palanganas de la casa o en construir puertos para que atracasen imaginarias escuadras de palitos en los muelles de barco; José María, a quien todos llaman Pepito, diez años, todavía no demuestra su vocación artillera, como no sea por las piedras que tira a todos los ga-

tos del barrio, y Luisa María, la más pequeña, cuatro años mínimos, apenas hace que jugar con sus muñecas y mancharse a todas horas los vestidos limpios que a cada instante le pone su «Tata». Porque María del Rosario, de ahora en adelante, tendrá otro nombre: el de «Tata», adquirido cuando nació la última pequeña de la familia.

La «Tata» es más que doncella; es ama de llaves, cuidadora de los niños, casi cocinera y casi lavandera, planchadora y zurcidora. Porque la «Tata» hace de todo. La «Tata» es una institución ya, sin cuya presencia, a aquella casa le faltaría algo propio, algo íntimo, algo consustancial.

Son, pues, las fiestas del centenario. A la casa va a ir hospedado un diputado a Cortes: don Rafael Marín de Labra. Y es la «Tata» la que dispone las habitaciones, la que ordena las comidas, la que manda a los criados cuando éstos han de servir la mesa.

La vida de la familia ha cambiado. De aquellas antiguas tertulias en el salón rojo se ha pasado a fiestas de sociedad, a recitales poéticos, a sesiones de canto y de piano, a organización de festivales de caridad. Antes, en 1909, cuando la campaña del Gurugú, la guarnición de Cádiz regaló a doña Mercedes Santa Olalla las insignias de la Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, que le había sido concedida en premio a su abnegada labor en el embarque y desembarque de tropas y de heridos.

El día que llegaron a casa, después del acto, el padre reunió a los hijos y les dijo, orgulloso: —Esta vuestra madre que aquí veis es la primera mujer de España a la que se la concede tan alta condecoración.

Y la madre, emocionada, besó a todos.

TRESCIENTOS INVITADOS EN UNA BODA

María Teresa se va a casar. Es un día luminoso—un verdadero día luminoso para la novia—del año 1916.

Toda la sociedad gaditana es amiga de la casa. Bailes, reuniones, obras de caridad de las señoras, amistad de los niños, negocios comunes de los esposos han ido, a lo largo de los años, cimentando el conocimiento.

La boda se va a celebrar en la casa. Y la «Tata» ha de disponerlo todo.

—Esa alfombra quitadla de ahí, que se va a manchar...

Los criados cumplen la orden.

—¿Habéis ido al mercado por los pollos para la comida?

—Sí, «Tata»; ya los han traído.

El piso de abajo hubo que transformarlo totalmente: se hizo comedor. Los muebles se subieron al de arriba. Unas mesas largas y enormes para más de trescientas personas.

—Oye «Tata», ¿dónde te parece que pongamos a los niños?

—Yo creo, señora, salvo su mejor opinión, que en una mesa aparte, un poco alejados para que no molesten.

Los niños fueron agrupados en una mesa para ellos solos.

El novio vestía uniforme de Marina. El novio—don José Cantillo Barreda—sería luego uno de los siete marinos que despedirían a Alfonso XIII en Cartagena, el 14 de abril de 1931. Invitados de toda España han llegado para asistir a la nupcial ceremonia. De testigos, don Miguel Primo de Rivera—que era Gobernador Militar de Cádiz—, el marqués de Villapesadilla, don Ramón Carranza, Alcalde de Cádiz; el marqués de Salobral...

La novia llevaba un traje especial diseñado por los modistas de París. Las muchachas de Cádiz hablaron largo tiempo del modelo.

Se ha terminado la comida. Los niños, como dijimos, están aparte. Y salen corriendo hacia el jardín. Allá van Pepito y Luisa María. Y detrás los pequeños de don Miguel Primo de Rivera: José Antonio, Pilar, Carmen...

De repente, Luisa María, junto a la fuente, tropieza y cae de cabeza. José Antonio—José Antonio Primo de Rivera, el que luego será Fundador de la Falange—la agarra por los pies y la saca. Hay mojadura, lloros y algarabía. Llega en seguida la «Tata». Toalla, jabón y vestido nuevo.

—¿Qué te ha pasado niña?
—Que me caí a la fuente.
—¿Y quién te sacó?
—José Antonio ha sido mi salvador.

Se fueron luego los novios de viaje. Hubo que volver a colocar todos los muebles, todos los jarrones, todas las sillas. Una mujer llevó la dirección: María del Rosario Vázquez Romero.

Poco tiempo ha pasado desde que se casara María Teresa. Un día, por la tarde, don Miguel Primo de Rivera fué de visita a casa de los Aramburu. Hablando con don José y con doña Mercedes, dijo:

—Mañana voy a dar una conferencia y seguramente me costará salir de Cádiz.

Don Miguel dió la conferencia sobre Marruecos y el Gobierno le destituyó. En la casa de los Aramburu la ausencia de don Miguel fué echada verdaderamente mucho de menos.

AUTORIDAD FEMENINA EN MATERIA DE TOROS

Han pasado cinco años desde la boda de María Teresa. Doña Mercedes — académica hispano-americana hacia ya tiempo—es presidenta provincial de la Cruz Roja. Vida de caridad, de hospitales, de enfermos y de festivales ocupan el tiempo de relación de la dueña de la casa.

El hospital de la Cruz Roja, allá en el barrio de San Severiano, era modelo en su género. Un día se anunció la visita de la Reina. Doña Mercedes exageró su preocupación por la obra. Visitas a las salas, vigilancia de la limpieza, todo tenía que estar más reluciente que ningún día, pues iba la Reina de España.

Para la Reina se preparó un tocador en donde había cuantas cosas pudieran hacerle falta en un momento determinado. Y al cuidado inmediato del tocador estaba la más fiel servidora de la casa Aramburu: la «Tata». Cuan-



La «Tata», con María Teresa y Luisa María Aramburu, tercera generación de la familia

do la Reina hizo uso de aquella instalación dijo a la infanta Luisa, que la acompañaba:

—¿Qué bien está todo esto!
Y la infanta Luisa le respondió:

—Ya te lo dije yo.
En la casa Aramburu, los hijos varones se han marchado. Uno, Juan Antonio, a ser marino de guerra; otro, a ser militar. Y quedan Josefina—que está de novia con el conde de Hornachuelos—y Luisa María, que no está de novia con nadie, porque, la verdad, no tiene edad todavía para eso.

La casa de los Aramburu, pues, hace cada vez más caridad y caridad. La Reina concede a doña Mercedes la Medalla de Oro de la Cruz Roja. Y doña Mercedes trabaja y trabaja en beneficio de los pobres. A la casa de la calle del Veedor van artistas, literatos, pintores y toreros.

Julio Moisés—el hoy famoso pintor—inicia su carrera como director plástico de los festivales teatrales que organiza doña Mercedes; José Cubiles comienza dando conciertos de piano en casa de los Aramburu; José María Pemán pronuncia su primer recital con ocasión de que doña Mercedes le nombra mantenedor de unos Juegos Florales. Es la primera intervención de Pemán como poeta en público. Y sus padres tienen tanto miedo a la intervención de su hijo que se marchan a Jerez la misma noche de los versos. Pemán dedica a doña Mercedes su libro «De la vida sencilla».

También van, no podían faltar, toreros. Toreros que actuarán en corridas benéficas, que corearán en festivales, que servirán de intermediarios para hablar con otros compañeros. Por allá pasaron Joselito, Belmonte, Rafael el Gallo... Y antes, Bombita, Machaquito y hasta Vicente Pastor cuando era figura.

De entonces a la «Tata» le entra afición por los toros. Va a muchas corridas. Habla con los toreros, los conoce y hace buenas amistades. Pero siempre con respeto, con la debida distancia, sin que haya confusión de puestos ni por nada ni por nadie.



La cuarta y la quinta generación Aramburu: Mercedes Aramburu y sus tres hijos

De ello, cuando, pasados los años, estuvieron en Francia, ya en los mil novecientos cuarenta y tantos, la «Tata» pudo explicar en un francés andaluzado, las características de la lidia a sus amigos y amigas de localidad del vecino país.

Y en Francia, como en Cádiz, la «Tata» era una autoridad femenina en materia de toros.

EN GRANADA CON EL GOBERNADOR CIVIL

En agosto de 1923, la familia Aramburu se marcha de Cádiz. Los negocios son causa principal de ello. Hay casi luto total en la ciudad. El comercio quiere cerrar sus puertas en señal de sentimiento. Don José Aramburu, es muy querido de todos; de todos, pero principalmente de los trabajadores del muelle. Todavía cuando, pasados los años, Luisa María volvió a Cádiz y paseó por aquellos lugares, muchos hombres la saludaban al tiempo que decían:

—Es la hija de don José.
La casa de la calle Veedor—el número 3—se cierra. Los muebles se recogen, las ropas se guardan, se hacen los equipajes. Y aprovechando que José María, el hermano, va a terminar su carrera militar y que está en la Academia de Artillería, la familia Aramburu—compuesta por

don José, doña Mercedes, Josefina y María Luisa—se traslada a Segovia. La servidumbre ha sido despedida. Únicamente acompañan a la familia la «Tata» y Pepa Moreno, niñera que fué de la madre.

En Segovia encuentran acomodado en una casa de la calle de San Agustín, en el número 10. La «Tata» se encarga de la casa. Y a poco se encarga de todo también, porque Pepa Moreno se pone enferma.

—Es el clima, a esta mujer no lo sienta bien el clima—diagnostican los médicos.

Y Pepa Moreno regresa a su casa de Andalucía, quedando sola para todo María del Rosario, que ya tiene muy bien los cuarenta cumplidos, con más de veinte con la familia.

El 13 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera implanta la Dictadura. Meses más tarde, el hermano termina sus estudios y sale de teniente de Artillería. Y ocho meses después, el padre trae una noticia a casa:

—Nos vamos de Segovia.

—¿Dónde, papá?

—A Granada.

—¿Y por qué?

—El general Primo de Rivera me acaba de nombrar gobernador civil de aquella provincia.

Allá marcha la familia a instalarse en el viejo caserón de la calle de la Duquesa, que la «Tata» tiene que disponer, limpiar, arreglar y ordenar.

Un día don José, ya Gobernador, dice mientras comían:

—Bueno, váyanse ustedes preparando, que tienen que venir a la inauguración del hotel y del ferrocarril de Sierra Nevada.

En el día señalado, con el Gobernador Civil de Granada, con el duque de San Pedro de Galantino y con todas las autoridades y la nobleza de la ciudad de los cármenes, María del Rosario Vázquez Romero fué, montada en una mula, a lo alto de la sierra.

—Ella tiene que venir porque también es de la familia—ha sido la explicación que dió el Gobernador.

Don José, a medida que pasa el tiempo, se va sintiendo cansado. Y sin que lo pudiera advertir, el general sabe que necesita reposo. Don José Aramburu entonces es nombrado delegado de la Campesía en Avila. Y hay nuevo viaje en la comunidad.

Pero a doña Mercedes la altura de Avila no le sienta bien. Entonces la mujer y las hijas, junto con la sirvienta—que es la misma de siempre—se quedan a vivir en Madrid, en una residencia de la calle de Velázquez.

La familia ha disminuido bastante. Sólo quedan juntas doña Mercedes y María Luisa. Josefina está ausente. José María ha sido destinado en Africa y José Antonio, el marino, moriría a consecuencia de acción de guerra en el desembarco de Alhucemas.

CINCO FLECHAS SOBRE EL CORAZON

Mil novecientos veintinueve. Ya ha muerto don José Aramburu. En enero de 1930 va a acabar la

Dictadura. España hace tiempo que está en crisis. Entonces doña Mercedes coge a sus dos hijas y a su criada de toda la vida y quieren irse lejos.

—¿Dónde mejor?

—A Barcelona.

Pero en Barcelona no hay solución tampoco. Allí, antes que en ninguna otra parte de España, se proclama la República. Revueltas, desórdenes, asesinatos, inseguridad absoluta de la persona. Entonces doña Mercedes no resiste más y regresa a Madrid.

Mil novecientos treinta y dos. Viven en la calle de López de Hoyos las cuatro mujeres, cuatro mujeres que constituyen una indisoluble unidad. Allí la «Tata» conoce al primer miembro de la cuarta generación Aramburu: a una nieta de Juan Antonio, a la que pondrían por nombre Mercedes—Mercedes Aramburu—, que hoy tiene tres hijos.

Ya en Madrid se reanuda, cada vez más intensa, la amistad con la familia Primo de Rivera. José Antonio ha fundado Falange Española, y Josefina y Luisa María pertenecen desde el primer momento a su partido y a su acción. La «Tata» se queda en casa «rezando a todos los santos del cielo» porque a sus dos señoritas no les ocurra nada malo.

Van pasando así, entre intranquilidad, temor y esperanza, los años anteriores a 1936. Hay una fe y un coraje joven en estas dos mujeres que quieren la gloria de su Patria. Y en la calle de López de Hoyos, muchas horas de muchas noches han dado a la vieja sirvienta, sentada en una silla, esperando la llegada de sus dos señoritas, después de que asistiesen a una reunión de la Falange.

Luisa María es elegida Jefe Provincial de la Sección Femenina de Madrid. Primera Jefe Provincial.

Y María del Rosario, que ya tiene casi sesenta años, plancha con cariño, con amor y muchas veces con miedo de trágicos presentimientos aquella camisa azul de su señorita, bordada con cinco flechas rojas junto al corazón.

ASESINADOS EN PARACUELLOS DEL JARAMA

Ha estallado la guerra: 18 de Julio de 1936.

No ha pasado ni siquiera un mes. En la madrugada del 16 de agosto un camión se detiene ante la puerta. Voces, gritos, imprecaciones, blasfemias.

—Los milicianos...

En los campos de Paracuellos del Jarama caen asesinados, entre millares, dos personas más: un hombre y una mujer. El hombre se llamaba José Cantillo Barreda, esposo de María Teresa Aramburu; la mujer se llama Josefina Aramburu. Las pistolas asesinas de los profesionales del crimen cerraron para siempre dos vidas jóvenes, dos vidas tranquilas y honradas.

Han vuelto los milicianos de rostros patibularios y de ojos escocidos en sangre inocente a la casa de López de Hoyos. La vieja sirvienta les ha abierto la puerta.

—¡Tú, perra, que llevas tantos años con estos, si no nos dices

dónde están tus señoritas también irás con los pies «palante».

La casa de López de Hoyos se abandona. La madre, Luisa María y la criada buscan refugio en otros lugares de personas conocidas. A la «Tata» se le ha teñido el pelo de negro. Si los momentos no fueran tan dolorosamente trágicos, todos le echarían veinte años menos.

Por fin se encuentra un refugio que parece seguro: la Embajada de Santo Domingo. Al principio, dentro de lo relativo—hay sesenta personas en un solo piso—, la cosa no parece marchar mal del todo.

Pero luego escasea la comida. La «Tata» se quita de su ración para dársela a su nieta Luisa María.

Dos años intensos, trágicos suspensos a cada momento de la incertidumbre se pasan en la Embajada.

Mas un día jubiloso—28 de marzo de 1939—las tropas nacionales liberaron la capital.

La «Tata», cuando salió a la calle, apenas si pesaba cuarenta kilos escasos.

LA MEDALLA DEL TRABAJO

Ha vuelto la paz a España. Una paz con bajas, pero hermosa y duradera. La familia Aramburu—doña Mercedes, Luisa María y María del Rosario—se instalan, para no cambiar ya en una residencia de la calle de Recoletos, número 18, de Madrid.

Ya la «Tata» tiene muchos años, muchos, aunque ella no quiere estar sin hacer nada. Y cose, y arregla las cosas, y atiende a sus señoritas. Y aunque para las señoritas la «Tata» no es ni mucho menos, una sirvienta ella, cuando la ocasión es justa sabe que sí son para ella sus señoritas.

Ahora, a descansar. Y a viajar a veces un poco.

En 1951 muere doña Mercedes. La vieja dinastía se va extinguiendo. Pero nuevos elementos renovadores se incorporan al tronco. La «Tata» conoce a la quinta generación Aramburu. Tres niños sorprendentes, hijos de Mercedes, la nieta de Juan Antonio: José Ramón, Juan Antonio y Luis María, ahijado este último de Luisa María.

Llega así el mes de junio de 1955. El excelentísimo señor Ministro de Trabajo ha dictado un orden en virtud de la cual se concede la Medalla del Trabajo en su categoría de Plata, a María del Rosario Vázquez Romero. El piso de la calle de Recoletos se ha llenado de gente. Allí está la Delegada Nacional, Pilar Primo de Rivera; la vizcondesa de Bejiga, las señoras de Sandoval, Santa Olalla, Picardo, Losada... allí están María Teresa y Luisa María y la vieja y la nueva generación de los Aramburu.

Cuando Sancho Dávila prendió la condecoración en el vestido de María del Rosario la mano de Sancho Dávila estuvo humilde. Dos lágrimas espesas, decida. Dos lágrimas cayeron de los ojos de la condecorada.

María del Rosario Vázquez Romero, casi ochenta años de edad sesenta años de trabajo; la mejor aristocracia.



HOMBRES QUE LUCHAN CONTRA EL CANCER

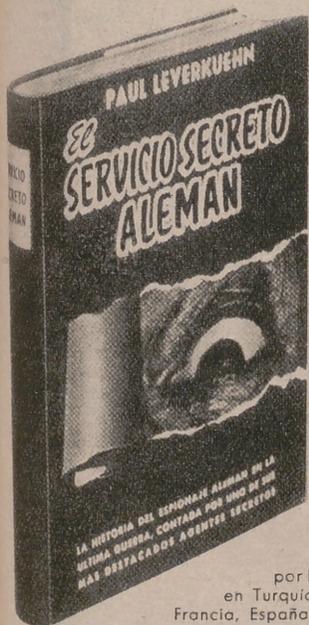
R. MENZEL

He aquí un libro que de una forma valiente y sincera aborda el mayor problema que la medicina — y con ella toda la humanidad — tiene planteado en estos momentos.

El autor ha entrevistado a los más famosos especialistas del mundo y ellos nos cuentan **todo** lo que saben sobre tan terrible enfermedad. Asistimos a la lucha que diariamente sostienen en los laboratorios y clínicas de todas las naciones las más claras inteligencias médicas. Vemos, a través de sus palabras, como poco a poco van aclarándose los conceptos en torno al cáncer y como, finalmente, la ciencia se apresta para el envite final.

No se trata de una obra sensacionalista ni, menos aún, tremendista; es sólo un libro escrito lealmente sobre una cuestión que preocupa a millones de personas en todo el mundo.

Un volumen de casi 500 páginas, encuadernado en tela y sobrecubierta en color 125 ptas.



EL SERVICIO SECRETO ALEMÁN

P. Leverkuehn

Constituye este libro la primera relación autorizada de las acciones llevadas a cabo por el Servicio Secreto Alemán durante la última guerra mundial y una importante contribución a la historia de la misma. Un relato interesante, objetivo y ameno, a través del cual conocemos las actividades que por la ABWEHR fueron realizadas en Turquía, Polonia, Dinamarca, Rusia, Francia, España, países del sureste europeo, etc. Todo cuanto puede hacer que un libro rigurosamente histórico sea leído con la amenidad de una novela, es relatado en esta obra sensacional.

Un volumen de 14 1/2 x 20 cms., lujosamente encuadernado en tela y oro, sobrecubierta en color y 6 ilustraciones

60 pesetas

De venta en todas las librerías y en

EDICIONES CORINTO

Paseo de Gracia, 23 BARCELONA

VIVOS Y MUERTOS

Santiago Lorén



El escritor español cuyas obras alcanzaron mayor cifra de venta durante todo el año 1954, nos relata en esta su última novela la desesperación de un pueblo que ha de ser inundado por las aguas de un pantano. Sobre este impresionante fondo, un notario y un sacerdote

de tan opuestos caracteres que mientras uno no quiere complicarse la vida ni en lo que es de su incumbencia, el otro se mete hasta donde aparentemente no le importa.

Una novela, en suma, que ha de cautivar al lector y en la cual Santiago Lorén nos ofrece, una vez más, su profundo dominio de la técnica novelística y su extraordinario sentido del humor.

● Encuadernado en tela y sobrecubierta en color 60 ptas.

CUERPOS, ALMAS Y TODO ESO

Santiago Lorén

Recien terminada la guerra de liberación española el protagonista inicia sus estudios en la facultad de medicina, paso a paso seguimos su carrera hasta dejarlo establecido en una pequeña ciudad.

Esta es la trama de que se sirve Santiago Lorén para ofrecernos en esta magnífica novela llena de humor y de ternura, de juvenil inconformidad y de profundo conocimiento humano, una visión certera del mundo de la medicina actual. No es una novela para médicos, es una novela escrita por un médico para todos los públicos. 2.ª Edición, en tela 60 pesetas

LA JUNGLA Y LOS CONDENADOS

H. DAVIS



El relato de un viaje a través de la Guayana Francesa cuya primera etapa es Cayena con sus trágicas y espeluznantes historias sobre la vida de los condenados en aquella penitenciaria; la segunda, el caminar por la jungla en compañía de los negros Bonis, y la tercera, el encuentro con los temidos Roucouyennes.

Se trata, sin duda, del más emocionante libro de viajes que se ha publicado en castellano y uno de los mejores que se han escrito en el mundo. Un libro al que Ernest Hemingway calificó de **Impresionante**

Encuadernado en tela; más de 300 páginas de texto y numerosas ilustraciones. 70 ptas.

La

RED NACIONAL
DE LOS
FERROCARRILES
ESPAÑOLES

le ofrece

SERVICIOS
EXTRAORDINARIOS
DE VERANO



MADRID-HENDAYA

| Rápido diario (1) | Talgo diario (2) | Sur-expresos diario | Expreso diario | Estaciones | Expreso diario | Sur-expresos diario | Talgo diario (3) | Rápido diario (4) |
|-------------------|------------------|---------------------|----------------|---------------|----------------|---------------------|------------------|-------------------|
| 9,30 | 12,45 | 21,30 | 22,45 | Madrid | 8,00 | 9,45 | 18,30 | 21,30 |
| 20,30 | 20,50 | 8,00 | 10,30 | San Sebastián | 19,30 | 22,40 | 9,30 | 10,30 |
| 21,00 | 21,15 | 8,30 | 11,00 | Irun | 19,00 | 22,15 | 9,10 | 9,35 |
| 21,15 | 21,30 | 8,45 | 11,25 | Hendaya | | | | |

- (1) L., Mi. y V., en la actualidad, diario, del 5 de julio al 6 de agosto y del 30 de agosto al 10 de septiembre.
- (2) Ma., J., S. y D., en la actualidad, diario, del 1 de julio al 29 de agosto.
- (3) L., Mi., V. y D., en la actualidad, diario, del 2 de julio al 30 de agosto.
- (4) Ma., J. y S., en la actualidad, diario, del 6 de julio al 7 de agosto y del 31 de agosto al 11 de septiembre.

MADRID-CALIDIA

| TAF L. Mi. V. | Expreso diario | Expreso L. Ma. J. S. (1) | Expreso (2) | Correo-E. diario | Estaciones | Correo-E. diario | Expreso (3) | Expreso Ma. J. S. D. (4) | Expreso diario | TAF Ma. J. S. |
|---------------|----------------|--------------------------|-------------|------------------|---------------------|------------------|-------------|--------------------------|----------------|---------------|
| 8,00 | 19,00 | 13,20 | 18,45 | 22,15 | Madrid | 7,30 | 11,40 | 17,30 | 10,30 | 22,30 |
| 21,40 | 11,00 | 7,45 | 12,15 | 21,45 | F. del Gaudillo | 7,30 | 17,10 | 22,00 | 15,00 | 5,10 |
| 21,30 | 19,45 | 7,30 | 12,00 | 20,25 | La Coruña | 8,45 | 17,30 | 22,20 | 16,30 | 8,30 |
| | 13,30 | | | 22,15 | V. S. de Compostela | 9,00 | 6,00 | | 14,15 | |

- (1) Desde el 30 de junio al 29 de septiembre; el resto del año circula solamente entre Barcelona-Galicia, por Valladolid.
- (2) Circulará los días 15, 22 y 31 de julio.
- (3) Circulará los días 16 y 23 de julio y 1 de agosto.
- (4) Del 28 de junio al 29 de septiembre; el resto del año circula solamente entre Galicia y Barcelona, por Valladolid.

MADRID-GIJÓN

| TAF Ma. J. S. (1) | Expreso diario | Rápido L. Mi. V. (2) | Expreso (3) | Estaciones | Expreso (4) | Rápido Ma. J. S. (5) | Expreso diario | TAF L. Mi. V. (6) |
|-------------------|----------------|----------------------|-------------|------------|-------------|----------------------|----------------|-------------------|
| 13,10 | 22,00 | 9,45 | 21,00 | Madrid | 9,25 | 20,20 | 9,30 | 22,45 |
| 22,17 | 9,10 | 20,40 | 8,40 | Oviedo | 20,17 | 8,50 | 22,05 | 13,25 |
| 23,00 | 10,00 | 21,30 | 9,35 | Gijón | 19,25 | 8,00 | 21,15 | 12,45 |

MADRID-SANTANDER

| Rápido diario (1) | Talgo diario (2) | Expreso diario | Estaciones | Expreso diario | Talgo diario (3) | Rápido diario (4) |
|-------------------|------------------|----------------|------------|----------------|------------------|-------------------|
| 13,15 | 22,30 | 9,45 | 21,00 | Madrid | 8,25 | 20,20 |
| 21,30 | 9,45 | 19,40 | 7,35 | Santander | 21,10 | 9,45 |
| | | | | | | 22,30 |
| | | | | | | 21,30 |
| | | | | | | 13,45 |

- (1) Desde el 28 de junio se desdobra el TAF Madrid-Gijón-Santander, con los dos trenes que figuran en estas líneas.
- (2) Desde el 27 de junio hasta el 7 de octubre.
- (3) Circulará el 18, 23 y 30 de julio.
- (4) Circulará el 18, 25 y 31 de julio.
- (5) Circulará del 28 de junio al 8 de octubre.
- (6) Desde el 29 de junio se desdobra el TAF Santander-Gijón-Madrid, como en el trayecto de ida.

MADRID-BILBAO

| Rápido diario (1) | Talgo diario (2) | Expreso diario | Estaciones | Expreso diario | Talgo diario (3) | Rápido diario (4) |
|-------------------|------------------|----------------|------------|----------------|------------------|-------------------|
| 9,30 | 12,45 | 22,15 | Madrid | 9,00 | 18,30 | 21,30 |
| 19,30 | 20,30 | 8,15 | Bilbao | 21,45 | 10,00 | 10,45 |

- (1) L., Mi. y V., en la actualidad, diario, del 5 de julio al 6 de agosto y del 30 de agosto al 10 de septiembre.
- (2) Ma., J., S. y D., en la actualidad, diario, del 1 de julio al 29 de agosto.
- (3) L., Mi., V. y D., en la actualidad, diario, del 2 de julio al 30 de agosto.
- (4) Ma., J. y S., en la actualidad, diario, del 6 de julio al 7 de agosto y del 31 de agosto al 11 de septiembre.

LINEAS DE LEVANTE

Además del anterior servicio por las líneas del Norte, será reforzado el de las restantes del litoral con distintos trenes y automotores.

Para Levante, a partir del 1 de julio y hasta el 16 de octubre inclusive, serán desdoblados los expresos Madrid-Alicante-Valencia y viceversa, circulando dos trenes en cada sentido; uno Valencia y otro Alicante, con los horarios siguientes:

A la ida.—Salida de Madrid-Atocha a las 21 h. 49'. Llegada a Valencia a las 8 h.
Salida de Madrid-Atocha a las 22 h. 43'. Llegada a Alicante a las 8 h. 25'.

Al regreso.—Salida de Valencia a las 22 h. 30'. Llegada a Madrid a las 9 h. 25'.
Salida de Alicante a las 22 h. 15'. Llegada a Madrid a las 8 h. 30'.

Asimismo, entre las estaciones de Valencia-Alameda y Zaragoza-Arrabal tendrá lugar un tren expreso nocturno, los Ma., J. y S., desde el 2 de julio al 18 de octubre, y otro, a su regreso, todos los L., Mi. y V., en el período del 4 de julio al 19 de octubre.



DESPUES DEL CERO Y EL INFINITO

SENSACIONAL TESTIMONIO DE ARTHUR KOESTLER

EL SECRETO DE LAS ORGANIZACIONES "PACIFISTAS", AL DESCUBIERTO



LA VIDA EN LAS TINIEBLAS

EL hombre había escrito muchas veces a su familia advirtiéndola que no creyeran jamás en un suicidio en el caso de que se le encontrara muerto. Les recordaba el viejo dicho de la G. P. U.: *No importa que un idiota pueda cometer un asesinato, pero se necesita un artista para convertirlo en una muerte natural.*

Quien escribía así a la familia fué encontrado muerto en un pequeño departamento de un hotel de Washington, donde anteriormente, hasta aquel día, no había estado jamás. Ese hombre se llamaba Walter Krivitski y había sido el jefe superior del espionaje militar soviético (Cuarto Bureau del Ejército rojo), en la Europa occidental.

«Fué—dice Koestler—el primer caso de desertión de un oficial superior en la red del espionaje soviético en el extranjero. Por dos veces, desde que abandonó el partido comunista en 1937, le habían intentado asesinar en Francia. La tercera tuvo éxito en los Estados Unidos. Fué encontrado muerto con una bala en la cabeza.»

El general Krivitski trabajó en un libro y consiguió terminarlo. Ese libro «Yo era un agente de Stalin», apareció en diciembre de 1939. Con él comienza a formarse, efectivamente, el inmenso y dramático «dossier» de los testimonios de una serie de hombres que, de una forma u otra, formaron parte, antes de su separación del comunismo, de las filas activas de la Komintern.

Lo curioso es que mientras Krivitski escribía su último mensaje, otro escritor comunista preparaba «El cero y el infinito». Ninguno de los dos se conocía, pero ambos tocaban en su libro,



Henri Barbusse, célebre escritor francés, que cayó en la trampa de las falsas organizaciones «pacifistas».—Arriba: Katherine Atholl visitando en Londres una Exposición de pintura española

entre otras cosas, el tema de las terribles depuraciones estalinianas y el proceso psicológico y de terror que había llevado a las

declaraciones de culpabilidad. Ambos eran testimonios importantes. Ambos relataban, al unísono, lo que llama, Arthur Koestler, «la vida en las tinieblas».

Pero es el caso que ahora viene un nuevo testimonio impresionante: «Hiéroglyphes», del mismo Koestler. Son sus siete años de miembro de la Komintern por el mundo.

«MI HISTORIA DE LOS VEINTISIETE A LOS TREINTA Y TRES AÑOS»

Comienza así:

«Yo fui al comunismo como se va a una fuente de agua fresca y le he dejado como se abandona una ribera envenenada, atravesada de ciudades muertas y de cadáveres de ahogados. Tal es, en suma, mi historia de 1931 a 1938, es decir, desde mis veintisiete a mis treinta y tres años. Me adherí al partido comunista el 31 de diciembre de 1931.

«En aquellos días el jefe de la sección de Agitación y Propaganda del partido comunista alemán era, al mismo tiempo, jefe del «apparat» o servicio de espionaje secreto de la Komintern. Por otra parte, Schneller era todavía diputado del Parlamento alemán. Esta doble existencia de dignatario oficial y de conspirador clandestino no tenía nada de excepcional. Una gran proporción de los comunistas viven «a caballo», término de la ruleta que señala a quienes juegan dos números a la vez. Tal existencia no era considerada como deshonrosa. Explotar plenamente las libertades constitucionales aseguradas por la sociedad burguesa con el fin de destruirla, forma parte elemental de la dialéctica marxista.

«A nuestro segundo y último encuentro, Schneller me entregó mi carnet del partido dándome un

nombre de guerra: Ivan Steinberg. Iba con él ese día una joven morena, llamada Paula, que iba a servir de lazo de unión entre mi superior en la jerarquía del «apparat», nombrado Edgar, y yo mismo. Me encontré de lleno, desde el momento de mi ingreso en el partido, en un mundo oscuro, de extrañas conspiraciones, poblado de Edgars y de Paulas, sin apellidos ni direcciones, sombras flotantes, fugaces como las criaturas fosforescentes de las profundidades marinas.»

Desde ese momento, Arthur Koestler, que era entonces redactor de política internacional del «BZ am Mittag» y redactor científico del «Vossische Zeitung», comienza a tener una conexión directa con los servicios de información de la Komintern. No quieren que se sepa, en modo alguno, que es comunista. Koestler lo explica de la siguiente forma:

«Mis funciones de redactor de política extranjera me daban acceso a todas las informaciones confidenciales que convergían en aquel importante centro de la República de Weimar.»

El descubrimiento de su actividad secreta fué suficiente para que los directores de los periódicos, después de darle una indemnización para no tener disgustos, le expulsaran de su centro de trabajo. Desde esa hora el periodista Arthur Koestler, de origen húngaro, trabaja directamente en los servicios de propaganda e información de la Komintern como un agente más. Sin embargo, se

hizo todo lo posible para ocultar que era comunista y pudiera seguir ejerciendo su profesión, en otra parte, en idénticas circunstancias. De esos primeros tiempos de servicio al comunismo cuenta algunos detalles impresionantes:

«La fidelidad al partido significaba una obediencia incondicional y la reputación de los amigos que se habían desviado de la línea exigida o que se habían hecho sospechosos por una u otra causa quedaba terminada. Casi inconscientemente aprendí a vigilar mis gestos, mis palabras y mis pensamientos. Supe que lo decía en la célula comunista o privadamente, igual que a una camarada en un momento de ternura, dejaba unas huellas que podrían ser utilizadas un día contra mí. Aprendí que en mis relaciones con los miembros de mi célula no debía abandonarme a la confianza, sino a la «vigilancia revolucionaria». Aprendí que las reglas comunes de lealtad, fidelidad, honor y honestidad no eran reglas absolutas, sino proyecciones de la sociedad burguesa...»

Después de ese áspero y terrible comienzo es invitado a realizar un viaje por Rusia. Según Koestler es su viaje a la Utopía. Sin embargo, cabe destacar un hecho impresionante: oficialmente va a Rusia como periodista «burgués», con el encargo de escribir determinadas crónicas para periódicos «non» comunistas.

Viene luego la toma de contacto con las sociedades y organizaciones que nada tienen que ver, aparentemente, con la Komintern. Esta es la gran escuela del engaño.

En un Consejo de administración compuesto de las personas más honorables, desde las duquesas inglesas hasta los periodistas americanos o los sabios franceses, que no habían oído hablar nunca de Willy Muenzenberg y creían, además, que la Komintern era un fantasma inventado por el doctor Goebbels.

«Este Comité, con sus constelaciones de celebridades internacionales, se convirtió en el hogar de la cruzada. Se tenía un enorme cuidado de que ningún comunista—fuera de algunos nombres conocidos mundialmente, como Henry Barbusse y J. B. S. Haldane—estuvieran unidos públicamente al Comité. Pero el Secretario del partido que dirigía el Comité era netamente comunista con Muenzenberg a la cabeza y bajo el control directo de la Komintern.»

Sus oficinas estuvieron en la calle Mondetour, cerca de Halles y más tarde en el boulevard Montparnasse.

«El caso es que Muenzenberg mismo llegó a trabajar en una gran pieza de los locales del Comité, pero nadie, en el exterior, lo supo nunca.»

«En seguida Muenzenberg funda en París su propia casa Editorial—las Ediciones Carrefour—, preparando por su propio personal la publicación de un primer libro: «El Livre Brun», que fué publicado anónimamente.»

Lo tremendo es que el engaño había llegado a tal maestría que personas totalmente ajenas al comunismo llegaron a ser servidores de la mentira organizada. «La edición—dice Koestler—decía lo siguiente: «Publicado por el Comité de Ayuda a las Víctimas. Presidente lord Marley».

«Le Livre Brun» era la historia secreta del incendio del Reichstag. De su forma y contenido histórico y verídico dice Koestler lo siguiente: «El libro reposaba sobre informaciones fragmentarias, deducciones, suposiciones y el bluff.»

Lo curioso es que su autor, Otto Katz, conocido bajo el sobrenombre de André Simón, iba a ser condenado y colgado en una de las últimas depuraciones soviéticas: en la de 1952.

Pero, mientras tanto, Muenzenberg preparaba y controlaba nuevas organizaciones «pacifistas o humanitarias» en toda Europa. He aquí su proceso.

EL TRUST MUENZENBERG

Willy Muenzenberg, que fué la eminencia roja de la propaganda soviética en Europa, fué asesinado por la G. P. U. en 1940. Desde dos años antes se había separado del partido. Esta es su historia por el final. Pero en el principio «Willy era la cabeza de una organización mundialmente potente: «La Ayuda Internacional Obrera». La A. I. O era dirigida por Moscú como un cuerpo autónomo y se la conocía en el argot del partido «como el trust Muenzenberg».

Fuera de la burocracia del partido, jugando a la colaboración con las organizaciones de los Es-



DIGAN LO QUE DIGAN...

no hay ningún producto que haga salir el pelo. Puede conservarse, evitar la caspa, el picor y todas esas pequeñas afecciones al cuero cabelludo tan molestas y en muchas ocasiones culpables de la calvicie. Pero nada más.

Y todo eso (es decir, lo que es posible) puede conseguirse friccionando las raíces todas las mañanas con

LOCION AZUFRE VERI

Cuando se acude a tiempo, queda el cabello LLENO DE VIDA, pero cuando ya es tarde...

¡NO HAY QUE DESCUIDARSE!

Loción Azufre Veri es un producto fabricado con garantía farmacéutica y que debido a su enorme venta y exportación a Hispano-América, puede ya adquirirse a un precio moderadísimo. El frasco pequeño solo cuesta 11 pts., y el tamaño corriente 17,10. Imp. incl.

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82, Santander

DESCONFIE
DE
IMITACIONES

PUBLICITAS

tados, el trust controlaba directamente periódicos, editoriales, productoras cinematográficas y negocios teatrales.

El trust fué fundado en septiembre de 1921 en Berlín. En 1926, Muenzenberg poseía en Alemania dos periódicos diarios de gran tirada: «Berlin am Morgen» y el «Welt am Abend». Quedaba luego el semanario «Arbeiter Illustrierte Zeitung», cuya tirada llegó a alcanzar el millón de ejemplares. Existía además una serie de publicaciones de toda índole, comprendidas las revistas técnicas, marcadas todas ellas por una tendencia comunista indirecta.

«En el Japón, por ejemplo, el trust controlaba 19 periódicos de una forma directa o indirecta.

«El Comité Internacional de Ayuda, que funcionaba en París, se ocupaba de materias filantrópicas, organizando, al mismo tiempo, el movimiento de resistencia clandestino en Alemania y la creación de una agencia de propaganda para el mundo entero. Muenzenberg fué el inventor del nuevo tipo de organización comunista: «La fachada «camouflée» y el aprovechamiento de un nuevo tipo de aliado: el simpatizante liberal y el progresista.»

»En conexión directa con Muenzenberg, y explotando idénticas circunstancias de enmascaramiento del partido comunista, funcionaban una serie de Asociaciones de Escritores en el Exilio, cuyas características, para el honesto e ingenuo ciudadano del país donde se formaban, eran las de ser simples escritores perseguidos en sus naciones de origen.

»El partido estaba presente siempre en estas asociaciones a través de sus células. En el caso de la Asociación de Escritores Alemanes se les había dotado de una suerte de centro cultural en el que tenían reuniones semanales. Desde el organizaban conferencias o seguían discusiones públicas. Oficialmente la Asociación de Escritores era, políticamente, neutra, y no se distinguía nada más que por su oposición al régimen nazi. Pero en la realidad estaba gobernada por la célula de escritores comunistas, quienes determinaban las actividades de la Asociación, decidían los oradores que debían ser invitados y orientaban las discusiones públicas a sus propios fines. Como es usual en estas organizaciones enmascaradas, el presidente (un escritor de segundo orden llamado Rudolf Leonhard) no era miembro del partido, pero recibía un sueldo y las directrices imprescindibles.»

A su vez, y por el mismo trust, con el apoyo de radicales y liberales, se fundaba en París («Ce Soir», y en Nueva York, el «P. M.». En ninguno de los dos casos los periódicos fueron considerados nunca, al menos en su principio, como periódicos netos y descaradamente comunistas.

«Pero, sin embargo—dice Koestler—, desde los comienzos del Frente Popular en Francia, las empresas de Willy Muenzenberg tomaron un carácter espectacular. Con gran actividad había conseguido infiltrarse en el «Congreso de Escritores para la Defensa de



El funesto Alvarez del Vayo, acompañado de su esposa; dos «buenos elementos» en la técnica de la insidia y la falsedad

la Cultura», Comités de Vigilancia y Control Democrático, para obtener, al final, su mayor éxito.»

LA PALOMA DE LA PAZ

Ese éxito fué el «Movimiento Amsterdam-Pleyel», antesala de la «Llamada de Estocolmo». «El papel de Pablo Picasso era sostenido por otro personaje tan cándido como él: Henri Barbusse. La novela pacifista de Barbusse, «Le Feu», era, como en el caso del «Amsterdam-Pleyel», la antesala de la «Paloma de la Paz», de Picasso, y el libro de Barbusse sobre el terror, titulado «Hechos diversos», venía a ser paralelo al cuadro «Guernica», del pintor. Todo ello era la obra principal del R. U. P. (Movimiento Universal para la Paz), dirigido y controlado por los comunistas.»

EL COMITE DE AYUDA A «LOS ESPAÑOLES»

Esa enorme organización Muenzenberg, que se presentó durante casi veinte años con una cara distinta a la suya y que llegó a tener en sus manos los movimientos intelectuales, económicos y periodísticos de muchos países, tuvo también intervención directa en los asuntos españoles. Dejemos a Koestler que nos diga el procedimiento:

«España era el primer país de Europa donde la nueva línea de la Komintern, los Frentes Populares, se había puesto en práctica y conducido a una victoria por una coalición de las izquierdas. Quince días después del comienzo de la guerra de España yo volví a París y visitaba inmediatamente a Willy Muenzenberg. Este, en su calidad de jefe del servicio de «Agitrop» de la Komintern en España, estaba en aquellos días encargado de la campaña de propaganda en favor de los aleales. Acababa de fundar el «Comité de ayuda a las víctimas de la España republicana», a imitación del sistema anterior, utilizando una fachada filantrópica para cubrir las operaciones políticas. Willy creaba los Comités como un prestidigitador que sacara conejos de su sombrero.»

VIAJES A ESPAÑA COMO AGENTE DE LA KOMINTERN

Por encargo de la Komintern, y como agente suyo, Artur Koestler recibió la orden de trasladarse a la zona nacional. El sistema para entrar en España fué resuelto acudiendo a la documentación de corresponsal del periódico húngaro «Pester Lloyd». «Al que yo no había enviado jamás una línea, pero cuyo director me había dado un carnet de Prensa en recuerdo de nuestra vieja amistad y para que me defendiera mejor en las Comisarias, y para que me sirviera, de vez en vez, para entrar en algún cinema. Era importante, por ello mismo, obtener una misión suplementaria de otro periódico. Al fin, Otto Katz sugirió el «New Chronicle», de Londres. Otto salió del despacho y telefonó a Londres. Yo no supe a quién lo hizo y lo ignoro todavía, pero una hora después volvió para decir que todo estaba en regla y que una credencial de corresponsal especial del «Chronicle» me esperaba en la oficina del periódico en París.»

Los gastos no fueron pagados, naturalmente, por ninguno de los periódicos. El primero porque no sabía nada del asunto, y el segundo porque prestaba un favor. Quien pagó los gastos fué Muenzenberg. Se le entregaron, en cheques, doscientas libras esterlinas.

«Yo estaba estupefacto—dice— ante la idea de una suma tan astronómica y me puse a protestar.»

Fué descubierto Koestler a los pocos días y salió por Gibraltar.

A continuación de su salida de España estuvo en Londres manteniendo contacto con el Comité de Ayuda a los Españoles. Dice de él estas graves y trascendentes palabras:

«El Comité estaba compuesto, como de costumbre, por una fachada de personajes distinguidos y por encima de toda sospecha: Philip Noel Baker, lord Faringdon, Eleanor Rathbone, el profesor Trent y otros. Tenía el Comité dos secretarios: Geoffrey Bing y John Langdon-Davies, miembros del P. C., y detrás de ellos, oculto, todo un núcleo co-

FUNDADOR



que...

¡está... como nunca!

munista. Se componía éste por Ivor Montagnu, Isabel Brown, Dorothy Woodman, Bing, y Otto Katz, que representaba directamente a Willy, es decir, al «bureau» occidental de la Komintern. Por ese tiempo el Home Office puso a Otto Katz en la lista negra y le impidió regresar a Londres. Fui yo entonces el encargado de servir de intermediario entre París y Londres, y de la misma forma aporté el testimonio de mi viaje a España, en las audiencias públicas del Comité. Recuerdo que la palabra misma «comunismo» era evitada por nosotros, que preferíamos titularnos antifascistas o defensores de la paz. Los partidos comunistas de Occidente abrían una puerta a todos los puntos. Todo era una fachada de simulación con geranios en las ventanas.

»Otto Katz escoltaba, en el entreacto, las delegaciones británicas parlamentarias a través de la España potemkinizada y les explicaba que los iglesias incendiadas de Cataluña habían sido destruidas por bombardeos aéreos que no habían tenido nunca lugar.

»Yo mismo, después de las audiencias ante el Comité de Investigación de Londres, fui enviado nuevamente a España encargado de una misión especial. Se trataba de estudiar en Madrid los archivos y los documentos abandonados. Yo debía buscar entre ellos los que pudieran tener importancia política y enviarlos a París. Lo sombrío era que en lugar de enviar un funcionario del Ministerio de Asuntos Extranjeros se encargara de ello un extranjero. Pero Otto me explicó que era Del Vayo mismo quien había solicitado a París (a la Komintern) que

se le enviara un periodista político experimentado y nos invitó a Otto y a mí a tomar el té. Otto era, por esta época, el jefe oficial de la campaña de propaganda del Gobierno republicano en la Europa occidental y disponía de fondos importantes, unos de origen ruso y otros español. Este dinero jugaba un papel importante cuando se trataba de *ganar la simpatía* (así en el texto, aunque cabe buscar otro nombre) de los periodistas franceses influyentes, o aun periódicos enteros. Otto era la eminencia gris de la guerra de propaganda y se le consideraba así por toda la embajada de España y por Del Vayo mismo.»

NADIE CONFIABA EN NADIE

Otto, que iba a ser colgado, fué durante muchos años el ojo de la G. P. U. en el trust Muenzenberg, quien a su vez sería asesinado. Lo curioso es la idéntica declaración que le da Del Vayo a Koestler sobre los asuntos españoles.

«Usted comprenderá por qué se le envía—decía Alvarez del Vayo a Koestler—cuando comencéis el trabajo. En Madrid todo es confusión. Ciertas casas que tenéis que visitar para vuestro trabajo están ocupadas por los anarquistas, otras lo están por los socialistas y todos se oponen a que un periodista ajeno a su partido examine un solo documento. Para un extranjero la cosa será distinta. Todo esto parecerá absurdo y no es comprensible nada más que en la atmósfera de luchas intestinas, intrigas de capa y espada que reinaba detrás del frente y que, algunos meses más tarde, provocaría el levantamiento anar-

quista en Barcelona y la guerra civil en el interior de la guerra civil. La manera como el ministerio de Asuntos Extranjeros comunicaba con su embajada de París es característica. La única línea telefónica era la que pasaba por Barcelona, que estaba en manos de la C. N. T. Era indispensable tener secretas las conversaciones y se buscó una solución pintoresca. Era embajador en París Luis Araquistain, cuñado de Del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores.»

EL SECRETO TELEFONICO

«Ambos se habían casado con dos hermanas de origen suizo-alemán que conocían el dialecto suizo-alemán de las montañas. Así fué que los mensajes confidenciales circulaban entre Madrid y el mundo exterior a través de la voz de la señora Del Vayo, que transmitía las noticias a su hermana en París.

»Yo permanecí tres o cuatro semanas en Madrid, hasta que mis investigaciones estuvieron terminadas. Del Vayo me había proporcionado un coche, un intérprete y un chófer. El coche era un enorme «Isotta Fraschini» que había pertenecido al viejo ministro Alejandro Lerroux. Por cierto que su correspondencia, entre un material político muy rico o de los más ricos que examiné, tenía una colección enorme de cartas apasionadas y románticas cambiadas con diversas señoritas. Yo las devolví a sus sobres, con gran decepción de Otto, que decía que un poco de pimienta no estaría de más en nuestra propaganda.

»En cuanto a su coche, tenía

una banqueta que podía transformarse en diván.

»Abandoné Madrid durante la primera semana de noviembre, cuando el Gobierno de Largo Caballero, huido a Valencia, consideraba la capital como perdida. Prácticamente antes de entrar en ella la primera Brigada Internacional estaba virtualmente sin defensa.»

COMO SE ESCRIBIAN LOS LIBROS DE PROPAGANDA CONTRA ESPAÑA

El trust de Willy Muenzenberg tenía además de sus características funciones la de proporcionar científicamente, usando todas sus organizaciones, lo que el mismo Koestler considera la propaganda de la falsedad. Es la hora en que comienzan los virulentos ataques en los libros.

»Durante los últimos meses de 1936 Otto y yo escribimos dos libros de propaganda sobre España destinados a completarse el uno con el otro. Estos libros fueron publicados por las «Editions Carrefour» de Muenzenberg, en alemán y en francés. Victor Gollancz, a su vez, lo hacía en Inglaterra.

»Willy tenía prisa en publicar los libros y se impacientaba. La guerra de España se había convertido para él, como para todos nosotros, en una obsesión personal. Tomaba algunas de las páginas que había escrito y me gritaba: «Demasiado débil. Demasiado objetivo.» Creía en la propaganda de las atrocidades y tuvo que escribir las. Las reduje a una docena de páginas. Pero en «La España sangrienta» yo acusé al adversario de atrocidades dudando de la autenticidad de la documentación empleada.»

Cuando fué detenido por las tropas nacionales en Málaga, Arthur Koestler fué enviado a la cárcel de Sevilla. Poco antes de ser cambiado por otro rehén que ofrecieron los rojos, Arthur Koestler recibió visita en la prisión.

»El cónsul británico de Sevilla había obtenido permiso para venir a verme. Era un hombre silencioso, reservado, ligeramente distante, pues el caso de un húngaro corresponsal de un periódico inglés acusado de espionaje le parecía un asunto molesto. Yo debía, naturalmente, mantenerme en mi papel de corresponsal de buena fe del «New Chronicle», arbitrariamente detenido. Este asunto nos llevó a «La España sangrienta» y el cónsul me preguntó, con un poco de duda, si yo tenía pruebas de todo lo que decía en mi libro. Mi pretendida seguridad se pagó repentinamente y le respondí humildemente que las informaciones concernientes a las atrocidades eran dudosas. La impresión que yo debí hacerle en aquel momento debió ser lamentable; yo vi el reflejo en los ojos del cónsul. No respondí nada y se retiró después de un débil apretón de manos.

»Allí todavía el sentimiento de culpabilidad se había fijado en un acontecimiento secundario—la declaración al cónsul—, aunque su verdadera fuente era la impureza del trabajo de propaganda a que me había dedicado y todas las mentiras a las que me había arrojado hasta el cuello. Mi hundimiento moral ante aquel inglés tranquilo y reservado que



Alvarez del Vayo recibe a una Comisión de parlamentarios ingleses. El hombre de los tristes designios parece prever en su gesto un exilio largo y difícil

cumplía su deber viniendo en mi ayuda, pero que no podía disimular su silenciosa repulsión, tomó para mí el valor de un símbolo. El reflejaba el conflicto de dos mundos: el mundo fundado sobre los valores tradicionales y el mundo de la astucia y el fraude al servicio de una utopía inhumana.»

Después de su libertad dice:

»Como todavía mi verdadera personalidad no era del dominio público, importaba mucho guardar las apariencias. Después de tantas protestas contra la prisión de un periodista liberal, la revelación de que formaba parte del comunismo hubiera estropeado todo el asunto. Todo el mundo se sintió en la necesidad de mantener la ficción del «journaliste liberal de bonne foi».

»Por fortuna, en Inglaterra no se me preguntó nunca públicamente si yo era comunista. La excepción fué una pregunta de Katherine Atholl, duquesa de Atholl, que era presidenta del Comité de ayuda a los republicanos. Ella me preguntó en nuestro primer encuentro si yo era miembro del partido comunista con el mismo tono que si me preguntase si me gustaba el tenis. Yo no pude responder nada más que «no», pero lo hice con una voz estragada.

»El viejo duque, octavo de su nombre, no gustaba nada de la aventura política de su mujer. No le encontré nada más que una vez cuando estaba desayunando con Katherine Atholl en su casa de Chelsea. El duque entró en la pieza y me dijo: «Usted es un mal sujeto y estoy seguro que lleváis a Katherine a una mala vía.» Después salió.»

La serie de problemas psicológicos y morales que hicieron abandonar a Arthur Koestler el partido comunista están fuera de este trabajo. Lo importante ha sido mostrar, con sus propias palabras, lo que significa esa cara interna y pavorosa con la que se ha acercado Rusia al mundo occidental. Esa máscara que explota para fines inconfesables los hombres y las libertades de Occidente bajo el aspecto pacífico de so-

ciudades que forman parte, como queda dicho, del mundo comunista.

Koestler todavía lo plantea humorísticamente. Dice que a su llegada a Inglaterra pronunció numerosas conferencias sobre España. Tan bien organizado estaba todo, de manera tan grave se había alterado la verdad, que él mismo se asombra: «La explotación de la guerra por Moscú para sus propios fines, las actividades de la G. P. U. y del S. I. M. detrás de las líneas no figuraba en sus ideas. Toda alusión a estos asuntos habría sido acogida con incredulidad. El ardor y la incandescencia de los auditores era chcante...»

Y, sin embargo, nada ha cambiado, en sus líneas tácticas, de aquellas horas a las nuestras.

LA ASAMBLEA MUNDIAL DE LA PAZ

Hace muy pocos días el «Osservatore Romano» comentaba la Asamblea mundial de la paz, inaugurada en Helsinki, con graves palabras:

»Quien conoce las condiciones religiosas tanto en Rusia como en las tan decantadas democracias populares puede «brigar reservas sobre la espontaneidad del viaje a Helsinki. De todos modos no deja de preocupar que tantas personas extrañas al marxismo se dejen arrastrar por las palabras sin fijar su atención en la parte esencial de la cuestión.»

Creo que después de leído lo anterior y ver cómo se forman esos grupos, Asambleas de paz o Congresos de escritores, está fuera de lugar cualquier comentario. Pero si es verdad que cada palo tiene que aguantar su vela, nosotros estamos dispuestos a que no vuelva a cogernos el temporal.

Por lo pronto, nada de delegados norteamericanos. Sería absurdo pensar que los americanos no desean la paz. Se trata de algo más grave: de la convicción total de que el Congreso mundial de Helsinki nada tiene que ver con la verdadera paz.

Enrique RUIZ GARCIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

DESPUES DEL CERO
EL INFINITO

SENSACIONAL
TESTIMONIO
DE ARTHUR
KOESTLER



duquesa de Otholl e Ivor Montagú, que sirvieron, sin sospecharlo, al comunismo durante nuestra guerra de Liberación

DOBLES Y ESCRITORES
ORMARON INGENUA-
MENTE LOS COMITES
DE "AYUDA"

SECRETO DE LAS ORGANIZACIONES "PACIFISTAS", AL DESCUBIERTO